Mi caos & Mi locura

Caos & Locura I

Nerea Araujo

Ediciones Embrujo

Mi caos

&

mi locura

Nerea Araujo

Capítulo 1

Mi caos

Sábado y, por fin, era mi fin de semana libre; pensé que no llegaría nunca. Hice todas las compras pertinentes, tenía la nevera y los armarios vacíos; hacía mucho tiempo que no disponía de un día para comer o cenar en casa por culpa del trabajo, estaba agotada con tanto ajetreo.

Aproveché por la mañana para ir al banco a hacer varias gestiones que tenía entre manos, como ingresar dinero, pedir recibos que no me habían enviado y demás; con todo eso y después de dar mil vueltas por el barrio, ya era la una del mediodía y todavía no había llegado a casa.

Iba distraída con mis cosas. Cerca de donde vivo había un supermercado, así que aproveché para hacer toda la compra que necesitaba; algo de carne, un poco de pescado, aceite, harina, café, azúcar y alguna cosita más de necesidad. Pensé que no saldría de allí nunca, todos los vecinos me paraban para saludarme o preguntarme cualquier cosa, solo por cotillear. Total, que logré llegar a la caja, pasar toda mi compra —que parecía mucho, pero, a la vez, en dos bolsas me entró todo— y salí por la puerta, encantada y feliz.

—¡Aina, Aina! —Escuché cómo gritaban mi nombre después de dar dos pasos a la salida del supermercado. Me di la vuelta para ver de quién se trataba y me sorprendí.

—¡Tía! Pero ¿cómo tú por aquí? —Me abalancé sobre ella dejando las bolsas en el suelo y la achuché hasta casi dejarla sin aire.

Era mi amiga Jenny. Hacía años que no la veía, se había ido a trabajar fuera, en todos estos años, no supe nada de ella, pero no había cambiado. Era un poquito más alta que yo, rubita de pelo largo y gracioso. Estaba guapísima y delgadita —a pesar de tener niños—, no sé cómo se mantenía así, la mar de bien.

—¡Ay! —Se quejó—. Me vas a dejar sin respiración, ¡afloja, anda! Yo también me alegro mucho de volver a verte. —Sonrió y me dio un

par de besos, risueña, como siempre—. Me han soltado en la empresa, por fin. Tengo un mes libre, pero con todo el lío de los niños casi no he tenido tiempo a nada, así que solo estaré una semana por aquí, es lo que me queda de mi descanso. Entre ir a hacer visitas a la familia, amigos de siempre... —dijo, a modo de queja.

—¡Pues qué bien!, vamos a tener que ponernos al día, ¿eh? Así que mira a ver cuándo puedes dejar a tu marido y tus hijos en otra compañía y quedamos. Nos tomamos una copa y hablamos, que seguro tienes muchas cosas que contarme, igual que yo a ti —afirmé toda emocionada.

—Está bien. Oye, dame tu número que se me ha estropeado el móvil y mira, he perdido un montón de contactos por eso. Menudo rollo, soy un maldito desastre —se quejó poniendo los ojos en blanco, era una manía suya.

—¡Bienvenida al mundo desastre! —Alcé las manos y me carcajeé al instante, ante lo cual, ella también hizo lo propio. Parecíamos dos locas en medio de la acera, obstaculizando el tráfico peatonal, muriéndonos de risa.

Saqué un papel y un bolígrafo de mi bolso; en él, llevaba de todo. Le apunté mi número para quedar.

—Bueno, aquí lo tienes —dije tendiéndole el escrito—. Llámame, ¿vale? No te olvides de mí. —La señalé con un dedo, a modo de advertencia.

Me sonrió y nos despedimos hasta nuevo aviso.

Sin embargo, al ir a coger las bolsas, me di cuenta de que alguien estaba hurgando en ellas.

—¡Eh, tú! ¿Qué cojones haces? Oye, si quieres unas pastitas, cómpralas, ¡pero no me robes, joder! —«Bueno, lo que no me pasa a mí, no le pasa a nadie. Hay que fastidiarse con la peña, qué cara se gastan».

Se alejó de mis bolsas al instante y corrió a todo lo que daba. No tuve ni tiempo de ver si le conocía o no, pero con aquellas pintas que llevaba, seguramente era algún indigente.

Me fui de la zona con una sonrisa, aunque no sé ni por qué. Me querían robar y yo allí estaba, tan tranquila. Posiblemente fuera por la ocurrencia de aquel señor, pues si me las pide, claro que se las doy; yo siempre he sido muy solidaria con todo el mundo. Pero cuando ya intentan robarte en la cara, pues… como que no.

Fui directamente a casa, a posar toda la compra e intentar relajarme un poquito.

Subí las escaleras, agotada, hasta llegar al quinto piso. Sí, amigos, un quinto piso sin ascensor. Era lo más baratito que había cuando

llegué a esta ciudad. Ahora sí, las vistas desde mi balcón eran espectaculares.

No os imagináis cuánto pesan las bolsas de la compra —y si le añadimos el bolso lleno de cosas, que ni te acuerdas cuando has utilizado, pues ya veis— hasta que tenéis que subir ochenta escalones. Sí, no me miréis así, es que los había contado al poco de llegar; no tenía nada que hacer una vez y me puse a ello, un buen día de aburrimiento.

Después de estar cinco minutos delante de la puerta, rebuscando entre todas mis pertenencias, logré encontrar las llaves. Introduje la adecuada en la cerradura, pero mi sorpresa fue que, justo cuando le di la primera vuelta, un sonido extraño inundó el portal y aquel clic no me gustó en absoluto. De pronto, me quedé con la parte redonda en la mano, que mantuve suspendida en el aire sin dar crédito a lo que veía.

Mi cara fue de asombro, un asombro monumental. Mi boca no podía cerrarse por mucho que lo intentara y mis ojos parecían salirse de las órbitas.

—¡Me cago en todo! Pero ¿qué coño pasa hoy? —Miré al techo para bufar todo lo alto que podía y soltar sapos y culebras por esta hermosa boquita que Dios me dio; bueno, mejor dicho, que mi madre me dio. Si ella me ve soltar tacos, me lava la lengua con agua y jabón, con lo recatada que es ella—. ¡Esto es increíble, lo que me faltaba! Menudo fin de semana me espera. Empezamos bien, ¡joder! —Pateé varias veces el suelo, cabreada, muy, pero que muy cabreada, hasta que mis pies se vieron algo resentidos.

Mi vecino de en frente salió en mi ayuda, como un héroe que salva a su princesa. En fin, menudo cuento, era un puñetero desastre. Ni él era mi héroe ni yo era una maldita princesa.

—Hola, Ainara. ¿Qué te ha pasado? Te he escuchado y no pareces demasiado contenta —comentó, apoyado en el marco de la puerta con una sonrisita en su preciosa cara.

Era guapísimo, aunque un pijo de mucho cuidado y bastante chulillo, la verdad. Era de esos tíos que quitan el sentido. Moreno, con el pelo algo alborotado y largo —pero, a la vez, bien peinado—, musculado, con un cuerpo de infarto y bastante alto —bueno, al menos, para mí que era un retaco—, sobre uno ochenta.

Le miré con cara de pocos amigos, no me gustaba que me vigilaran y eso era lo que parecía que hacía el susodicho.

—¿Qué pasa, Tom, me estabas vigilando? ¿Te aburres acaso? —pregunté con las bolsas de la compra a mis pies y los brazos cruzados en plan pasota, esperando a que me diera una contestación.

Una sonora carcajada retumbó en el rellano, cosa que me molestó

mucho más. Siempre que me enfadaba fruncía el ceño y mis cejas casi llegaban a juntarse, a pesar de que las tenía bien depiladas y cuidadas.

—No, no soy un espía. En serio, nena, ¿qué te ha pasado? Puedo ayudarte. —Y ahí estaba de nuevo ese tonito chulesco que tanto le caracterizaba, con esa voz —ronca y sensual a la vez— que me ponía de los nervios y los pelos como escarpias. Nunca entendí el porqué, pensándolo bien.

—Me he cargado la llave, llevo una mañana de locos y solo puede pasarme esto a mí —afirmé, un tanto arrepentida por haberle acusado de vigilarme. Esa mirada me perturbaba demasiado, esos ojos tan llenos de aventuras y secretos sin contar me martirizaban.

—Está bien. Llamaré a un cerrajero, te haré ese favor porque me caes bien —me dijo, sacando su móvil del bolsillo trasero de su tejano que, por cierto, le quedaba de miedo y acercándose despacio a mí, con esos andares tan peculiares que le identificaban hasta de espalda; pasos firmes, pero pasotas.

—¿Hola? Sí, verá, mi novia y yo hemos tenido un problemilla con la llave, se ha roto y se ha quedado dentro de la cerradura, ¿podría acercarse? —Se quedó callado y yo estaba alucinando. «Pero… ¿quién se cree este engreído? Puf, estoy que muerdo, que mal me cae, de verdad. Verás cuando cuelgue la llamada».

—Sí, pues mire, es en la calle Progreso número cinco, en el quinto derecha. —Hizo una pausa de nuevo y mi mirada era acusadora. Una sonrisita salió a la luz en su rostro y me dio más rabia aún—. Muchas gracias, un saludo.

—¿Y bien? ¿Va a venir? —pregunté enfurruñada y con mis manos en la cintura ya en una pose chulesca; si él lo era, yo también sabía serlo.

—Sí, viene ahora mismo, así que no tendrás que esperar demasiado en el rellano —susurró casi pegado a mi oreja, tocándome un mechón de pelo, mientras aspiraba el olor que desprendía. Siempre me lavaba el pelo con un champú natural de hierbas silvestres que olía de maravilla, ese olor hacía que me relajase al instante en cuanto lo echaba en las manos para masajear mi cabello, cerraba los ojos y me transportaba a un bosque.

Le aparté con la mano, tocándole el duro pectoral, se veía que hacía bastante ejercicio. Lo hice porque ese gesto me erizó aún más la piel y esa sensación hacía que los latidos de mi corazón se revolucionaran. No debía ser nada bueno que me diera una taquicardia y, con el día que llevaba, era lo que me faltaba.

—Pero tú… ¿qué quieres? ¿Por qué le dices al cerrajero que eres mi novio? ¿Estás chiflado o qué? Así no hay manera de ligar, joder —

le solté sin pensarlo demasiado.

—Tranquila, seguro que él querría ligar contigo, pero tú con él, no. Te he salvado de tener que darle una negativa. Le conozco y tira los tejos a todas, es un mujeriego de cuidado. Por cierto, de nada.

«No si, encima, voy a tener que darle las gracias y todo. Hay que fastidiarse».

—Gracias —contesté en un tono algo burlón, sacándole la lengua. Parecía divertirse demasiado con mi actitud de niña mimada.

Se acercó a la puerta de su casa y desapareció de mi ángulo de visión, cerrando tras de sí, sin decir ni siquiera un "hasta luego" o "hasta pronto" «Qué educado», pensé frustrada, sentándome en el primer escalón del rellano.

Esperé impaciente a que llegara el cerrajero y pensando… «Coño, menos mal que le ha dicho que era el quinto derecha, si no, a ver cómo le abría yo la puerta». Solté una carcajada por lo absurdo de la situación, primero intentaron robarme una caja de pastas y ahora esto. ¿Qué sería lo próximo? Los vecinos pensarían, «mira la loca del quinto, que ya, hasta se ríe sola», y no era para menos.

Después de media hora allí sentada, ya tenía el culo congelado, aunque con el calor que hacía, hasta se agradecía. Escuché pasos subiendo los pisos y, en un santiamén, apareció el técnico.

En cuanto le vi, me levanté como un resorte y hasta me sacudí el pantalón. Qué tontería, por allí no pasaba nadie, excepto mi vecino y yo, y esta mañana, antes de salir, había fregado yo.

—Hola, señorita, ¿es usted…? Bueno, su novio es el que ha llamado por un incidente en la puerta, ¿verdad? —Me miró con lascivia y yo reculé. El chico no era muy agraciado, pero su voz era dulce y parecía buena persona, aunque viendo cómo me miraba en ese momento, casi prefería no averiguarlo. Mi vecino, una vez más, tenía razón y qué rabia me daba tener que dársela.

—Sí, soy yo. Esa es la puerta, me ha quedado un trozo de llave dentro —contesté, manteniendo la distancia con él y señalando hacia donde debía dirigirse para comenzar con la maniobra.

—Bien, tranquila, yo me encargo. En unos minutos volverá a entrar en casa. Eso sí, debo cambiar el bombín y le daré unas llaves nuevas —explicó con gracia, mientras ya estaba en plena faena.

No perdía el tiempo. Mejor, así no me cobraría tanto, porque con el cuento de que cobran por horas y lo hacen bien...

Diez minutos después, y con cincuenta euros menos en mi bolsillo, estaba en mi casita, haciendo algo de comer.

Una tortilla, sí, tal cual. Fue lo que preparé para comer, era lo que más me apetecía y qué buena estaba, con una rica ensaladita. Algo

fresco no venía nada mal.

Hacía un día espléndido, así que decidí salir al balcón y hacer un Skype con mi alocada amiga Su.

Coloqué el ordenador y una cervecita encima de una mesa pequeña que tenía con dos sillas. Era lo único que decoraba mi preciosa terracita, así la llamaba. Aunque no era muy grande, estaba súper bien para tomar el fresco y observar el mar.

Lo encendí y lo conecté, pero no sabía qué era lo que podía pasar ahora, no funcionaba. Entré con mi usuario y contraseña, pero aquel redondel no paraba de dar vueltas, intentando cargar sin éxito alguno. Después de un rato, vi que el icono del wifi ponía una equis, síntoma de que no existía señal, así que me levanté con intención de ir a mirar el rúter para ver cuál podría ser la incidencia. Fallaba, las lucecitas que normalmente parpadeaban estaban estáticas y las que debían estar paradas, parpadeaban; vamos un caos total.

Decidí hacer una llamada a la compañía para que me solucionaran el problema.

—Buenas tardes, está usted hablando con el contestador de la compañía telefónica… blablablá, blablablá… —Me cago en todo, joder, siempre igual. Me tienen aquí dos horas para nada, buf.

Mis nervios afloraron cuando llevaba esperando veinte minutos, ¡veinte! Puse el manos libres porque ya me dolía la puta oreja de tener pegado el auricular y escuchar siempre las mismas frasecitas y la misma cancioncita… Sí, era sarcasmo, soy así de simpática. No paraba de moverme por la estancia, escuchando una y otra vez lo mismo, ya no sabía qué hacer.

Al fin, contestó una chica con voz muy dulce que, para nada, le iba a servir con el cabreo que yo llevaba encima.

—Hola, buenas tardes, ¿me podría decir su nombre para dirigirme a usted?

—Sí, Ainara.

—Dígame, Ainara, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, buenas tardes. Verá, es que tengo una incidencia con el rúter wifi, no va —le dije directa y concisa.

—¿Está usted cerca del aparato?

—Sí, claro, ¿dónde iba a estar?

—Por favor, apáguelo y espere unos minutos. Luego volveré a contactar con usted para ver si se solucionó el problema. Si no, dejaremos constancia de la incidencia para que acuda un técnico a su domicilio lo más pronto posible. Gracias por contactar con nosotros.

Y, sin decirme más, me dejó en espera, ¿en serio? ¡En espera de nuevo! Esto es increíble.

—¡¡¡Arg, Dios!!! —Pateé el suelo como una niña pequeña, un gesto peculiar que hacía desde que tenía uso de razón, con el teléfono puesto encima de la mesa.

Fui directa a apagarlo.

—Joder, menudo arreglo. Esto lo hubiera hecho yo sin que hiciera falta llamar a nadie. Aguardé unos minutos, que me parecieron una auténtica eternidad, y lo volví a encender. Nada, seguía igual, esto ya era el colmo.

El móvil dejó de emitir esa canción que me estaba poniendo de muy mal humor, acompañada de las mismas frases desde que realicé la maldita llamada, para dar paso a la voz de la misma chica que me había atendido unos minutos antes. Mira, para eso sí fue bastante puntual.

—Buenas tardes de nuevo.

—Nada, esto sigue sin funcionar. Si me va a enviar a un técnico ¿cuándo sería? —pregunté con impaciencia, sin dejarla hablar ni saludar.

—Perfecto. Le dejaré aviso de inmediato a un técnico, espero que pueda personarse antes de las cinco de la tarde. La llamará con antelación para concertar la cita. Muchas gracias por confiar en nosotros, ¿desea alguna cosa más?

—No, solo era eso.

—Gracias de nuevo, le deseo pase un feliz día. Un saludo. —Pi, pi, pi, me colgó la tía.

—¡Genial! Ahora, ¿qué hago yo hasta las cinco?

Tiré mi móvil de mala gana encima del sofá y me fui directa a la habitación a cambiarme de ropa. Por lo menos, estaría cómoda en casa.

Rebusqué en el armario un pijama de los cortos, porque hacía un calor horrible. Tenía todas las ventanas abiertas, pero no corría el aire.

Encontré uno color rosa que hacía años que no me ponía y mira por dónde, me apetecía especialmente ponérmelo. Me miré al espejo y me quedaba súper mono, oye. Un pantaloncito corto rosa fuerte y una camiseta de manga corta del mismo color con un número, el ochenta y ocho, como los *Pelochos* del anuncio de televisión.

Me senté frente al televisor y, al encenderlo, casi me meo de la risa, el anuncio de los *Pelochos* en primera plana. Cualquiera que me viera reírme sola pensaría de verdad que estoy tarada, en fin, como que me da igual lo que piense la gente…

Hice *zapping* un buen rato, hasta que me di cuenta de que lo que emitían era un asco. Una telenovela de esas turcas, eso fue lo que al final dejé en la pantalla. Menudos hombres salían en esa serie, eran

puro pecado. No aparté la vista de la pantalla hasta que llegó la hora. Realmente no me estaba enterando de qué iba la serie, solo miraba a esos chicos tan monos que ocupaban ese espacio.

Las cinco de la tarde dieron rápido, casi sin enterarme había pasado media tarde. Fíjate que hasta me olvidé de la cerveza, del ordenador y la terracita. Lo que hace un tío bueno. Y menos mal que son inalcanzables, no quiero imaginar lo bobalicona que me pondría si fueran reales.

Cuando me acordé de todo eso, la cerveza estaba para tirar, solo le faltaba hervir, y mi ordenador nunca estuvo tan caliente.

—¡Ay, maquinita, ahora estás tan caliente como yo, que no me como un colín! La suerte que tienes tú, pequeño, es que enseguida te enfrías y no tienes problema. Yo tendré que darme una ducha de agua fría, aunque con este calor, igual era lo mejor…—Me partía yo sola.

El timbre me sobresaltó, tanto que dejé de reírme y casi lo tiro todo al suelo. Miré mi reloj y ya era la hora. «Será el técnico, hmm, qué puntual…».

Posé las cosas y me dirigí hacia la puerta, la abrí y mi sorpresa fue monumental, tanto como el técnico que tenía ante mis narices. Un monumento, sí, sí, y no era un edificio. ¿Cómo podía ser posible que hubiera tíos tan guapos, tan musculados, tan altos, y tan… tan buenorros? Mi mandíbula casi se cae al suelo. Al chico solo le faltó tener que cerrarme la boca él mismo, así que me di cuenta de la cara de tonta que se me había puesto al verle, y la cerré *ipso facto*. Al final, me regaló una de esas sonrisas que quitaban el sentido.

—Hola, buenas tardes. Soy el técnico de la compañía, vengo por una incidencia. ¿Es correcto? —preguntó con voz ronca y sensual, o eso me pareció a mí. Si es que ¡¡necesitaba a un hombre ya o moriría en el intento!!

—Eh, sí, aquí es. —«Y si no fuese daba igual. Con tal de recrear un poco la vista, vamos, estropeo lo que sea, guapo», pensé mirándole el culito tan prieto que tenía, mientras se adentraba en mi vivienda.

No hablaba absolutamente nada, pero me daba igual. Estaba disfrutando de lo lindo, estas vistas eran mucho mejores que las que tenía desde mi balconcito.

Me pasó el tiempo pitando, y eso que no tenía ganas de que se fuera. Me lo dejó todo perfecto, funcionando y ya casi no me acordaba para qué quería tener wifi.

Salí a despedirlo a la puerta, después de darle las gracias.

La tenía ya casi cerrada cuando escuché decir:

—¿Dos técnicos en un día?

«Estoy segurísima de que este me espía, ¿no tendrá otra cosa que

hacer en todo el maldito día? Me enerva».

Abrí la puerta de par en par de nuevo y, con una gran sonrisa de oreja a oreja, le contesté.

—Sí, así es. Como no ligo nada, pues me dedico a llamar a técnicos para recrearme la vista. El primero no fue gran cosa, pero este estaba muy bien —le dije para que me dejara en paz. Gran error, porque le di más coba aún.

—Ah, ¿sí? Y dime, ¿este a qué se dedicaba? —preguntó, con cara de estar quedándose conmigo.

—Vino a arreglar el wifi, no me iba bien.

—Ah, ya. Bueno, sí que estaba bien el chico, sí. —Y cerró su puerta sin más, dejándome ahí plantada y pensativa.

Un minuto después reaccioné y cerré la mía despacio, anonadada por la última declaración.

Corrí a por mi ordenador para conectarme al Skype con Su. Esta vez no demoró casi nada en conectar.

Tardó un momento hasta que apareció su bonita cara en la pantalla. Esta se maquillaba hasta para ir a mear, todo lo contrario que yo.

—Hola, Su. Qué guapa estás, ¿te vas de fiesta esta noche y no me has dicho nada? —Su risa inundó el otro lado de la pantalla.

—Qué tontita eres, yo también me alegro de verte —respondió risueña.

—Tía, te llamo porque no veas todo lo que me ha pasado hoy. Resulta que ha venido Jenny, la he visto cuando fui a la compra esta mañana. Estábamos charlando tan tranquilas e intentaron robarme una caja de pastas que llevaba en una de las bolsas. Después, al llegar a casa, se me rompió la llave y se quedó dentro de la cerradura. Mi vecino llamó al cerrajero, no sin antes decirle que yo era su novia, ¿te lo puedes creer? Y para más inri, yo te iba a contactar hace rato, pero se estropeó el wifi, así que llamé a la compañía y me enviaron a un técnico que no veas cómo estaba el tío de bueno. En fin, que el vecino volvió a salir. Creo que me vigila, estuvimos intercambiando unas palabras. En definitiva, debe de ser gay porque me dijo que sí que estaba bien el técnico —le comenté todo de carrerilla, casi sin respirar. Un gran resumen.

—En serio, Aina, de verdad, lo que no te pasa a ti no le pasa a nadie. Primero de todo, cuéntame lo de que casi te roban —Una risa resonó a través de la pantalla—, ¿quién?

—¡Y yo qué sé! Era un señor, parecía mayor, creo que era un indigente, por su vestimenta. Coño, Su; que, a ver, si me lo pide, pues se lo doy, pero ¿sabes? Que me robe no, eso sí que no.

—Ya, mujer, eso ya lo sé; que le hubieras dado las pastas, pero bueno, era por cotillear, por saber si era conocido. ¿Y cómo has sacado la conclusión de que tu vecino es gay? —Se acomodó en su silla ergonómica sin perderme de vista, con cara de intriga total y una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues ¿cómo iba a ser? Su, no te enteras, que me ha dicho que el técnico estaba muy bien. Un tío que se fija en otro tío que le parece guapo; tiene que ser gay, ¿no?

Otra sonora carcajada inundó mis oídos.

—Aina, estás tarada, ¿lo sabías? Y ahora dime una cosa, cuando salimos de fiesta y tú me dices: «¡Eh! mira qué tía. Menudo tipazo tiene, es guapísima…» ¿Acaso, eres lesbiana y yo no me he enterado? Mira que, si lo eres y no me lo has dicho, dejamos de ser amigas, ¿eh? Ese es un secreto para contar —comentó, acusándome con la mirada.

Levanté mis manos en son de paz.

—Quizá tengas razón. Igual me precipité al sacar esa conclusión y no, no soy lesbiana, ¿vale? Solo me fijo en que hay chicas más guapas y con mejor tipo que yo, nada más, es simplemente una apreciación.

—Pues eso, que no le des más vueltas. Seguro que le gustan las tías, si no pues menudo chasco porque tu vecino sí que está para mojar pan y engordar diez kilos.

Nuestras risas se fusionaron. Si es que hablar con ella siempre era como una terapia.

Nos despedimos después de dos horas, no sin antes quedar para esa noche. El sábado había que aprovecharlo bien y debíamos pegarnos una gran fiesta, ya que hacía siglos que no disfrutaba de una. Lo peor estaba por llegar, no sabía qué ponerme.

Saqué toda la ropa del armario. No me creeréis, pero me pasó la tarde en un santiamén. Cuando tenía la habitación llena de trapos, comencé a buscar algo que me pudiera sentar bien. Había ropa que ya ni me acordaba que la tenía en el ropero.

Un montón de vestidos me había probado y no di con ninguno que me sentara en condiciones, o que me pareciera que me quedara como un guante, que era lo que buscaba.

Y allí, en el fondo, encontré uno que hacía mil años que no me ponía. Ese fue el elegido.

Estaba genial con él, se ajustaba a mi cuerpo a la perfección. Me subí a unos buenos taconazos negros y salí antes que Su, y las demás con las que quedé, con intención de irme a cenar por ahí, sola.

Quería ir a un restaurante que se encontraba a escasos metros de mi piso, su comida era excepcional. Pero a mitad de camino, o sea, como doce pasos habría dado, un aguacero cayó de sopetón sin previo

aviso. Corrí para guarecerme bajo un voladizo de uno de los edificios, poniendo las manos para intentar protegerme el maquillaje.

—Me cago en la leche, si es que hay días que es mejor no levantarse. Estoy hecha una piltrafa, tendré que volver a casa. ¡Mierda! —Volví a patear el suelo, como siempre hacía la niña que llevaba dentro.

—¿Qué te ha pasado, morena? —Una voz me sobresaltó.

—¡Ostras, qué susto me has dado, vecinito! Qué pasa, ¿me persigues, aparte de espiarme, o qué? —le acusé, con la mano en el pecho para evitar que se me escapara este corazón, que solo me valía para vivir porque lo que era para el amor, debía de estar desgastado, ya.

—Yo no espío a nadie ni tampoco persigo a nadie, ya estaba aquí antes de que llegaras, así que mira a ver quién persigue a quién… —contestó con una sonrisa que hizo que mi corazón se saltara un par de latidos.

—Oh, no me he dado cuenta, perdona. Es que acabo de salir de casa, toda maqueada, para una vez que me pongo algo guapa, y mira qué desastre. —Indiqué señalándome y suavizando la voz, a modo de disculpa.

—Ya veo. Siento decírtelo, pero así no ligarías en la vida. La lluvia te ha dejado como una gallina matada a escobazo limpio.

Me miré desde los pies hasta lo que daban mis ojos y, efectivamente, parecía eso mismo.

Una risa nerviosa salió de mi garganta, y mi vecino me acompañó, hasta el punto de llorar de la risa. De verdad, era para mear y no echar gota. Mis ojos se llenaron de lagrimillas, que empezaron a rodar por mis mejillas, al igual que los de él.

Cuando dejamos de reírnos, parecía un oso panda vestido de rojo, porque sí, así es, mi vestido era rojo pasión y mis ojos —con el rímel corrido— tenían unos buenos cercos alrededor.

La risa volvió a nosotros y así me acompañó hasta el piso para cambiarme y volver a empezar de nuevo. Por supuesto, no hace falta decir que, al final, cené en casa.

Me bastó con un sándwich vegetal y un buen tazón de leche con pastitas. Sí, con esas que casi me roban, y estaban deliciosas.

Volví a empezar de nuevo con la ardua tarea de ponerme decente. Esta vez un vestido negro fue el elegido, nunca me había cambiado tantas veces de ropa como hoy y, menos, para irme de fiesta. Metí mi mini paraguas en el bolso, no quería que volviera a pasarme lo mismo de antes y, con la maldita suerte que tenía, seguro que me pasaba.

El trayecto hasta la quedada había sido de lo más tranquilo, hasta

yo estaba alucinada de que nada me pasara. Quizá sí estaba de suerte, por fin.

Quedamos en el parque de la zona de más ambiente de la ciudad, todos los bares lo rodeaban. Llegué la primera, cómo no. Siempre era la más puntual de todas.

Me senté en un banco a esperar, mientras trasteaba con el móvil.

Estaba tan absorta en mis cosas que ni cuenta me di de que había alguien sentado a mi lado.

Levanté la cabeza al sentir un movimiento extraño y ahí estaba de nuevo él.

—¿En serio? —pregunté atónita. No me lo podía creer. Sí me perseguía, estaba segura. Ahora sí que me lo había confirmado sin decirme absolutamente nada.

—¿Qué pasa, morena, me rondas o qué? —soltó tan campante.

—¡Ja! Pero tú, ¿quién te crees que eres? —Me levanté indignada poniendo los brazos en jarras.

—¿Tu vecino? —contestó, con media sonrisita el muy engreído.

—Sí, mi vecino y ¡¡un acosador!! —Le acusé con la mirada y señalándole con un dedo.

Me lo cogió y me dijo:

—Ten cuidado, morena, que las armas las carga el diablo. Estoy aquí porque he quedado con mis amigos. ¿Y tú?

—Me quedo muerta, yo también he quedado y el dedo no lo carga nadie —contesté, sacándole la lengua como una niña mimada y enfurruñada, de nuevo.

En ese mismo instante llegaron mis amigas: Su, Jenny, Eve y Ángela.

—Hola, nena, ¿qué tal? —saludó Su.

—Bien. —Sonreí y le di un buen abrazo, después saludé al resto de la pandilla.

Hice un gesto con mi mano para despedirme de mi vecinito.

—¡Qué comience la fiesta! —exclamó Eve, la más simpática del grupo.

—¡¡Sí!! —contestamos todas al unísono.

Nos dirigimos al Tonelón, era un disco pub de la zona bastante concurrido en el que ponían música reguetón. Mis amigas las reguetoneras.

Pasamos al lado del guardia de seguridad, que nos echó una miradita y una enorme sonrisa; debía ser por ellas porque yo hacía siglos que no salía y, menos, iba allí. La entrada era una pasada de bonita. Un arco en la puerta principal separaba la entrada del pub. El suelo marmolado, de color negro, como se notaba que acababan de

abrir las puertas, brillaba ahí donde pisabas. La música ya inundaba el local a todo volumen. De momento, había muy poca gente. Se iba llenando poco a poco, ya había un montón de tíos dándolo todo y las chicas exhibiéndose, moviendo sus cuerpazos. Madre del amor hermoso, había cada pibón de la leche, tanto hombres como mujeres, y ahí fue que me di cuenta de lo que me decía mi gran amiga Su. ¿Era lesbiana?, pues no, pero reconocía un buen cuerpo.

Desde luego, aquí sí que íbamos a recrearnos bien la vista. Fuimos directas a la barra y los camareros estaban tan buenos como el queso; para quién le gustara, claro está.

Nos pedimos unos cubatas y a Eve le faltó tiempo para salir a la pista a bailar; bueno, más bien a moverlo todo, cómo movía el culo la tía.

Nos fuimos uniendo poco a poco a ella, ¡éramos las reinas de la pista! Eso o todos estaban ya borrachos porque hasta nos hicieron un corrillo para animarnos, así que nos subieron el ego y la tontería de golpe.

Un cubata, dos, tres y hasta cuatro llevaba ya cuando, al fondo de la pista, observé a varios chicos que nos miraban con interés; igual hasta ligábamos y todo.

Estaba muy emocionada comentándoselo a mis colegas.

Acababa de entrar en el pub el marido de Jenny, ya nos imaginábamos que algo así sucedería. No la dejaba ni a sol ni a sombra, eso no era nada bueno o, al menos a mí no me lo parecía. Yo sabía que algo no iba bien en esa relación, pero ella nunca me dijo nada. Tendría que mantener una conversación larga y tendida con ella, seriamente. No me gustaría que le pasara algo gordo, sin haberla advertido o aconsejado antes.

La dejamos a su rollo con él, mientras nosotras nos divertíamos.

—¡Eh, Ángela, Susi, Eve, mirad allí! —Hice un gesto con la cabeza para señalar en su dirección—. Aquellos tíos nos miran, ¿nos acercamos? —dije dando palmitas, toda emocionada. A ver si me tocaba alguno que mereciera la pena.

Nos acercamos bailando, como si no se hubieran dado cuenta, en plan disimulando, y «¡joder, sí que me he llevado una sorpresa, mi vecino está entre ellos, mierda! Ya lo veo hasta en la sopa».

—He cambiado de opinión, mejor no vayamos…

—¿Por qué? —preguntó Su, mientras las demás me acusaban con la mirada.

No quería ser yo la que aguara la fiesta, así que decidí lo mejor para todas; bueno, para ellas.

—Nada, déjalo, vayamos.

«Total, ¿qué puedo perder?», me pregunté a mí misma.

Los chicos enseguida escogieron. A Eve, se le acercó un morenazo de impresión, de ojos verdes; a Su, se le arrimó uno rubito, muy mono, de ojos azules —parecían hacer buenas migas y se lo merecía, se merecía que algo bueno le tocara—; a Ángela, uno pelirrojo, bastante simpático y, cómo no, a mí, rápidamente se arrimó mi vecino.

—Hola, morena, parece que tus amigas han ligado con mis colegas —afirmó, hablándome al oído. Estaba demasiado cerca y la música muy alta, noté cómo un escalofrío recorría mi columna vertebral, desde el coxis hasta la nuca.

—Sí, eso parece. —«Y me da la sensación de que como tú no te apartes de mí, no ligaré con ninguno de los que quedan», decía mi subconsciente, aunque una sonrisa irónica sí que le regalé y creo que se dio cuenta.

—Y tú, morena, ¿no quieres ligar? —preguntó subiendo y bajando las cejas. Ese gesto me enervaba, pero a la vez casi me daban ganas de echarme a reír y no parar.

—Pues claro que quiero, vecinito, pero estando tú aquí, dándome la chapa, creo que no ligaré en la vida. Parece que tus amiguitos te tienen miedo, no les dejarías arrimarse, ¿verdad? —Mi ceja izquierda se levantó sin permiso, y haciéndole un mohín, le contesté; fue un acto reflejo.

Se partió de la risa y a mí no me hizo ni puñetera gracia. Mi humor se esfumaba por momentos, mi enfado iba en aumento.

—¡Niña! Eres libre de hacer lo que quieras, ve con alguno de ellos. No te estoy sujetando para que no te vayas, no te obligo a quedarte aquí. —Agarró uno de los mechones de mi pelo y volvió a hacer ese gesto de nuevo, lo olió y mi piel se estremeció por completo. Este tío me ponía demasiado nerviosa, a veces; bueno, cómo que a veces, siempre más bien.

Quería alejarme de él, incluso intenté dar varios pasos, pero parecía que mi corazón decía que me fuera y mi brillante cerebro que me quedara. Mis dos órganos, nunca se ponían de acuerdo y eso, amigos, era un grave problema.

No me moví del sitio ni un ápice.

—Al final, ¿te quedas conmigo? —me susurró al oído en un tono bastante seductor y mi espalda se tensó brevemente.

El caso es que estaba a gusto con él, aunque no nos lleváramos tan bien. «Igual mi amiga tenía razón y no era gay, aunque podría preguntárselo. No, bueno, mejor no, hoy no».

Observé desde la lejanía cómo mis amigas se iban cada una por su

lado con los chicos, excepto Su, que estaba aguantándome la mirada, haciéndome gestos de «ataca, no seas tonta, que no es gay». Y yo encogiéndome de hombros en plan, «¿y si resulta que de verdad es gay? Menudo chasco». Así estuvimos, hasta que, por fin, se fue con su chico y la perdí de vista.

Y yo allí me quedé, plantada como una tonta, con un vecino del que no sabía absolutamente nada. Un vecino que me traía de calle.

—Voy a por una copa. —Esa fue mi contestación, con el corazón latiéndome fuerte y no era porque retumbara por el sonido de la música que sonaba en aquel momento.

—Voy contigo, no vaya a ser que te me pierdas, morena. —Se atrevió a decirme, intentando agarrarme de la cintura, pero me adelanté y, pasando de él, me arrimé a la barra, con intención de quedarme allí y que él desistiera.

Pero, con la buena suerte que tenía, se quedó allí, haciéndome compañía, mientras tomábamos un cubata. Total, que no ligué en toda la noche. Ningún otro chico se acercó a mí, mientras todas mis amigas seguro que mojaron. En cambio, yo lo único que conseguí mojar fue mi garganta y mi estómago; que, por cierto, ya no podían más. Eso sí, nos conocimos un poquito más. Me enteré de que era de un pueblo de Barcelona muy bonito, Casteldefels.

—No lo conozco, la verdad, pero dicen que es muy bonito.

—Sí, es precioso. Si quieres, un día te llevo para que lo conozcas. Allí tengo una casita en la playa.

—Quizá te tome la palabra. —Le dediqué una hermosa sonrisa.

—¿Salimos fuera o vamos a otro bar en el que podamos estar más tranquilos? ¿Te apetece? —soltó de carrerilla.

—Vale —acepté. Total ¿qué podía perder? Así podríamos conocernos un poquito más, no estaría mal.

Me llevó en su moto a un local que no conocía. Era muy tranquilo, con la luz baja y una música, de ambiente, relajante y tranquila. Se podía hablar sin darnos voces, era como muy íntimo. Me encantó. Había unas butacas muy cómodas y, por cierto, iban a juego con todo el bar —de colores, gris y granate—, las mesas —de madera maciza, pequeñas— eran solamente para dos personas cada una de ellas.

—¿Quieres seguir bebiendo cubata? —preguntó con una sonrisa pícara que no me gustó en absoluto.

—No, creo que ya está bien. Pídeme un zumo de piña.

Me acomodé en aquel butacón en el que pensé que me dormiría plácidamente, mientras él iba a por nuestras bebidas.

Estaba guapísimo con aquel tejano desgastado y aquella camisa blanca que le sentaba de maravilla, con el pelo alborotado y, a la vez,

engominado y bien peinado. Cuando llegó a la mesa, nuestros ojos cruzaron una mirada y me vi hipnotizada por aquella mirada color agua —entre verde y azul— que me traía loca. Me costó varios segundos apartarla y, cómo no, me sonrojé tanto que casi hacía juego con la butaca y el resto del local.

—Hace tiempo que nos conocemos, que hablamos en el rellano del piso y no sabemos nada el uno del otro, ¿qué edad tienes? —Me aventuré a preguntar.

—¡Uy! Pero qué descarada, eso no se pregunta. —Mi cara era de trágame tierra, hasta que él soltó una carcajada y el ambiente se relajó de inmediato—. Es broma, tengo treinta y tantos. ¿Cuántos tienes tú?

—Si ese es tu juego, yo tengo veinte y pocos. —Su sonrisa afloró de nuevo.

—Vale, me toca preguntar a mí, ¿cómo es que una chica tan guapa y tan simpática como tú no tiene novio? —Soltó de sopetón, moviendo las cejas arriba y abajo.

Una carcajada salió de mi garganta, si le dijera por qué no tengo novio, alucinaría.

—Creo que nadie se fija en mí. Soy como Calimero, una incomprendida.

Las risas siguieron. Era mi turno y, como soy muy cotilla, hice la pregunta que me rondaba hacía tiempo.

—¿Eres gay o hetero? —Su boca creó una O ante la pregunta que se le presentaba.

—¿Quieres comprobarlo? —Una mirada de lascivia recorrió todo mi cuerpo y creo que me contestó claramente que no era gay y, ahora, la asombrada era yo. Me caía que ni al pelo, por simpática.

Se levantó de su asiento, aproximó su butaca, agarró los reposabrazos de la mía y, sentándose, la acercó a él.

Mi corazón casi se sale del pecho, creo que hasta él tuvo que escuchar los latidos fuertes que producían mi nerviosismo.

Se echó hacia delante para hablarme lo más cerca posible.

—Si quieres comprobar si lo soy o no, de verdad, no tengo inconveniente. No tengo problema en levantarme ahora mismo y llevarte a mi cama. —Su aliento rozó mis labios. Ese olor a melocotón del zumo que estaba bebiendo, mezclado con su colonia, me puso aún más nerviosa. Me mordí el labio y, acto seguido, rozó mis labios, pero me aparté y carraspeé.

—Creo que es hora de irme a casa. Estoy cansada y algo perjudicada por el alcohol que he ingerido, no sería buena idea comprobarlo en estas condiciones. —Se separó de mí con esa sonrisa tan peculiar, esa sonrisa pícara que últimamente había visto en varias

ocasiones.

—Está bien. De momento, tú ganas, morena.

Así que a las cinco de la mañana me fui a casa, acompañada, cómo no, de Tom, que se ofreció a llevarme en su preciosa moto. Me vino de lujo porque me despejé bastante, con el aire dándome en el rostro y me sentó de maravilla esa sensación de libertad total, dejándome llevar por ese vaivén de las curvas —aunque fueran pocas—, unos tres kilómetros. Se me hizo demasiado corto el trayecto, bueno porque realmente lo era.

Ya en el rellano, abriendo la puerta de entrada a mi piso…

—¿Te la abro yo? No vaya a ser que la vuelvas a liar —comentó socarrón.

Levanté la mirada y ya estaba de nuevo a mi lado. Era como un fantasma, casi no se escuchaban sus pasos.

—Eh, no, tranquilo. Con esto y un poco más, todavía puedo, gracias —ironicé.

Lo intenté varias veces, y cómo me jodía tener que pedirle ayuda, pues seguía intentándolo, pero, al final, él cogió mis llaves y me tuvo que abrir la puerta porque yo no fui capaz. Tampoco había bebido tanto, quizá seis o siete cubatas, en ¿cinco horas? Sí, igual me pasé de tragos, aunque el zumo me vino bien, o eso creía; nada más lejos de la realidad.

Como pude, entré al recibidor sin darme cuenta de cerrar la puerta, posé las llaves y mi bolso encima del aparador. Frené mi paso en medio del enorme pasillo, echando mis manos al cuello y moviendo la cabeza de un lado a otro, como cuando te duelen las cervicales, aunque en este caso era porque noté su presencia detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda con el vestido? —escuché a mi espalda.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunté disimuladamente, haciéndome la tonta.

—No has cerrado la puerta y pensé que quizá necesitabas ayuda con eso. —Señaló la cremallera trasera de mi prenda.

—Hmm, bueno, ya que estás aquí, aprovecharé. Sí, bájamela. —«Y hazme tuya», pensé, pero enseguida deseché la idea porque ya lo había intentado él y le hice la cobra, así que era mejor no tentar más a la suerte.

Mi ángel y mi demonio se peleaban en mi interior.

Se acercó por detrás, me apartó la morena melena a un lado para hacer que reposara sobre mi hombro y sentí cómo sus manos bajaban mi cremallera con pericia. A su paso, mi piel se erizó sobremanera y, cuando llegó a su fin, un calor insoportable se instaló en mi entrepierna.

—¿Tienes frío, morena? —susurró en mi oído de nuevo, eso se le daba estupendamente y ponerme nerviosa, también.

—No —murmuré.

Mi pulso se aceleraba por momentos, más aún que en el local donde intentó besarme. Una parte de mí afirmaba que no era el momento mientras la otra decía que debía tirármelo, y mi demonio interior bailaba la samba.

—Bueno, ya te he ayudado, espero que puedas ir tú sola a la cama —dijo tan frío como el hielo.

«Pues no me apetece absolutamente nada irme sola a la cama, guapito de cara», contesté interiormente y a mi demonio se le bajó el calentón de golpe, aunque a mí no, porque estaba tan caliente como una olla exprés. Solo me faltaba echar humo por las orejas, pero me estaba bien empleado, por darle evasivas. Ahora tendría que aguantarme. Qué tonta podía llegar a ser en algunas ocasiones.

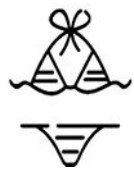
Y se fue, cerrando la puerta de entrada a su paso. Fui corriendo a mirar por la mirilla y me di cuenta de que ya hacía como él, ahora la espía era yo.

Le vi entrar en su casa, no sin antes volver la vista para ¿sonreírme? ¿Sabía que estaba tras la puerta? ¿Cómo? Eso era imposible.

Me fui directa a mi habitación cavilando, ¿cómo podía saber que iría a buscar una última mirada suya por la mirilla? Me desnudé y me quedé muerta hasta el día siguiente a la una del mediodía.

Capítulo 2

El relax había llegado



Mi mañana había sido un caos total. La cabeza me iba a estallar de un momento a otro como una auténtica granada, aunque, pensándolo bien, era mejor tomarme algo antes de que eso sucediera; más que nada por todo lo que tendría que limpiar después de la explosión. Todos los sesos por ahí esparcidos, no quedaría serio. La resaca acudía a mí, sin descanso.

Necesitaba un relax absoluto, así que me hice una hamburguesa rápida. Era un auténtico desastre, lo dejé todo patas arriba. «Bueno, ya lo recogeré después». Fui a mi habitación y en una mochila metí una toalla, la crema y las cosas que necesitaba para irme a la playa. Sí, eso mismo era lo que necesitaba: playa, escuchar las olas del mar y el murmullo de la gente a mi alrededor, desconectar de todo.

Me puse un bikini bastante escueto de color negro porque, no era por vacilar, pero estaba de muy buen ver. No tenía ni un mínimo complejo, era bajita, aunque resultona; con algún michelín que otro, pero me gustaba mucho mi bikini. Un short y una camiseta blanca completaban mi atuendo playero.

Cuando salí por la puerta, cerré tras de mí, sin embargo, ya era tarde.

—¡Mierda! Cogí las llaves del coche, pero no las de casa, ¡me cago en la leche, siempre me tiene que pasar algo, joder! —dije bajito, hablando sola, o eso pensaba.

—Hola, morena, ¿a dónde vas? —preguntó el macizo de mi vecinito. Y vaya si estaba bueno, llevaba un tejano corto y una camiseta de Chico azul clarito, que le sentaba de miedo.

—Tenía intención de irme a la playa, pero voy a tener que llamar de nuevo al cerrajero, me he dejado las llaves dentro —le dije,

apartando mi mirada de la suya, por vergüenza, coño. Que me pasara una vez, vale, pero ¿dos? ¿En serio? Esto era un puñetero desastre.

Mi querido Tom me miró con una amplia sonrisa, cómo le gustaba ese jueguecito que se traía siempre entre manos.

—¿Es que te lo quieres ligar y, por eso, te las has dejado dentro? Porque mira que no es guapo el chico —ironizó burlesco.

—Ja, ja, qué gracioso te has levantado tú hoy, ¿no?

—Anda, déjame a mí. No te hace falta llamarlo, yo te lo hago gratis, no te cobro nada. —Me apartó y sacó de su bolsillo trasero la cartera, en la que tenía un montón de tarjetas de crédito, DNI, tarjetas de visita y demás. Utilizó una de ellas, la más rígida y yo le miré alucinada. «¿Va a abrir la puerta con eso?, imposible». Cuando al meterla por la ranura entre la puerta y la marcación sentí el clic y la puerta se abrió como por arte de magia, me quedé estupefacta.

—¡Gracias! —exclamé por su ayuda, y ahora me veía en la obligación de compensarle de alguna manera.

Entré al *hall,* recogí mis llaves y salí de nuevo.

—¿Te apetece venir conmigo a la playa? Te invitaré a una cerveza en el chiringuito. Por compensar esto, ya sabes… —comenté tímida y señalando la puerta.

—Pues mira, no te voy a decir que no a esa cervecita. Además, yo también iba a la playa —aseguró mientras me guiñaba un ojo.

«Este me persigue, porque otra cosa, no me lo explico. Qué casualidad que también fuera a la playa», pensé mientras bajábamos los escalones hasta llegar a la salida. Allí, me paré en seco y él, un metro más allá, también se quedó quieto.

—¿Has olvidado algo más, morena?

—¡No! Pero ¿vamos a ir en tu coche o en el mío?

—En el mío, no pienso montar en esa tartana tuya, olvídalo.

—¡Eh, que mi coche va estupendamente! Es un clásico. Además, ¿qué le pasa? —protesté, para defender a mi preciosidad, poniendo mis manos en la cintura.

—¿En serio? Un Seat *1200 Sport Bocanegra* y, encima, amarillo. Si eso ya ni existe. No sé de dónde lo habrás sacado, pero te juro que eso ya ni andará.

—¡Bien! ¿Vamos en tu flamante Mercedes? Porque te advierto que en el mío ibas a ligar bastante más.

—Sí, nena, lo que tú digas, pero ya veo lo que ligas tú.

—¡Oye, guapito! ¿A qué no te invito a nada? —amenacé poniendo morritos de niña enfadada y frunciendo el ceño.

—Anda, no seas tonta, que era una broma. Vamos. —Se acercó dando dos pasos y me abrazó por los hombros como si de verdad

fuéramos grandes amigos, dejándome atónita.

Me subí a su Mercedes a regañadientes porque, al final, se salió con la suya. No obstante, el caso era que no se iba mal, era bastante cómodo.

La música comenzó a salir de su radio. The Offspring, *You're Gonna Go Far, Kid*. De inmediato, miré mi móvil y al ver que no era eso lo que sonaba, le miré con cara de «no me lo puedo creer».

—Pensé que me llamaban —expliqué con mi móvil en la mano, señalándolo y una tonta sonrisa pintada en mi cara.

—¿Tienes esta canción de tono? —inquirió incrédulo.

—Sí, me encanta.

Nos miramos y arrancó el coche para dirigirnos a la playa más cercana. Tras unos ocho kilómetros de viaje, estábamos pisando la arena blanca.

Caminamos hacia un sitio que quedaba libre, ya era casi la hora de comer así que, después de poner nuestras toallas y acomodarnos, decidí ir a por la bebida.

—Me voy a acercar al chiringuito a por esa cerveza que te he prometido, ¿te apetece o prefieres otra cosa?

—Sí, gracias. Una cerveza está bien.

Me fui sin decirle nada más, se quedó tirado en la toalla, la mar de a gusto.

Llegué a la barra donde había varios camareros. En verano, eso se ponía a reventar de gente, así que no me extrañaba que hubiera tanto empleado.

Un chico muy majo me atendió.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué le sirvo?

—Dos latas de cerveza, por favor.

Se fue a por ellas, me las tendió y le pagué sin más.

Al darme la vuelta, su voz volvió a dirigirse a mí.

—¡Morena! —Giré de nuevo, porque así solo me llamaba mi vecino y ahora tenía curiosidad.

Me acerqué a la barra con los dos botes de cerveza en la mano. «Al final, se me van a calentar las cervezas, era lo que me faltaba». Lo hice todo por curiosear. «Espero que no me mate, como al gato; por eso que dicen de que la curiosidad mató al gato, ya sabes…».

—¿Estás allí con mi hermano?

«Su hermano, ¿en serio? ¿Por eso me trajo aquí? Hay que joderse, esto no puede ir a peor, ya te lo digo».

—Sí, ¿por? —contesté disimulando, como si no me importara lo más mínimo esa pregunta. Evidentemente no era así. Desde el chiringuito, se veía toda la playa y donde estábamos nosotros, mucho

mejor.

—Ten cuidado con él, es un mujeriego —aseveró, guiñándome un ojo y dejándome ahí plantada con la boca abierta, mientras le vi irse por donde había venido, poniéndose a hacer cosas tras la barra.

Me fui casi corriendo, a paso bien ligero.

—Toma, tu cerveza. —Se la tendí con garbo—. ¿A que no te imaginas a quién he visto?

—No va a sorprenderme, seguramente has conocido a mi querido hermano. —La ironía de su voz era notoria.

Entonces, me puse en guardia, ¿qué escondían?

—Sí, y ¿sabes qué me dijo? —Le incité a contarme cositas.

—¿Que tengas cuidado conmigo porque soy un mujeriego? —preguntó levantando una ceja. Sí que lo conocía bien, sí.

—Cierto. Y ahora dime una cosa, ¿lo eres? —interrogué, poniendo toda mi atención a su respuesta, ya acomodada en mi toalla, sentada a lo indio.

Una sonora carcajada inundó mis oídos.

—Contéstame tú a algo, morena. ¿Crees que, si lo fuera, no te habría follado ya? Ya viste que intenté besarte anoche y, al darme una evasiva, lo respeté, ¿no?

Esa contestación me dejó KO. No sabía qué decir, así que aparté mi mirada como una auténtica cobarde, ruborizada a más no poder, y me dispuse a sacar mi comida de la mochila, sin decir ni una palabra porque también dicen que en boca cerrada no entran moscas, y así debía de haberme quedado antes de este interrogatorio. «Si es que me lo tengo merecido. Aina, ¿para qué preguntas? No preguntes».

Recibí una sonrisa socarrona por su parte y no volvimos a hablar del tema.

Después de comer en completo silencio —yo, mi hamburguesa y él, su sándwich y una ensalada que tenía muy buena pinta—, me instó a bañarnos. Acepté, me apetecía bastante porque hacía un calor horrible, no me vendría mal un baño para refrescarme.

El agua estaba muy buena y las olas eran bastante grandes por el viento, así que no quise meterme demasiado, pero como soy masoca, pues le hice caso; cosa que no debería de haber hecho, me arrepentiría de inmediato.

Estuvimos un rato saltando las olas como niños, lo estábamos pasando bomba, o al menos yo, no paraba de reírme, hasta que una ola maldita y traicionera me robó la parte de arriba del bikini.

Alarmada, busqué a mi alrededor, hasta miré por el fondo, pero nada; no aparecía. De espaldas a las olas que venían, vi cómo Tom se acercaba rápido a mí, me elevó justo cuando otra enorme ola atacaba,

agarrándome de la cintura. Tras librarnos de esta, fue retrocediendo conmigo en volandas sin acercarse demasiado. Desde donde yo estaba, no hacía pie y así solventamos el siguiente oleaje que atacaba sin piedad, ya no me hacía tanta gracia.

Cuando por fin mis pequeños pies lograron tocar la fina arena, me libré de su agarre. No quería que me viera en toples. Casi en la orilla, las olas llegaban más calmadas, rompían en mi espalda, pero todavía me cubría el agua casi hasta el cuello.

Ahora no quería salir de allí. A ver cómo me las ingeniaba para que no se diera cuenta. Le tendría que decir que se fuera a última hora de la tarde y yo me quedaría como una puñetera uva pasa, —arrugada entera—, no veía otra solución. Estaba agobiada.

—Eh, morena, ¿vas a salir o te vas a quedar ahí para siempre como la sirenita? —cuestionó con esa sonrisita pícara que siempre ponía cuando tramaba algo, porque no le conocía lo suficiente, pero en ese aspecto ya le tenía bien calado. No me gustó nada.

—Sí, bueno, se está bien aquí. Tengo que aprovechar que, luego, a saber, cuándo puedo volver… —afirmé, tímida y nerviosa, dándole una buena voz, pues había distancia entre nosotros.

—¡Oye! Hace rato que me pregunto si no te faltará nada —comentó y, aunque estaba a varios metros de distancia, dándome voces, por culpa del sonido de las olas rompiendo a sus pies, casi pude escuchar una risita socarrona mientras levantaba su ceja en plan desafiante, y fue en ese momento en el que me di cuenta de que sabía que estaba sin sujetador. Ya la gente nos miraba con cierta curiosidad.

—¿Te has dado cuenta? —interrogué, asombrada.

—¿Por eso no quieres salir? —Seguía erre que erre.

—Tom, ¿quieres dejarme tranquila? No estoy de humor, ¿vale?

Se carcajeó en la distancia porque sabía que no podía darle una maldita colleja. Mira tú por dónde, se la daría con mucho gusto en este mismo momento.

Mi cara fue un puñetero poema cuando, en la orilla del mar, le vi sacar mi sujetador del interior de su… ¿Bañador? Que lo ha metido ahí. ¡Ay, diosito, que me va a dar un jamacuco! Pero será… será… no sé qué será… Arg. Daría patadas a la arena si no me costara tanto por culpa del agua.

—¡Igual necesitas esto! —exclamó risueño, blandiendo mi sujetador como quien blande una espada. Parecía que se estaba divirtiendo de lo lindo con la situación, pero me las pagaría, de eso estaba segura.

—¡Dámelo!

—¡Ven a por él! —contestó el muy canalla.

—Como tenga yo que acercarme a ti para recogerlo, ya te digo que hoy te vas de aquí sin huevos —amenacé bastante cabreada. No me gustaba que siempre se saliese con la suya, aunque pensándolo bien, igual el problema lo tenía yo, es que parecía que se las ponía a huevo.

Una gran carcajada salió de su preciosa boca.

—Ten cuidado con lo que dices que vas a hacer, morena. No querrías dejarme sin huevos, te lo aseguro, nena… —respondió partiéndose de la risa, para finalizar guiñándome un ojo.

Vamos, que después de tanto, toma y daca, atacándonos de continuo, desistí y, por decirlo de alguna manera, me tuve que bajar los pantalones —en sentido figurado, porque no llevaba— y deshacerse también del tanga ya era demasiado.

Salí del agua poco a poco, con mi cabeza en alto y mis manos en las tetas. Lo que no pensé, fue… «A ver cómo coño cojo yo ahora el sujetador sin que se me vea, al menos, una lola».

Llegué y me puse frente a él. Me acerqué demasiado, tanto que le abracé para que no me viera los pezones y, mira tú por dónde, conseguí arrebatárselo.

—Hmm, morena, ¿ahora quieres lío? —me interrogó, poniendo sus manos en mi culo y arrimando mis partes a las suyas. De pronto, noté una gran erección.

Me aparté de él como si quemara, me di cuenta del pedazo de miembro que rozó mi pierna, quedando al descubierto todo mi pecho, y ahí estaba de nuevo su sonrisa y esa mirada que hacía que ardiera por dentro.

En un acto reflejo, utilicé mi brazo para taparme y corrí hacia la toalla, para cubrirme con ella y ponérmelo.

Me senté enfurruñada, como una cría. A veces pienso que debería madurar, pero me encantaba ser así, entonces me quitaba la idea de la cabeza de inmediato.

—No te enfades, morena, que no es para tanto. Aunque pensándolo bien, no me cortaste los huevos, pero no veas cómo me van a doler, así que igual te saliste con la tuya.

Comencé a reírme a carcajada limpia, os lo juro, hasta lloré y casi me meo. En fin, era de risa todo lo que me pasaba, desde luego como siempre me dice Su… «Lo que no te pasa a ti, no le pasa a nadie, Ainara».

Total que, entre risas y más risas, llegó el atardecer. Fue bastante bonito, nos quedamos allí, sentados, observando cómo poco a poco se escondía tímidamente el sol bajo nuestra mirada atenta.

A las nueve de la noche volvimos a casa, nos despedimos en el rellano, hasta me dio un beso en la mejilla, en plan amigos, ya sabéis.

Me agradó ese gesto, parecía como si quisiera compensarme por todo lo ocurrido hoy y casi lo consiguió.

Me acosté después de cenar una buena lubina a la espalda que me supo a gloria. Con los ojos como platos, no podía dormir, así que me puse Netflix y vi varios capítulos seguidos de la serie *Bones* hasta que me quedé dormida.

Capítulo 3

Mi locura

Hoy era uno de esos días en los que uno se levantaba con energías renovadas, así era como yo me sentía. Sonó el despertador temprano para irme a trabajar; aunque no me hubiera hecho falta, ya tenía los ojos abiertos cuando su sonido de pajaritos inundó mi habitación; parecía que lo llevaba incorporado, mis ojos se abrían a la misma hora todos los días, excepto cuando descansaba. Después de una buena ducha relajante, salí a la calle como cada día, desde hacía varios años.

Pegué un salto al escalón de fuera del portal y giré a mi izquierda, un par de calles más allá estaba el local donde trabajaba. Me tocaba hacer los desayunos en La Brújula, así se llamaba la cafetería.

Caminaba tranquilamente, no había mucha gente a las siete de la mañana, solo madrugábamos cuatro que íbamos a trabajar. Me había puesto un tejano y una camiseta de manga corta, con mi bandolera de Bimba y Lola cruzada. El local estaba situado justo en frente de unas oficinas de telefonía móvil, un edificio enorme lleno de gente que se dedicaba a dar la brasa a la peña para que contratasen con su compañía.

Estaba llegando cuando, de repente, sentí que me daban un buen golpe por detrás. Me caí al suelo y vi cómo un chaval —ataviado con un chándal gris, una sudadera con capucha tapando su cabeza y con unas gafas de sol cubriendo sus ojos— tiraba de mi bolso. Intenté que no me lo quitase y me arrastró varios metros, como si yo fuera una mopa recoge pelusas, casi hasta la puerta del local. «Mira, por lo menos he llegado primero, a la velocidad que me ha arrastrado…», pensé con ironía.

—Pero ¿¡qué cojones crees que haces!? —le grité histérica. Él insistía y yo seguía gritándole—: ¡¡Espera que me levante, verás la

hostia que te cae, cabrón!! —Me soltó *ipso facto* y comenzó a correr—. ¡Joder! Pero bueno, ¿será posible que me pasen a mí estas cosas? —dije en alto, todavía en el suelo, intentando recomponerme, cuando unas manos mulatas intentaron levantarme, miré hacia arriba y le vi.

«¡Madre del amor hermoso! Pero ¿de dónde ha salido este portento de hombre?» Me di cuenta de que tenía la boca abierta, así que la cerré unos segundos después. Llevé mi mano a la comisura de la boca, para comprobar que no me caía la baba, porque no era para menos. Un acto reflejo.

—¿Está bien, señorita? —preguntó educado, parecía bastante preocupado.

—S… sí, gracias. Oh, tranquilo, no pasa nada —susurré, tartamudeando. «Vaya corte, ¿es cubano? Sí, eso parece, su acento es cubano. Pues menudo hombretón». Mi angelito bailaba, de alegría, una salsa.

—¿Se ha caído? —No dejaba de auscultarme con esa mirada penetrante, cuyos ojos de color caramelo eran impresionantes.

Me puse muy nerviosa, intenté levantarme y como era una patosa, casi me volví a dar de bruces contra el suelo, después de trastabillar con mis pies.

—¡Cuidado! —exclamó alarmante, abrazándome esta vez. Le sonreí cuando ya estaba estabilizada.

—No, tranquilo. Ha sido un malnacido que ha intentado robarme el bolso, pero no ha podido. Menos mal que no me fio de nadie y llevaba la bandolera cruzada. Buf, mira cómo me han quedado los pantalones. —Le indiqué mirando hacia abajo, tenía el tejano por las rodillas con varias raspaduras—. Bueno, ahora parece que llevo uno de esos que se compran rotos, ¡menos mal que es la moda! —comenté con la intención de relajar un poco el ambiente.

Soltó una buena carcajada y, acto seguido, me reí yo también.

—Gracias por ayudarme, debo irme a trabajar, aunque pareceré algo de esta guisa... —Giré sobre mis talones y percibí cómo me agarró de la muñeca. Sin darme la vuelta, miré hacia su mano, giré la cabeza levemente y me dijo:

—Siento lo que le ha ocurrido. Me llamo Aisén, ¿cómo es tu nombre? —Me di la vuelta y mis ojos chocaron con los suyos.

—Me llamo Ainara, encantada de conocerte. —Me acerqué para posar mis labios en sus mejillas y así darle dos besos, poniéndome de puntillas, pues era algo más alto que yo.

Le dejé ahí plantado, di dos pasos, solo dos, hasta allí me había llevado el maleante. Llegué rápido a la puerta y abrí por fin el local para empezar mi jornada.

Quité la alarma, encendí todas las luces, máquinas y demás, para ponerme a funcionar de inmediato. Una larga jornada me esperaba.

Preparé todos los desayunos, los pinchos y los *cupcakes*, los teníamos de todo tipo, había bastante para escoger; de vainilla, de chocolate blanco y negro, de unicornio, de oreo y hasta de zanahoria, entre otros.

Una hora después, empezó a llegar gente. Ya estábamos todos los empleados en nuestras posiciones porque no era para menos; aquello parecía el primer día de rebajas, cuando todo el mundo se agolpaba a la puerta para cuando se diera el pistoletazo de salida, entrar en tropel y pedir todos a la vez.

Empezó a ser un caos total. Íbamos a mil por hora, todos querían cafés y sus respectivos *cupcakes* o pinchos. Vamos, una batalla campal, todos reclamaban nuestra atención.

—¡Eh, chica, aquí! —Se escuchaba al otro lado de la barra, continuamente, levantando la mano para ser atendido—. ¿Puede atenderme?

—Sí, caballero, un momento que estoy ocupada haciendo más cafés. Ahora voy a atenderle o le envío a alguno de mis compañeros. Tenga paciencia, que está lleno.

—Tranquila, cuando pueda. —Esas palabras me sacaban de mis casillas, pues claro que le atenderé cuando pueda, sobraba decirlo; cuando no se puede, pues no se puede; en hostelería eso se llevaba mucho.

Un par de horas a todo trapo, a velocidad del rayo, sin parar ni un mísero minuto, todos pidiendo a la vez, como si tuviéramos gachetobrazo o algo parecido y un parón. Nadie de la plantilla se había dado cuenta de que una persona estaba sentada en una mesa apartada, —sin su desayuno— desde hacía rato, pero el caso era que no tuvimos tiempo ni de respirar, y allí se había quedado el muchacho esperando, así que di una orden y me dispuse a ir hacia la mesa.

—Luis, encárgate tú de esto, anda. Hace rato que hay un cliente allí sentado y está sin servir, voy yo —expliqué a mi compañero de barra, señalando la mesa indicada.

Me hizo un gesto de afirmación con la cabeza y se quedó fregando todo, mientras yo me fui a atenderle.

—Perdone por la tardanza, caballero, pero es que esto ha sido un caos. No nos dejaban salir de la barra. ¿Qué desea? —proclamé con papel y boli en mano.

Se giró para mirarme porque casi no había llegado a su mesa y me quedé pasmada. «Joder, Ainara, qué bien empiezas. Para un tío que está como un tren y mira, no le sirves. Es para matarte», decía mi

diablillo interior.

—Hola, tranquila. Estoy de vacaciones, no tengo prisa.

Y este, señoras y señores, fue el momento en que mis dos muñequitas interiores, —tanto el diablillo como el angelito— se desmayaron *in situ* teatralmente, poniendo su mano en la frente para, seguidamente, caerse de culo al suelo ficticio que había en mi cabeza.

—¡Genial! —exclamé con una sonrisa falsa en mi rostro. «Mierda, ¿cuándo se irá?», pensé con rabia. No quería que se fuera nunca. Me gustaría conocerle algo más y mira que era raro que yo quisiera algo así, pero, con él, no sé qué me pasó cuando le vi fuera, mientras intentaba levantarme del suelo. Tenía la curiosidad a tope.

—¿Qué desea desayunar, caballero? —fue lo primero que me salió decirle en tono nervioso.

—Aisén, me puedes llamar, Aisén. Y quiero un café descafeinado con leche, dos de azúcar y un *cupcake* de chocolate —confirmó, clavándome esa profunda mirada con sus ojos color caramelo que me atraparon desde el primer momento que los vi.

«Como tú, moreno», pensé con una sonrisa tonta en mi cara.

—Perfecto, ahora mismo se lo sirvo —contesté con garbo.

Me fui a la barra para hacer el pedido a Luis, para que me lo preparara y me lo pusiera en ella para llevárselo.

—Aquí tiene, Aisén —afirmé coqueta. Pero de nada sirvió.

La mañana pasó entre café y café, entre risas con mis compañeros porque sí, os parecerá raro, pero nos lo pasábamos genial trabajando. No todo el mundo podía decir eso, la verdad.

Una hora, eso era lo que tenía para comer, casi atragantada. Siempre comía fuera, pasaba de ir a casa, hacerla y volver, así que me gastaba media paga en eso, pero lo disfrutaba mucho. Lo de no tener que fregar o cocinar era lo más, teniendo en cuenta que me pasaba el día haciendo lo mismo en el trabajo.

Siempre iba al mismo restaurante, dos calles más abajo de donde trabajaba.

La Pista, se llamaba. Qué irónico, no tenía ninguna, no era una discoteca, o eso creía. Por la noche, nunca fui allí; quizá se convirtiera en pub o disco bar y no lo supiera.

Era enorme, dispuesta con mesas y sillas bien elegantes. Parecía un restaurante de esos buenos en los que te ponen una comida degustación y, luego, te tienes que tomar un buen bocata en el local de al lado, pero nada más lejos de la realidad. Se comía de lujo, platos abundantes y a un precio muy, pero que muy asequible.

Me pedí unos espaguetis a la boloñesa que estaban deliciosos, eran mi perdición. Bueno, la pasta en general; menos mal que no era de

esas personas que con solo beber agua ya engordaban, sino estaría como una bola. Y después, como no tenía suficiente, me pedí un helado con doble bola de chocolate y nata, con barquillo incluido. Cuando terminé con aquel manjar, pedí la cuenta al camarero, me levanté y me fui.

Cuando llegué de la comida, mi fiel compañera Lili me abordó en la puerta. Casi no me dejó ni entrar.

—Nena, tengo algo para ti —me dijo emocionada.

—¿Qué es? —pregunté con el mismo efecto que ella.

—Ven. —Me cogió de la mano y me llevo a la parte trasera del local, allí estaba el almacén. Desde luego, me asusté, y bastante. «Coño, esta no querrá lo que pienso que quiere. A ver si va a ser lesbiana, le gusto y me quiere trincar aquí. Bah, no me importa que lo sea, pero igual le parece un poquito mal que le diga que no. Nadie quiere ser rechazado».

Se acercó a unas cajas de cerveza y, desde detrás, sacó un sobre.

La miré con extrañeza, no sabía que pasaba y estaba súper intrigada. Tanto secretismo para un… ¿Sobre?

Me lo tendió y con algo de miedo lo cogí. Lo abrí y cuál fue mi sorpresa, ¡era para mí! Firmaba, anónimo.

—¿¡Tengo un admirador secreto!? —le pregunté y exclamé a la vez por la emoción. Mira, menos mal que algo me salía bien.

Lo guardé a buen recaudo.

—¡Eh! ¿No me lo vas a leer? ¿No me vas a contar nada? —interrogó inquisitiva mi compañera.

—¡No! Es personal.

Salí del almacén pitando, sabía que iba a hacerme un tercer grado de cuestiones, hasta que le contase qué era lo que pasaba —si sabía quién era o qué quería—, y la verdad es que imaginaba que era mi vecino, o igual era mi subconsciente el que quería que lo fuera, pero tampoco podía asegurarlo.

***

Los días trascurrieron de lo más normal y era raro que no me pasara algo a mí. Pero así fue. Tranquilidad, era poco lo que sentí esa semana.

Estaba pletórica, todos los días dejaban una nota para mí y, a finales de semana, cambió la cosa.

Eran las siete de la tarde y alguien dejó una rosa negra posada en la mesa, donde hacía días estuvo sentado mi bombón, el cubano. Ya sabéis, ese chocolatito tan rico que me auxilió en aquel percance, que ya parecía bastante lejano, aunque no lo era.

Mi compi Lili, la avispada, fue a por ella. Creo que quería que

fuera para ella porque siempre pasaba lo mismo, iba con una cara de felicidad, pero cuando veía la nota, su rostro empezaba a denotar decepción y me daba pena. Tampoco creía que fuera para mí, sin embargo, así era.

—Aina, es para ti. Bueno, como siempre, de tu admirador secreto —me dijo enfurruñada—. Y te lo advierto, como no me cuentes qué te traes entre manos, te juro que no vuelvo a hablarte —amenazó con cara de rabia, parecía bastante enfadada con la situación.

—¡En serio, Lili! Créeme si te digo que no tengo ni la más mínima idea de quién puede ser. Imagino que es Tom, pero tampoco estoy segura y no quiero que le digas nada ni que le preguntes, que nos conocemos —la avisé, señalándola con un dedo, mientras sujetaba mi rosa negra en la otra mano.

Aspiré su olor. Me encantaban estas rosas, pero nadie sabía qué clase me gustaban y eso me asustaba un poquito. Hasta llegué a pensar que pudiera ser algún psicópata enfermo.

La noche de ese día llegó y me fui a descansar con mi rosa y mi nota, las guardaba todas en el cajón de la mesilla de noche.

En cuanto llegué a casa, repasé una y otra vez esas palabras que me turbaban, me dejaban pensativa —demasiado diría yo—, y no era bueno para mí esta incertidumbre.

¡*No sales de mi mente! Morena.*

Tu bombón secreto.

Esa era la frase que me repetía hasta la saciedad. Alguien andaba por ahí, pensando continuamente en mí y yo no lo sabía. Bueno, sí lo sabía, pero no tenía ni la más remota idea de quién coño podía ser. Debería investigarlo y averiguarlo. Luego estaba eso de «morena», una palabra que decía mucho Tom y también «tu bombón» y claro, ahí estaba la duda porque un bombón era el cubano, no tenía ni idea de qué hacer.

La noche me la pasé pensando en quién podría ser ese bombón, pero claro, había tantos en mi vida, a mí alrededor, que iba a ser difícil.

Me dormí con ese olor pegado a mi nariz, el olor que desprendía esa rosa, la que cuidaría como oro en paño y, antes de que se marchitara, la disecaría para tenerla de por vida conmigo. Más que nada porque no sabía si habría más o sería la única.

Capítulo 4

La despedida

Al día siguiente, la mañana fue como otra cualquiera, no me pasó nada fuera de lo normal y estuve pensando que quizá empezara a tener suerte.

Me vestí rápidamente, un día duro de trabajo me esperaba. Hoy había un evento en el lugar, se iba a estrenar una peli aquí, en mi pueblo. Quién lo diría, pues el cine que teníamos —cerca de la plaza— tampoco era para tirar cohetes, pero bueno. Iban a venir limusinas, aunque no tenía ni idea de cómo pretendían maniobrar porque las calles no eran de las anchas, como no las posara un helicóptero y sin aterrizar volvieran a despegar, no tenía ni la más mínima idea de cómo lo harían. Todos los locales se llenarían así que, con las pilas cargadas, salí de mi casa para toparme con el perfecto de mi vecino.

—Bueno días, vecino —saludé alegre.

—Bueno días, morena. Parece que hoy tienes buen día, sales muy sonriente tan temprano.

—Sí, siento dejarte con la palabra en la boca, pero tengo que irme pitando al curro, ¡nos vemos! —Le hice un gesto con la mano, para despedirme, mientras ya bajaba los escalones a toda máquina, dejándole con ganas de decirme algo.

Salí de portal a toda prisa y sin darme cuenta, me tropecé con un chico joven.

—Perdón —me disculpé y me dedicó una sonrisa de infarto. «Madre mía, qué mal estoy, necesito ligar o esto va a ir muy mal, ya los veo a todos guapos», pensé, mientras mis dos chicas interiores, tanto mi angelito como mi diablillo, hacían el gesto de ponerse la mano en la frente, como diciendo “Sí, madre mía. Qué mal estás, colega”.

—Tranquila, no pasa nada, ¿a dónde va una chica tan guapa como tú con tanta prisa? —Me quedé pasmada, mirándole a esos ojazos color azul cielo, que casi se tornaban grises.

—Voy a trabajar, que hoy habrá mucho lío —logré decir.

—¿Y dónde trabajas? —preguntó con parsimonia.

Me estaba entreteniendo demasiado y, al final, mi gran día acabaría por ser un auténtico desastre porque llegaría tarde a la cafetería.

—Aquí al lado —indiqué —, en la cafetería La Brújula.

—¡Genial! Quizá, a la noche, me pase y, si te apetece, charlamos un rato.

—¡Claro! ¿Por qué no? —«¡¿Acabo de ligar?!», pensé. No me lo podía creer.

Nos despedimos con la mano y me fui dando largas zancadas hasta el local. En unos minutos ya estaba delante de la puerta.

Entré con la lengua fuera, no estaba acostumbrada a correr. Debía ponerme en forma, tendría que empezar a hacer algo de ejercicio.

Hoy teníamos bastante más gente trabajando con nosotros, nuevos compañeros que ni siquiera conocíamos. Eran extras y las presentaciones fueron, un «¿Qué tal? ¿Cómo te llamas? ¡Genial! Pues a trabajar…» Ya tendríamos tiempo de hablar por la noche o al día siguiente o quién sabe, quizá ni nos llegáramos a conocer en absoluto. Eso de los extras es así, vienen y se van y luego, a lo mejor, no vuelven porque vienen otros; y, así, continuamente.

Saludos, presentaciones rápidas y, sin más miramiento, nos pusimos todos a trabajar. Los desayunos volaban, los pinchos también y llegó un momento en que no teníamos nada en los estantes. Apremiábamos a todos los cocineros para que se pusieran las pilas, pero no daban para más. Hasta que decidí llevar las riendas y ponerme a mandar porque lo de ser encargada se me daba bastante bien; eso sí, no era de las que mandaba y no hacía nada, así que me metí varias veces en la cocina para echar un cable. Gracias a mis directrices, dieron las tres de la tarde y todo iba según lo planeado, ya había de todo y los clientes se iban satisfechos. Fue un momento de mucho estrés.

Empezó a aflojar la marabunta de gente, ya en las calles también estaba relajado. Por fin, era el momento de salir un segundo y tomar algo el aire, menudo agobio llevaba encima.

Solo pensaba en la caja que habíamos hecho esa mañana y sonreía. Todos hacíamos un gran equipo y eso se notaba.

Estaba sentada en una de las sillas de la terraza, tomándome un café, porque bien me lo merecía, la verdad, cuando apareció mi jefe.

—Buenas tardes, Ainara, ¿qué haces aquí sentada, no hay trabajo? —preguntó con cara de malas pulgas. Ya venía este a fastidiar, mejor que se pusiera a trabajar, que solo aparecía para recaudar.

—Buenos días, Juan, ahora no hay trabajo. Está la cosa bastante relajada comparado con toda la mañana. Llevamos desde las ocho sin parar, mejor les das descanso a algunos empleados hasta las cinco por lo menos, que empezará a llenarse de nuevo, en vez de quejarte, ¿no te parece? —expliqué, levantando una ceja. Tenía bastante confianza con él. Antes que jefe y empleada, éramos amigos, así que me tomé la libertad de bajarle un poquito los humos y hacer que cambiara un poco de humor.

—Tienes razón, perdona. A veces, pareces tú la jefa, en vez de yo el dueño del local. —Se carcajeó y le imité. Al final, se había relajado. Para ser jefe era bueno, demasiado diría yo.

—Anda, ve… —le apremié.

—Sí, les daré ese descanso de unas horas. Parece ser que se lo merecen, aunque primero voy a determinarlo con lo que se hizo de recaudación. —Me guiñó un ojo y, con media sonrisita, se adentró en el local, dejándome allí sonriendo como una tonta. No cambiaría nunca.

Antes de empezar a trabajar para él, era mi amigo; bueno, lo seguía siendo y esperaba que lo fuera muchos años más. Nos conocimos en el instituto, incluso tuvimos un rollito, pero nada serio. Desde entonces, somos muy buenos amigos. Como pareja, no funcionaríamos en la vida, así que cuando decidió abrir la cafetería, le apoyé en todo el proyecto; me parecía una gran idea y así se lo transmití. Le ayudé con la decoración porque sí, seré un desastre, pero me encantaba decorar. Era buena, así que accedió a que le echara una mano con aquello. El local había quedado chulísimo. Cuando llegó el momento de la apertura, yo estaba en paro y me ofreció trabajar para él. En un principio, no sabía si sería buena idea lo de trabajar para un amigo. Ya sabes porque si, al final, todo iba bien, genial; pero si se torcían las cosas, la amistad también se iba al garete. Por eso se dice que con la familia y los amigos no te asocies jamás.

Sin embargo, todo salió bien. Igual fue porque él era —y seguía siendo— un cascarrabias, al que yo manejaba a las mil maravillas. Que no hubiéramos congeniado como pareja, no quería decir que no congeniáramos como amigos e incluso trabajando.

Total, que allí estaba. Después de una gran mañana, tomándome un café, tranquilita y observando a la poca gente que todavía quedaba en las calles de aquel maravilloso sitio.

Me daba el sol de lleno, aunque teníamos el toldo, así que decidí

cambiarme de mesa. Cogí mi café, lo posé en la de al lado y me senté, pero al hacerlo…

—Arg. ¡¡Me cago en todo, pero qué cojones hace esta silla rota aquí!! Menuda hostia me he pegado, ¡joder! —Me estaba mirando las manos, sentada en el suelo cuando una voz inundó mis oídos.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás en el suelo? ¿Te has hecho daño? —Su voz sonó preocupada.

Miré hacia arriba y vi a mi morenazo, el cubano estaba allí. Me quedé sin habla. Fijé mi mirada en la suya, hipnotizada, y con el culo todavía pegado al suelo con las palmas de las manos hacia arriba, parecía como si estuviera pidiendo una limosna.

—¿Siempre te caes? —resonó su pregunta en mi mente, una y otra vez.

—Por desgracia, sí —atiné a decir.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme y la acepté con gusto.

Nos quedamos los dos de pie, mirándonos fijamente, hasta que él rompió el silencio que nos atrapó en ese momento.

—¿Puedo acompañarte? —interrogó y señaló una de las sillas que estaba libre.

—¡Claro! ¿Cómo no? Pero cerciórate bien de que la silla esté en perfecto estado o el que se caerá, esta vez, serás tú.

Nos carcajeamos, tomamos asiento y le hice una señal a uno de mis compis para que le atendiera. Y, de paso, que me trajeran a mí otro café y tirara la silla rota a la basura.

Una vez servidos, no sabíamos qué decirnos.

—Así que ¿estás por aquí de vacaciones? —Me atreví a preguntar.

—Sí, aunque ya me quedan pocos días. En breve, tendré que volver a mi país; allí me espera un trabajo.

—Oh, y ¿cuántos días? Si no es indiscreción.

—Pues solo dos, la verdad. Me quedan poquitos.

Le miré con pena pues no me apetecía nada que se fuera, y me gustaría conocerle más.

—Oh, vaya. Bueno, aprovéchalos bien —dije, guiñándole un ojo.

—Eso haré, morena —contestó él risueño. Casi me da un soponcio cuando me dijo lo de «morena».

Mi cara debía de ser un poema porque lo notó.

—¿Te pasa algo? —cuestionó, separándose un poco del respaldo de la silla.

—No, nada. Es solo que ese apelativo, morena, no eres el único que me lo llama y me desconcierta.

—Si no te gusta que te lo llame, solo tienes que decírmelo y no lo

hago más.

—Gracias, eres muy amable, pero no pasa nada. Me gusta que me llamen morena —afirmé y era verdad. No me molestaba, solo que me recordaba a mi vecino y era algo extraño—. ¿De dónde eres exactamente? —Necesitaba saberlo, era bastante cotilla; bueno, para que nos íbamos a engañar, quizá en vacaciones me fuera allí.

—Pues soy cubano, pero imagino que de eso ya te habrás dado cuenta. En concreto, vivo en Santa Clara. Es una zona bastante bonita, tienes muchas cosas que visitar y conocer, hay playa y el tiempo es espectacular. ¿Qué más se puede pedir?

—Ya te digo, cómo me gustaría a mí ir a uno de esos paraísos. —Me quedé como pensativa mirando a un punto en concreto de la calle.

—Pues, te doy mi número de teléfono y así me das un toque, si es que te decides a ir y hacerme una visita. Te haré de guía turístico encantado, no te cobraría nada —dijo desinteresadamente. Y, sin apenas conocernos de nada, ya me estaba invitando a hacerle una visita. Esto iba bien y me gustó.

Me tendió una servilleta, que metí en el bolso de mi delantal. Supuse que sería el número de teléfono porque no lo miré en el momento y, quizá, llegara a ser, en unos minutos, parte de mis contactos favoritos.

Se levantó con intención de irse y yo debía entrar ya para seguir trabajando. Mi jefe estaba dando órdenes y eso no pintaba nada bien, lo desordenaba todo. Qué ironía, con lo desastre que soy y, en el trabajo, era todo lo contrario.

Nos despedimos con dos besos que me seguían poniendo los pelos como escarpias y no hablamos de volver a vernos. Solo aquella petición se quedó en el aire, ni siquiera sabía si iría o no. En fin, en dos días él se marcharía y no lo volvería a ver.

Me fui cabizbaja a mi puesto, con intención de parar a mi jefazo, que lo estaba desmantelando todo.

Total, dejó salir a los nuevos y los que estábamos en plantilla habitual nos quedamos trabajando; más bien, recogiendo. Comimos algo de lo que había por la cocina —es decir, mal comimos— un poco de tortilla, un bocata de chorizo, incluso alguno comió un poco de pollo con unas patatas; esos fueron los más listos, entre ellos estaba yo, claro.

Después de dos horas, metí la mano en el bolsillo de mi delantal para coger el papel y el bolígrafo que tenía guardado ahí y, al sacarlo, me cayó la servilleta. Entonces, me acordé de su número de teléfono.

Me agaché a recogerlo, pero había dos papeles. Estaba segura de que en uno ponía su número de teléfono, pero había otro que cogí con

bastante curiosidad. No recordaba haber puesto ahí esa servilleta, bien envuelta. Cuando lo leí, casi me da un infarto.

¡*No sales de mi mente! Morena.*

Tu bombón secreto.

Estoy deseando volver verte, un beso.

Mi cara fue de estupefacción completa por el mensaje, «¿era alguien que tenía acceso a mi delantal?» Comencé a mirar a todas partes, a fijarme en alguno de mis compis de curro, pero sinceramente ninguno me cuadraba. Ninguno tenía tanta información mía como para dejarme una rosa negra o esos mensajes. Además, ponía «estoy deseando volver a verte». Pensé de inmediato en mi jefe, pero, bah, era imposible, así que deseché de inmediato la idea.

—¡Joder! ¿Quién puede ser? Vaya rollo, esto de quedarse en ascuas no mola nada —susurré para mis adentros y me quedé desolada.

El resto del día como que no daba pie con bola. No dejaba de pensar en quién sería el hombre misterioso, aquel mensaje me había dejado KO.

La noche vino rápido, después de varias meteduras de pata en el negocio que casi nos llevan a la ruina. O cobraba mal, más bien poco, o no cobraba. Al final, tendría que poner yo la pasta.

—Bueno, niña, la jornada está casi finalizada —comentó mi compi Lili, acercándose a mí tras la barra.

—Sí, menos mal, eso o arruino a la empresa. Vaya tardecita llevo —bufé cansada, azotando la bayeta encima de la barra y sentándome, por fin, en uno de los taburetes—. Lili, si quieres, vete ya. Termino de recoger yo y descansa, que mañana será otro día.

—¿Lo dices en serio? ¡Cuánto te quiero, gracias! —Me dio un abrazo—. Pero mejor me quedo, quiero ayudarte a recoger y tomarme una cervecita antes de irme. —Me guiñó un ojo.

Nuestro último cliente estaba por llegar.

El sonido de la puerta me advertía que alguien entraba.

Cuando levanté la cabeza, me quedé estupefacta al ver de quién se trataba. Era el chico con el que me crucé en la salida del portal, con el que creía haber ligado. Desde luego, ya ni me acordaba de él.

Me levanté como un resorte de mi banqueta, bajo la atenta mirada de mi compañera, para acercarme a él y saludarlo pues, al final, había venido de verdad a verme; y yo que pensé que solo alardeaba.

—Hola, guapa. Lo prometido es deuda. Imagino que a estas horas ya no tendrás mucho trabajo, ¿no?

—Hola, pensé que no vendrías. —Una risita tonta salió de mi garganta—. Ya estaba terminando, a estas horas no hay clientes, como

puedes comprobar. Y se ha ido todo el personal; bueno, no todos, solo quedamos mi compañera y yo en buena compañía de la fregona para terminar con la faena. Puedes sentarte, ¿quieres tomarte algo que no sea un café, por favor? Más que nada es porque ya tengo la cafetera limpia —aseguré, pasando a la parte de atrás de la barra.

—Sí, pues sírveme un refresco light, gracias.

Me dirigí a ponerle el refresco: un vaso de tubo, un par de hielos y el refresco a medio echar. Se lo coloqué delante, lo cogió y le dio un buen trago. Quizá tuviera sed o calor, quién sabe.

Mi compañera me agarró de la muñeca, apartándome un poco, mientras aquellos ojazos se clavaban en nosotras y aquella maravillosa sonrisa se hacía presente, para dedicárnosla a las dos.

—Pero ¿cómo es que conoces tú a ese pedazo de tío?

—Le he conocido hoy. Me tropecé con él al salir del portal, me disculpé y me prometió venir hoy por la noche a tomarse algo conmigo. ¿Qué pasa, tan raro es que alguien así se fije en mí?

—No, nada raro, ¿a ti qué te parece? No tienes ni idea de quién es, ¿verdad?

—¿Qué pasa, tú también lo conoces? ¿Es alguno de tus ex? Dime que no, por favor, dime que no… —supliqué con cara de angustia. No podía salirme esto mal también.

—Pero qué tonta, ya quisiera yo que ese fuera uno de mis ex, bueno o no. Joder, nena, que es un actor. Cómo se nota que no ves las series de moda.

—¿¡Un actor!? ¿Qué actor?, ¿qué dices? —Mi voz sonó incrédula en un susurro, mientras él allí estaba plantado y atento a ver si se podía enterar de algo de lo que nos decíamos.

—Es Kerem Demir, el de esa serie turca.

—¡¡No jodas!! ¡¡Ay, Dios y yo con estos pelos!! Bueno, que sea lo que Dios quiera. —Ya le recordaba, pues había visto la serie hacía poco tiempo, el día del ordenador y ni siquiera le había reconocido. Menudo desastre y menudo despiste arrastraba conmigo.

Cogí un refresco para mí y el vaso de tubo con hielo y limón para llevarlo a donde él se encontraba, con el pulso acelerado y mi mano temblorosa. De esa guisa, me presenté ante él y ahora que me fijaba, sí que era él. «Joder, cómo está el tío».

—Siéntate, acompáñame.

Así lo hice. Salí de detrás de la barra, sin mediar palabra y mirando de reojo a Lili, que daba palmitas con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba flipando igual que yo.

Comenzamos a tener una conversación distendida, nos empezamos a conocer y confirmé que realmente era ese actor que decía mi

compañera de curro; no daba crédito a lo que me estaba pasando. Me invitó a salir por la zona a tomar algo y a pasar una noche con él. Acepté, después de tanto tiempo, necesitaba algo así.

Mi compañera, al final, lo fregó todo por dejarme allí con aquel pedazo de hombre. Cuando me di cuenta, se estaba despidiendo de nosotros.

—Bueno, compi, te dejo. Me voy a casa, que estoy agotada. Nos vemos y hablamos mañana. Cuídate y pásalo bien. Si quieres, mañana te cubro. —Asentí agradecida cuando soltó aquello la muy pícara, guiñándome un ojo para, seguidamente, instalarse una enorme sonrisa en su rostro y salir por la puerta sin más dilación.

Después de un buen rato con él, nos despedimos pues yo tenía que ir a ducharme y prepararme para la gran cita. Estaba pletórica.

Me fui a casa a toda máquina y no me aguanté, llamé a mi amiga Su para contárselo.

—Su, tía, no te imaginas lo que me ha pasado esta tarde.

—A saber, nena, a ti siempre te pasan cosas muy extrañas. Cuenta, cuenta —respondió emocionada. Y eso que todavía no le había explicado nada.

—Pues esta mañana, cuando iba al trabajo, me tropecé con un pedazo de tío de agárrate, al salir del portal. El caso es que tuvimos una breve conversación y, al final, me dijo que se pasaría por la cafetería por la noche. Y así lo hizo, estuvimos hablando largo y tendido y… ¡tengo una cita! ¿Qué te parece?

—¡¡Me parece genial, Aina!! Menos mal que algo te sale bien, mujer, porque vaya racha. Así que ¿olvidamos al vecinito y al cubano?

—Bueno tampoco te pases, porque con este igual es una noche loca y ya.

—Aina, tía, esa no es la actitud, ¿eh? Así no.

Una sonora carcajada salió de mi boca.

—Su, debo decirte que será así porque con quien he quedado esta noche es, nada más y nada menos, que el actor turco ese de la serie de Divinity, al que estáis enganchadas vosotras. Yo ni le conocía, ya sabes que yo no veo esas telenovelas. Es Karem Demir.

—¡No me jodas! ¿Lo estás diciendo en serio? O ¿te estás quedando conmigo? —Se levantó de la cama, seguro, como si la viera.

—Es cierto, te lo juro. No es ninguna broma, vino por el estreno de esa peli. Hoy había muchísimos famosos por la calle, pero vamos, nunca habría imaginado que uno de ellos quisiera tener una cita conmigo. Estoy como loca.

—No es para menos, guapita de cara. Vaya cómo te lo montas. Quedaremos las chicas y yo para verle, aunque sea a lo lejos,

mantenme informada, ¿quieres?

—Vale, pero no os acerquéis, que quiere pasar desapercibido. Me ha dicho que me llevará a uno de esos restaurantes de lujo y acabaremos la fiesta en el hotel donde se hospeda, o eso me gustaría que pasara. Lo del restaurante lo ha confirmado, lo otro ya me lo he inventado yo —expliqué, demasiado emocionada por lo que pudiera pasar después de una velada romántica en un buen restaurante.

—Vale, estamos en contacto.

Colgué y comencé a sacar trapos de mi armario, pero me interrumpió el sonido del timbre, así que fui a ver quién era. Al abrir la puerta, solo había un regalo posado en mi felpudo y mi sorpresa fue tal que, extrañada, miré hacia las escaleras, pero no vi a nadie. Entonces, miré a la puerta de mi vecino, puse mi oído al ciento por cien y no escuché absolutamente nada. Luego, me agaché para recoger el paquete, me levanté y cerré la puerta rápido, con la sensación de que igual se habían equivocado y lo estaba robando.

Me dirigí a mi habitación con intención de abrirlo y me sentí como una niña pequeña en plena navidad, al tirar del papel tan bonito lleno de rosas rojas que lo envolvía.

Era una caja rectangular y alta. Goza, ponía en la tapa, con un logotipo distintivo de la marca.

Me apresuré a abrirla y mis ojos vislumbraron un precioso vestido. Lo cogí para verlo mejor. Era azul eléctrico y de corte sirena, con un escote de encaje *beige* en pico, con formas del mismo color que la fina tela, de escote barco y tirante ancho. La espalda al aire llegaba hasta el coxis y los bordes eran iguales que los del escote. Era impresionante y no demoré en probármelo.

En la misma caja, también había unos zapatos con un tacón de infarto del mismo color azul eléctrico.

Capítulo 5

La cita

La cita estaba por llegar y yo me encontraba muy emocionada, después de enfundarme en ese precioso vestido que me sentaba como un guante. Me subí a esos zapatos de considerable tacón, combinado con una sombra de ojos negro y azul y mis labios en un color rosa clarito. Me hice una cola de caballo alta, con una trenza que enrosqué para hacerme un bonito recogido, dejando varios mechones sueltos a los lados. Estaba guapísima.

—¡Oh, oh! Problema, se avecina un problemón —dije en voz alta, como si me escuchara alguien—. ¿Dónde voy a meter el móvil, las llaves, el dinero y todo lo que necesito? ¡Dios, qué desastre, no tengo un maldito bolso de este color, ni nada que pegue con mi perfecto atuendo!

Fui corriendo a por el móvil; bueno, como pude, porque con aquellos tacones quizá no aguantara toda la noche, me partiera la crisma y, en vez de acabar en la habitación del hotel con aquel pedazo de hombre, me tendría que quedar en la habitación, pero de un maldito hospital.

Mis nervios iban en aumento, miré el reloj y ya casi era la hora, faltaba poco para que viniera a recogerme. «No sé en qué vendrá, si en una limusina o en una moto, o en un coche normal, a saber. Imagino que será en un coche normalito, quiere discreción, así que, sí, vendrá en coche».

Marqué a mi querida amiga del alma, ella tenía de todo; quizá tocaran las campanas y tuviera algún bolso a juego con mi divino vestido o tendría que meterlo en el escote. «Joder, joder, qué desastre, empezamos bien la noche». Te recomendaría que tuvieras un bolso de cada color, por si te pasara algo como esto algún día, consejo de

amiga.

—Dime, petarda, ¿qué te pasa ahora? —contesta, tan simpática y agradable como siempre.

—¡Ay, Dios! Estoy perdida. Verás, el tío me ha enviado un precioso vestido que me queda de impresión y unos zapatos preciosos, pero claro, son de color azul eléctrico y, tía, no tengo un puñetero bolso que haga juego, ¿dónde coño meto yo ahora mi móvil, el dinero, las llaves y todo eso, ¿eh? No tendrás tú, por casualidad, alguno que me sirva, ¿verdad? —hablé histérica.

—Relájate, chica, que nadie se ha muerto por la falta de un bolso. Voy a mirar y te llevo yo alguno anda. Menos mal que vivimos cerca que si no…

—¡Ay, muchísimas gracias, te lo compensaré! No tardes que está al llegar a recogerme, me va a dar algo.

Colgué y no pasaron ni diez minutos y ya estaba mi salvación en la puerta con un montón de bolsos que tiró en el sofá, casi sin saludarme.

—Aquí tienes, es todo lo que tengo que pueda servirte. Ya me presentarás por lo menos a ese maromo, guapa, que te estoy haciendo un favor enorme. Por cierto, estás que te sales —comentó poniendo los brazos en jarras, como diciendo «Es lo que hay, si te sirve bien; si no, te fastidias».

—¡Gracias, gracias, gracias! —Le agradecí achuchándola bien; sabía que así me la ganaba, sí o sí.

—Anda, déjate de tonterías y mira a ver cuál te sirve. Y no me achuches tanto que no se me va a olvidar que me debes un gran favor, guapita de cara —me dijo en tono amenazante, pero creo que no llegaría la sangre al río.

Los miré todos, había seis, cogí uno por uno y lo puse a la vera del vestido para comparar con el color. Había *beige*, azul más claro, azul marino que lo descarté de inmediato, blanco que no me molaba mucho y también lo descarté, gris —que no me disgustaba— y tenía muchas dudas con los otros. Al final, me decanté por el gris perla, combinaba genial con el color; era de esos que brillaban con un enorme broche en forma de mariposa que quedaba monísimo.

—¿Te parece bien este? —pregunté a Su, dubitativa.

—¡Bien, has escogido genial! Te va perfecto. De verdad, Aina, estás espectacular, pareces una de esas actrices de cine, harás una gran pareja con Karem Demir. ¡Dios, todavía no me creo que vayas a tener una cita con él! Menuda envidia me das, pero sana, ¿eh?

Nos tronchamos de la risa las dos, cuando sonaron varios golpecitos en la puerta.

—¿Cómo ha subido? ¿Dejaste la puerta del portal abierta? —susurré a mi querida amiga, ¡ja! Menuda era.

Se encogió de hombros con cara de no haber roto un plato.

Hice un gesto de negación incrédula, por creerla capaz de algo así, solo por conocerle, aunque, claro, ¿quién no lo hubiera hecho?

Abrí la puerta con manos temblorosas y mis ojos impactaron con los suyos.

Un hombre imponente, muy apuesto, tanto que quitaba el sentido. Alto, guapo, fornido, morenazo y de todo eso con lo que una soñaba. Vamos, un chico perfecto por fuera, ahora habría que ver si lo era por dentro también.

—Hola, qué puntual. Yo ya estoy preparada —logré decir atropelladamente.

—Hola, ¡genial! Estás preciosa, veo que te sirvió el vestido. —Me piropeó, comiéndome con los ojos. Me sentía entusiasmada y poderosa, muy poderosa. Me encantaba esa sensación, hacía mucho tiempo que no me sentía así y me subió la moral a lo más alto.

—¡Oh, sí, perdona, muchas gracias por el detalle! Después de esta cita te lo devolveré.

—No hace falta, es para ti.

Escuchamos a mi amiga carraspear desde el salón. Miramos en su dirección y vi cómo se acercaba a nosotros.

—Ah, sí. Verás, ella es una amiga, se llama Susana. Él es Karem Demir —los presenté y Su ya estaba contenta por poder darle esos dos besazos que le dio.

—Encantada de conocerla, señorita, es usted muy bella también. —Su voz, sonó ronca y mi amiga no pudo ruborizarse más con el piropo y, casi cayéndole la baba, le puso ojitos. Era el momento de irse.

—¿Nos vamos? —interrogó dirigiéndose a mí.

—¡Claro! Su, ¿cierras tú?

—Sí, anda, ve y pasároslo bien —nos deseó desde la puerta, haciendo un gesto de despedida con su mano, como cuando una madre se despide en el umbral de la puerta de su hija al irse de fiesta o de viaje.

Salimos a la calle y un Mercedes AMG GT R Roadster descapotable, de color negro mate, nos esperaba para llevarnos al restaurante.

Como buen caballero, me abrió la puerta del copiloto. Me senté y era bastante cómodo. Por dentro, resultaba impresionante y muy bonito, con los asientos de piel *beige* y un pedazo de ordenador de a bordo.

Cuando él entró y comenzó a preparar todo para empezar con el trayecto, un sonido envolvente me relajó al instante, Enya, *Only Time*. Esa canción era muy, pero que muy bonita. Todo me parecía de película.

Una hora de camino después, llegamos. Casi me duermo de lo relajada que iba en aquel cochazo que no se movía por muy rápido que fuera, escuchando Enya, con miraditas incluidas.

Un chico bastante majo, se llevó el coche, imagino que para aparcarlo.

—¿Preparada? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Sí, por supuesto —contesté con ansia.

Me agarró de la cintura y nos adentramos en aquel restaurante. Bueno, o lo que fuera aquello porque era una fortaleza, un castillo medieval impresionante del que me encantaría conocer hasta el más mínimo detalle. Pero, claro, no se lo iba a decir.

—Sé lo que piensas y quizá después de la cena te enseñe el interior y el exterior. —Como si me leyera la mente, se prestó a hacer mis pensamientos realidad.

Afirmé encantada y mis ojos vislumbraron un espacio alucinante, enorme, donde había gente exclusiva, algún famoso que conocía y otros que no, aunque seguramente, eran tan famosos o más que a los que ponía cara y nombre.

Un caballero muy elegante nos indicó en qué mesa debíamos sentarnos. Estábamos bastante distanciados de las demás, parecía una zona VIP, no podían vernos y nosotros tampoco veíamos a nadie. Era un lugar perfecto para una cita perfecta que no olvidaría jamás.

Disfrutamos de una cena exquisita y un buen vino, tan bueno que yo no podría ni mirarlo. Todo, en general, debía de ser carísimo.

Cuando llegamos al postre, yo pedí un *coulant* de chocolate que estaba delicioso. Me relamí y lo disfruté casi tanto como el sexo que llevaba tanto tiempo sin probar.

Pasamos una noche de ensueño. Me enseñó todo el castillo, me contó su historia y me enteré de que era suyo, ¡suyo! ¿Te puedes imaginar?

Llegó la hora de despedirse.

—Bueno, es tarde, ¿qué prefieres hacer, te apetece irte a casa o quedarte a pasar la noche conmigo? —No me podía creer que me preguntara tal cosa, o me invitaba o no me invitaba, pero claro, ante esa pregunta, qué iba a contestar, te imaginas mi respuesta, ¿no?

—Eh… Bueno… Yo… ¿A ti te apetecería que pasara la noche contigo? —tartamudeé e hice una pregunta absurda.

—¡Pues claro! Por eso te pregunté, me lo estoy pasando muy bien

en tu compañía y me encantaría que pasaras esta noche conmigo. Yo mañana temprano me iré, es mi última noche aquí y qué mejor plan que una gran noche a tu lado —aseveró, cogiéndome uno de los mechones que llevaba sueltos.

—Entonces no se hable más.

Me agarró de la mano y me dirigió a un ascensor privado. Digo privado porque estaba en una habitación del castillo, exactamente en los aposentos de los reyes, según la historia que me contó.

Un piso más arriba, el ascensor se abrió para dar paso a un pasillo enorme, revestido de piedra y la luz salía de unos candelabros apostados en la pared. Era tenue, daba una sensación de romanticismo increíble.

Sin soltarme de la mano, abrió la primera puerta que encontramos a nuestra derecha. Cuando entré, vislumbré una enorme cama, vestida con una preciosa manta de satén rojo y unos cojines a juego. Disponía de una chimenea y un armario de época de madera maciza que debía valer una pasta, como todo lo que había en su interior.

Un balcón daba a los jardines más bonitos que había visto jamás. Era un castillo de ensueño.

Se acercó sigiloso a mí, por la espalda para susurrarme al oído:

—Estás preciosa con este vestido, pero creo que estarás más bonita sin él, desnúdate para mí.

Me di la vuelta para mirarle a los ojos, esos que brillaban de deseo por mí. Se sentó en una butaca para observar cómo, poco a poco, iba quitándome la ropa. Primero me bajé la cremallera lateral, dejé que los tirantes se deslizaran por mis hombros para que, al final, el vestido acabara enroscado a mis pies. Salí del círculo que formaba. Me incliné para cogerlo y, con suma delicadeza, lo posé en la silla que había en el tocador que tenía a mi lado.

Mi hermoso conjunto de lencería, color gris perla de encaje, se dejó ver. Me acerqué a él insinuante, pero hizo un gesto de *stop* con su mano.

Me frené en seco.

—Quítatelo todo, excepto los zapatos —exigió con voz ronca.

Lo hice de inmediato. Me sentía sexi y caliente, solo de pensar que me observaba. La noche prometía o eso esperaba.

—Acuéstate en la cama y tócate para mí.

Me quedé estupefacta, a ver si iba a ser un mirón y no me iba siquiera a tocar. Y, como tenía dudas, se lo pregunté.

—¿Eres un mirón? —le solté de sopetón con las manos en mi cintura.

Una sonora carcajada inundó la estancia.

—¡No! Solo quiero ver cómo te tocas, luego ya te tocaré y te haré gemir como una loca, mi niña.

Entonces le di la espalda y me dirigí a la inmensa cama, me acosté y me comencé a tocar. Tenía tantas ganas de correrme que gemí en demasía, se dio cuenta y se acercó para cogerme de la muñeca, haciéndome parar.

—No quiero que te corras, todavía no —me susurró al oído. Su aliento hizo que mi piel se erizara, estremeciéndome por completo.

Pasó las yemas de sus dedos por mi mejilla, para seguir por mi cuello, llegar a mi pecho para entretenerse con mi pezón erecto y bajar por mi abdomen hasta llegar a mi clítoris.

Me tocó y comprobó lo húmeda que estaba.

—Hmm, parece que estás bien preparada para mí.

Suspiré y mi espalda se encorvó, justo cuando sentí que me introducía un dedo y después otro para moverlos despacio, como si quisiera torturarme y parecía que lo conseguía. Quería más y cuando ya casi estaba a punto de alcanzar el clímax, dejó de moverlos y los sacó de mi interior, dejándome vacía por completo.

Lamió sus dedos bajo mi atenta mirada, casi me corro con aquel gesto tan obsceno. Se desvistió. Primero, la chaqueta; luego la corbata, que depositó a mi lado. Después, poco a poco, se iba desabrochando la camisa para dejar a la vista esos abdominales perfectos y sus brazos fuertes y bien formados. Le siguió el pantalón y cuando le tocó al bóxer, pasé la lengua por mis labios, tenía sed de él.

Casi me da un infarto, cuando vi su enorme miembro erecto. «¡Madre del amor hermoso! Ese pedazo de aparato no entra en mí, ni de coña, y menos después de tanto tiempo sin catarlo, ¡joder, joder!», pensé algo acojonada.

La acercó a mi sexo y comenzó a juguetear, me puso a mil. Poco a poco la fue introduciendo dentro de mí y… «¡Oh, Dios sí! ¡Qué placer!»

Se colocó encima de mí. Mientras me embestía me besó. Nuestras lenguas se fundían creando un baile lento, nuestras salivas se mezclaban y un calor abrasador se apoderó de nosotros.

Nuestros cuerpos sudorosos buscaban el placer absoluto así que, en varias embestidas, nos dejamos llevar y los dos tuvimos un orgasmo inigualable.

La noche fue larga, pues no fue lo único que hicimos. Varias veces más, nuestros cuerpos se unieron hasta bien entrada la mañana, quedándonos exhaustos y dormidos como bebés.

A la mañana siguiente…

Me desperté sobresaltada. Comprobé, para mi desgracia, que estaba

sola en la cama. No había nadie en la habitación. Se fue para no volver.

Me levanté bostezando y desperezándome para acercarme al tocador. Me senté desnuda y, encima de su corbata, había una nota.

Ha sido una noche inolvidable, te regalo mi corbata para que nunca te olvides de mí. Gracias por ser tan perfecta.

Hasta la próxima… o no.

Karem Demir

Suspiré apretando la pequeña nota contra mi pecho y cogí la corbata para aspirar su olor. No la lavaría nunca.

Me trajeron el desayuno a la habitación, me sentía fenomenal. Y como llegué, me fui.

Al llegar a casa, salió mi vecino al rellano.

—Uy, morena, ¿has ligado esta noche? —Me sobresaltó.

—¿Por qué preguntas eso? —dije disimuladamente.

—Fácil, llevas el mismo precioso vestido con el que saliste ayer con aquel apuesto actor. ¿Ahora te codeas con ricos?

—¿Estás celoso, vecinito? —pregunté con socarronería y una sonrisita que no me pegaba, pero me sentía triunfal.

—Tranquila, morena, que solo era por cotillear —soltó antes de meterse en su casa.

Abrí la puerta y lo primero que hice fue bajarme de aquellos malditos zapatos que me tenían los pies molidos. Eran muy monos, pero no estaba acostumbrada a estar tanto tiempo encima de unos tacones tan altos.

Me desvestí y, en ropa interior, me tiré encima de mi minúscula cama, pero muy cómoda, he de decir.

Me quedé pensativa y es que, en cierta manera, se supone que el molesto debía ser mi vecino. En mi interior, quería que me hubiera dicho que estaba celoso y, sin embargo, con aquella contestación que recibí por chulita —todo había que decirlo—, me quedé un poco molesta, la verdad.

Me quedé dormida hasta la noche.

El resto de los días, estuve ausente mentalmente en el trabajo y físicamente para el resto del mundo. No hablé con nadie, ni con mis amigas. Estuve en un estado de hibernación total, en sentido figurado, claro, mi trabajo no me lo permitía.

No paré de pensar en todo: en la noche tan magnífica que había vivido con ese actor al que jamás volvería a ver —eso ya lo tenía asumido, pero bueno… que me quiten lo *bailao,* como se solía decir—; en mi vecino, que removía muchas cosas en mi corazón —y todo hay que decirlo, también en alguna que otra parte del cuerpo— y, cómo

no, en mi bombón que ya no estaba y del que mi mente pedía mucho más.

Capítulo 6

La comida

Unos días después, ya sabía que no andaba por allí mi bomboncito —me había enviado un mensaje diciéndome que ya estaba en su país—, así que decidí hablar con mis amigas. Tenía vacaciones y pretendía que ellas intentaran cogerlas también y hacer el viaje de nuestras vidas, o quizá de la mía.

Me puse cómoda en mi sofá de dos plazas, en pijama corto, con una mantita y un café que reposaba en una de mis manos porque, aunque hiciera un calor horrible, yo siempre tenía que taparme con una manta, aunque fueran los pies; mientras, con la otra mano, hacía una videollamada conjunta con mis locas amigas.

Primero lo intenté con Su, ella siempre lo cogía. Unos segundos más tarde, se materializó en la pantalla.

—Hola, loquita mía, ¿qué pasa?

—Hola, Su. Verás, voy a hacer una videollamada conjunta con las otras, quiero contaros unas cosas y preguntaros otras.

—Uy, qué miedito me das, nena —afirmó con una sonora carcajada.

Mientras hablaba con ella, intentaba llamar a las demás y, poco a poco, fueron apareciendo una a una.

Ya estábamos las cuatro.

—¿Qué pasa, Aina? Tú nunca haces una videollamada conjunta, debe de ser algo gordo —dijo Eve, toda intrigada.

—Sí, es muy raro en ti, nena. Cuenta, cuenta —habló Ángela.

—Chicas, chicas, no es nada gordo, ¿vale? Ni ha pasado nada raro; bueno, o sí.

Escuché sus risas al otro lado de la pantalla.

—A ver. Lo primero, os hago la videollamada para contaros algo

que me ha pasado y diréis «qué raro que te pase algo a ti». Sí, lo sé, pero es que tengo dudas y eso es raro.

—¿Oísteis eso, chicas? ¡Aina tiene dudas, esto es insólito! —exclamó a la demás Eve.

—¡Ya te digo! —dijeron Ángela y Su al unísono.

—Vale, ya está bien de cháchara y de ponerme aquí como un trapo… A ver, os voy a contar qué me ha pasado. Veréis, es que hasta hacía unos días me estaba viendo con mi vecino. Es más, hasta me llegó a gustar su compañía.

—¿En serio? Aina, pero ¿tú estás bien de verdad? —interrogó Ángela incrédula.

—Sí, eso, dínoslo porque, que yo sepa, pensabas que era gay —afirmó la simpática de Eve.

—Su, ¿se lo has contado? ¡No me lo puedo creer! Tú y yo ya hablaremos largo y tendido. —La miré achinando los ojos.

—Anda, no seas tonta. Si fue una tontería, loquita, no te enfades —contestó ella en tono más tranquilo que el mío. Cosa que hizo que me relajara al instante. Era mi bálsamo, no sé qué haría sin ella.

—Bueno, lo que os estaba contando. Ya casi me empezaba a gustar y todo, pero hace unos días apareció el bomboncito, el cubano, el que os dije que me había rescatado del suelo aquel día. Pues bien, se volvía a su país, quería que fuera a hacerle una visita y me ha dado su número de teléfono. —Mi verborrea se acentuó más y más. Les conté un resumen de carrerilla, sin dejarlas que me interrumpieran—. Hala, ya lo he soltado todo. Y esa, chicas, es mi duda porque, al final, no sé cuál de los dos me gusta más. El corazón me dice uno y la mente me dice otro.

—Nena, pero ¿tú estás bien de la cabeza? ¿Cómo te vas a enamorar de un tío al que vas a ver una vez al año? Eso es imposible, no te compliques, quédate con tu vecinito que está para mojar pan —aseguró Eve, toda entusiasmada.

—Sí, nena, quédate con el vecino que, aunque el cubano estuviera bueno, no lo vas a volver a ver. Además, yo creo que es mejor hacer caso al corazón antes que al cerebro —declaró Ángela.

—Y tú, Su, ¿qué piensas? ¿Qué debo hacer? —demandé a mi mejor amiga, con cara de angustia.

Se quedaron unos segundos calladas, todas. Yo no sabía qué decir, mi caos y mi locura iban en aumento. Estuve ese tiempo en vilo.

—Loquita, no sé si el resto está en lo cierto. Ahora con esto de las videollamadas, la tecnología y demás, bien podrías al menos conocerle y quién sabe si, más adelante, llegar a tener una relación a distancia, hasta saber si él se viene o tú te vas. Ya sabes lo que pienso de tu

vecino, está buenísimo, pero, por lo que me comentaste, es un poco chulillo, engreído y se cree el rey del mambo. Esos tipos hay que conocerlos bien. Qué más da que esté bueno, a lo mejor luego, en una relación, no se desenvuelve bien y te es infiel. Yo qué sé, nena. Pero creo que, aun así, deberías hacer lo que tu corazón te dicte.

—Ese es el problema, ¿sabes? Que mi corazón me dice una cosa y mi cerebro otra, por eso tengo mis dudas —manifesté con aflicción—. Además, no os dije que esas notitas y las rosas negras que llevo recibiendo de un desconocido, puede que no fueran de la misma persona. El otro día, tenía dos notas, la de su número de teléfono y otra que no me había dado cuenta que llevaba en el delantal. En esa, estaban escritas las mismas palabras de los mensajes anteriores, así que sigo sin saber si es él o Tom. En fin, un lío —dije casi al borde del llanto.

—Tampoco te quejes, guapita, que has tenido la cita de tu vida con Karem —aseguró Ángela.

—Sí, una cita de ensueño que no se volverá a repetir jamás. Ha sido lo más y lo mejor que me ha pasado en la vida, pero hasta ahí. Punto y final, es imposible que vuelva a suceder algo así. Lo he disfrutado al máximo y, ahora, a otra cosa mariposa.

—Bueno, chicas, lo mejor que podíamos hacer, es organizar un viajazo a Cuba, para que nuestra loquita tenga una cita con él y pueda luego escoger, si quiere quedarse con el bombón o con el vecino. ¿Qué os parece? ¿No sería una idea fantástica? —expuso Eve eufórica con la idea para cambiar de tema, porque vio que lo de Karem era un tema zanjado.

«¡Genial, y no tuve que proponerlo yo! Sabía que Eve sacaría el tema, le va más la fiesta que a un *bacalaero*». Mi diablillo interior ya comenzaba a bailar salsa.

—Pero bueno, ¡tú estás majara! ¿Sabes cuánto cuesta un viajecito de esos? —espetó Su.

—¡Qué más da el precio! Venga, chicas, ¿nos animamos? Cogemos las vacaciones a la vez y nos damos ese gustazo, por ella y por nosotras, sé que nos lo pasaremos pipa. Además, cuánto tiempo hace que no hacemos algo así juntas, ¿eh? —prosiguió Eve.

Silencio de nuevo, parecía que se lo estuvieran pensando y eso era bueno, a mí me apetecía mucho ir.

Al final las convenció a todas, así que quedamos para comer y hacer los planes pertinentes, escoger fecha y demás para organizarlo todo.

Nos despedimos de muy buen humor, un viaje nos esperaba y nos lo íbamos a pasar de miedo.

A las dos de la tarde salí de casa más contenta de la cuenta, iba a organizar unas buenas vacaciones con mis chicas y no podía estar más feliz con la idea porque, además, vería a mi bomboncito y eso molaba.

De camino al restaurante en el que habíamos quedado para la súper comida, me encontré con Tom. «El que me faltaba por ver».

—¡Hola, morena! —exclamó de bastante buen humor también.

—Hola, Tom, ¿qué pasa? Pareces muy contento hoy.

—Lo estoy, he encontrado trabajo —comentó encantado.

—¡Genial, no sabes cuánto me alegro! Y dime, ¿dónde has empezado?

—Pues verás, mi trabajo no será aquí, ni en España. Me voy a trabajar fuera.

—¡Anda! —exclamé bastante sorprendida—. Y, ¿cuál es el destino? —pregunté intrigada.

—¡Cuba!

—¿Cuba? —susurré en un tono casi inaudible. Bajé mi mirada al suelo, ahora sí que me había dejado KO.

—¿Te pasa algo? —preguntó, acercándose a mí. Con su mano me levantó el mentón para que le mirara a los ojos.

—Eh… No… Yo… tengo que irme. He quedado con mis amigas para una comida, vamos a planear las vacaciones.

—¡Guay! Eso está genial, Aina. Te vendrán bien unas vacaciones, te las mereces. Seguro que te lo pasarás en grande con ellas —aseveró mientras acariciaba levemente mi mejilla. Aquello hizo que me estremeciera por completo, incluso tuve la intención de ladear mi cabeza para agradecer ese gesto, aunque, por supuesto, no lo hice y me separé de él para despedirme algo nerviosa.

—Sí, gracias. Bueno, vecinito, nos vemos… O no… —Le guiñé un ojo.

Nos despedimos y cada uno se fue por su lado.

«Me cago en todo, ¿cómo puede ser que se vaya a Cuba cuando yo estoy organizando un maldito viaje allí? Solo faltaba que su trabajo estuviera en Santa Clara y, encima, coincidiéramos allí. Esto no saldrá bien, ¡mierda! ¿Qué voy a hacer?» Y todo el camino así, pensando en el caos que se podría formar con mi locura. Me sentía rara, por no decir desconcertada. En mi estómago algo se removía, era una sensación que nunca había tenido, no sabía a qué era debido.

Llegué al restaurante, apresurada, acalorada, enfadada, disgustada y contenta a la vez, anonadada y algo tarada de la cabeza. Ahora sí que tenía dudas de todo.

Me senté en la mesa en la que todas mis amigas ya estaban esperándome, con un montón de catálogos de hoteles sobre la mesa.

Sin decirles ni hola, mi verborrea volvió a mí, como cuando el turrón vuelve por navidad.

—Chicas, tenemos un gran problema. No sé si será buena idea irse de vacaciones a Cuba. Acabo de cruzarme con Tom y me ha contado que ha encontrado curro y que se va de aquí, exactamente fuera de España, y a que ¿no adiviináis? Se va a trabajar a… ¡Cuba! Chicas, ¿os lo podéis creer? ¡Se va a Cuba, joder! Si es que, al final, vamos a coincidir allí todos y veréis la que se lía.

—Hola, Aina. Lo primero, por lo menos, un saludo, ¿no? —me espetó Eve con cara de pocos amigos.

—Eso, sí, perdonad. Hola, chicas —dije mientras me sentaba—. Vale y, ahora, ¿cuál es el plan?

—¿Cuál va a ser? El viaje sigue en pie, ¿no, chicas? Decidme que sí, *porfa*, *porfa* —suplicó Eve, mirándome mal, como si tuviera la culpa yo de que mi vecino se fuera a trabajar a Cuba.

—¡¡Sí!! —contestaron al unísono Ángela y Su, dando palmitas de alegría.

Se iba a liar parda, lo presentía.

La mañana y casi toda la tarde se nos pasó pitando, entre risas y escogiendo hotel, agencia, mirando precios y demás. La comida estaba riquísima, como siempre que íbamos a aquel sitio.

Decidimos que, en una semana, nos iríamos. Así, a lo loco, todo a la carrera. Decían que era mejor no organizar nada, que cuando todo lo hacías a lo loco, salían mucho mejor las cosas, aunque no sé si eso sería cierto. Yo creía que nos íbamos a meter en la boca del lobo. Seguía pensando que no sería buena idea encontrarme allí con los dos, eso sería de locos, más de lo que ya era la situación para mí. Pero claro, como a ellas les daba igual… iban a pasárselo pipa viendo cómo me estrellaba de lleno con ellos.

Pedí las vacaciones a mi jefazo y no tuve ningún problema. Al contrario, sabía de sobra que las necesitaba, llevaba ya mucho tiempo trabajando y no le quedó más remedio que dármelas. De hecho, las merecía y me lo hizo saber bien.

Mis chicas y yo quedábamos por las tardes para ir a la agencia, para organizarlo todo, sacar los pasaportes y firmar los papeles necesarios. El día se iba acercando y ya había muchas ganas.

Eran las diez de la noche cuando picaron a la puerta, estaba viendo *Bones* y me sobresalté. «¿Quién será a estas horas?», pensé mientras me levantaba del sofá y, arrastrando los pies, me dirigí a mirar por la mirilla. Entonces le vi, ahí estaba plantado. Abrí la puerta para ver qué quería.

—Hola, morena, ¿puedo pasar? —demandó con las manos a la

espalda.

—Claro, ¿ha pasado algo? —interrogué extrañada y sorprendida a la vez.

—No, lo que quiero es darte algo. —Sacó una caja envuelta en papel de regalo, no muy grande, de detrás de su espalda, donde tenía guardadas sus manos—. Toma, es para ti.

—¡Oh, vaya! Y esto, ¿a qué se debe? —declaré asombrada por la sorpresa recibida.

—Es un regalo de despedida, me voy mañana. Ábrelo. —Me apuró.

Lo abrí y también abrí la boca.

—¿Bombones? —pregunté desconcertada.

—Sí, ¿no te gustan?

«Qué ironía», pensé.

—Pues claro que me gustan, ¡me encantan! Gracias. ¿Nos comemos algunos juntos? —Le invité. Me daba pena no volver a verle, aunque sabía que podría coincidir con él en Cuba, pero ¿qué pasaría cuando a mí se me acabaran las vacaciones y tuviera que volver?

—¡Por supuesto! —exclamó contento.

Nos sentamos en mi sofá, nos tapamos con una manta y allí, viendo la serie, nos comimos los bombones. Parecíamos una pareja. La verdad es que me gustó esa situación, más de lo que debería.

Él se creía que iba a ser el último día que pasaríamos juntos en un buen tiempo, pero yo sabía que me iba a Cuba de vacaciones y que quizá coincidiéramos. Por eso, no me hacía tanta gracia porque mi objetivo era otro, era ir a ver a mi bombón y no quería jugar a dos bandas. De eso se trataba, saber por cuál de los dos sentía algo verdadero.

—Y cuéntame, ¿a qué parte de Cuba te vas a trabajar? —interrogué con intención de saber a qué atenerme.

—Pues me voy a Santa Clara. —«¿En serio? Qué bien, esto no podría ir a mejor», pensé con ironía.

—¡Oh! Dicen que es muy bonito. Y ¿en qué vas a trabajar? Si no es indiscreción…

—Claro que no lo es. Verás, hace tiempo estuve trabajando en restauración de documentos importantes y el caso es que encontraron un par de pergaminos muy antiguos. Así que, me han llamado para restaurarlos para un museo de La Habana.

—Suena muy, pero que muy interesante. Y dime, ¿cómo es que te llamaron a ti? Quiero decir, ¿no hay gente buena en ese ámbito allí? —Quería enterarme de todo cuanto pudiera.

—Pues, al parecer, el único conservador–restaurador que hay en Cuba, se encuentra de viaje. Creo que se fue a Grecia por algo

bastante importante, relacionado con unos documentos milenarios, y necesitan a alguien de inmediato. Yo soy bueno en esto, para eso estudié y me formé. Tengo muy buenas referencias y gran experiencia; así que, me llamaron. Es una empresa que dirige un chico joven, creo que se llama… —Se quedó pensativo unos segundos—Aisén; sí, ese es el nombre.

Mi corazón comenzó a palpitar, de tal manera, que hasta se me cortó la respiración. Dios, no podía ser una coincidencia, ¿o sí…?

Casi me da un infarto cuando dijo su nombre. Solo deseaba que no fuera él porque lo último que me faltaba es que, cuando llegara allí, los tuviera a los dos juntos. Iba a ser un desastre. Cada vez tenía menos ganas de hacer ese viaje.

Estuvimos un buen rato charlando, incluso le invité a cenar. A altas horas de la madrugada —exactamente a las tres— se fue a su piso y yo a mi cama.

No dormí absolutamente nada. Mi cabeza era un hervidero de información y en mi mente se sucedían escenas que podrían darse en aquel lugar. Y lo peor de todo era que me quedaban dos días para viajar. Nunca en mi vida tuve tan pocas ganas de realizar un maravilloso viaje con mis queridas locas.

Capítulo 7

El viaje

Llegó el día, sonó el despertador, lo apagué, bostecé y cogí mi móvil para ver qué hora era, porque ya ni me acordaba de a qué hora lo había puesto. Medio sobada, el teléfono se deslizó por mi mano y fue a aterrizar, de golpe, en mi labio inferior.

—¡Joder, me cago en todo, qué dolor! —Me espabilé de inmediato.

Diez minutos después, mi labio inferior parecía el de un negro, por eso de que los tienen súper gruesos porque estaba muy hinchado. Empezábamos bien el día.

Me preparé para esperar que llegaran mis amigas que venían de camino, cargadas con sus maletas y sus enseres para el gran viaje.

Aparecieron en un taxi, que aparcó justo frente a mi portal, comenzó a pitar y, hasta que me asomé a la ventana, no paró.

—¡Ya bajo! —grité para que se dieran por enteradas e hicieran que el taxista dejara de pitar. Eran las seis de la mañana, algún vecino nos denunciaría por escándalo público y no era para menos; a mí no me gustaría que un coche estuviera dando la lata con la bocina a esas horas.

Bajé las escaleras como pude, con mi pedazo de maletón lleno hasta arriba, como si fuera a necesitar tanta ropa y todas las cosas que llevaba. Siempre me ocurría igual, metía y metía —que si esto porque sí, que si esto otro por si acaso…— y así, quizá no me quedaría otra que sacar cosas en el aeropuerto, porque me excedería del peso más de la cuenta, o pagar una tasa. Era para matarme.

El viaje hasta el aeropuerto fue de lo más tranquilo, entre risas y cánticos de carretera, como si fuéramos camioneros o de excursión, como cuando éramos unas renacuajas de colegio.

Pensé que igual no se daban cuenta de mi percance, pero mi

querida amiga Eve, que es muy observadora, me soltó:

—Tía, pero ¿qué te ha pasado en el labio?

Todas me miraron de golpe.

—Ah, esto… —Me lo señalé—. Nada, un pequeño percance.

—Joder, parece que te hayas puesto bótox. —Todas se partían de la risa a mi costa.

—Ja, ja, qué graciosas, chicas. Solo ha sido un accidente.

—Esta se ha preparado para parecer nativa de Cuba —espetó de repente Ángela.

—Qué simpáticas estáis hoy, ¿no? Mi móvil me ha atacado.

—Sí, sí, ahora disimula —siguió Eve, tronchándose de la risa.

—Pero bueno, que es verdad. Lo cogí para ver la hora, se me resbaló de la mano y me dio en todo el labio. Cuando pasó solo me dolía, aunque, después de un rato, se hinchó como un puto flotador.

Carcajadas, solo se escuchaban carcajadas en aquel taxi. Es más, hasta el taxista se tronchaba de la risa; cosa que me molestó y, por eso, ya me caía mal el muchacho, aunque no tuviera ninguna culpa.

—No te digo que esta va preparada, míralo por el lado bueno, quizá no tengas problema en la piscina del hotel: llevas un flotador incorporado.

Al final, hasta yo me reía de las tonterías que decían mis queridas y locas amigas.

Estuvieron todo el camino tocándome las narices. Pero ya sabes eso que dicen, si no puedes con tu enemigo, únete a él; pues eso fue lo que hice, me uní, no era cuestión de enfadarse al principio de nuestra magnífica aventura. «Ya verás cuando les diga que Tom va a trabajar con Aisén, les va a hacer una gracia tremenda», pensé irónicamente.

Una vez llegamos, tocaba facturar. Menudo lío, era la primera vez que hacíamos un viaje en avión, ninguna había probado antes ese transporte, así que hasta que dimos por dónde debíamos ir, nos pasamos media hora dando vueltas. Menos mal que íbamos con bastante tiempo.

Nos pusimos en la cola, que era infinita, y casi una hora tardamos en llegar al mostrador, así que imagínate. No nos aburrimos, no paramos de criticar a todo ser viviente. En fin, para que alguien nos hubiera escuchado y no llegáramos a subirnos al avión por una buena trifulca.

Una vez que logramos facturar todas las maletas —la mía se libró por poco peso—, nos dirigimos a la planta baja para coger un metro que nos llevara a otra terminal, en la que debíamos embarcar.

Dentro de aquel tren de cercanías, del que en menos de tres minutos nos apeamos, íbamos como auténticos chorizos. Parecíamos

envasados al vacío y mis amigas, a las que no se les escapaba una, pues lo comentaron y se formó un cachondeo que no veas.

Total, que llegamos a la zona de embarque, después de un buen rato esperando. Allí sentadas en aquellas sillas que, de cómodas tenían bien poco, se acercó a un atril improvisado una azafata con un pequeño micrófono para dar las directrices.

—Señoras y señores, bienvenidos. En breve embarcaremos para partir hacia La Habana, Cuba. Primero, embarcarán niños y gente que vaya en primera; luego, mayores de sesenta y cinco años, seguidamente personas discapacitadas y, por último, las personas que vayan en turista. Espero que el viaje sea de su agrado y gracias. Un saludo.

Entonces, se formó el caos. Toda la gente se agolpó en la entrada del pasillo que nos llevaría al pájaro, empujones y nervios era lo que premiaba allí.

Nosotras ni nos movimos del sitio, esperamos a que se relajara un poco la gente. Íbamos en turista, así que seríamos de las últimas, ¿de qué serviría ponerse a la cola a aguantar el chaparrón si no íbamos a entrar las primeras?

Cuando toda aquella marabunta de gente se relajó, nos levantamos y nos pusimos a la cola, preparadas con nuestras tarjetas de embarque en la mano para no tener ningún problema y que todo fuera lo más rápido posible.

Tardamos media hora en pasar, pero todo correcto. Ahora tocaba llegar a un autobús que nos llevara hasta el pedazo de avión que nos esperaba para el gran viaje. Yo estaba atacada, e imagino que las demás también, era una novedad todo aquello y, hasta el momento, no lo habíamos hecho mal.

En aquel autobús, fuimos bien, aunque el conductor parecía un piloto de rally en vez del conductor de un transporte público. Pensé que no llegaríamos a subirnos al pajarito esperado.

Casi me había mareado de tantas curvas. Yo veía el avión y no me parecía que fuera necesario tanta ese, pero claro, allí el que mandaba era él, no yo.

Comenzamos a subir las escaleras y, cómo no podía ser de otra manera, me tropecé y casi le como el culo al tío que iba delante de mí.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Eve que venía tras de mí, y me agarró por un brazo.

—¡Nada, que me tropecé! —exclamé desencajada. Menudo susto me he llevé, pensé que encima de ir con el morro como el de Carmen de Mairena también iría mellada como el Risitas. Aunque con el culazo que llevaba delante, igual me amortiguaba bien el golpe.

—Sí, sí, disimula, cara mula, que tú eres muy lista. Anda que no me he fijado en el tío que llevas delante, ¡no te jode! Por tocar un culo, ya no sabes que hacer, ¿eh, guapa? —comentó la muy simpática, en voz alta, para que se enterara bien todo el pasaje.

El chico que iba delante, y al que se refería Eve, miró hacia nosotras y nos sonrió. Yo, como siempre, me puse roja, tanto como la publicidad que llevaba el avión escrita.

Le preguntamos a la azafata cuál era nuestra fila. Ella, muy amable, nos lo indicó. Caminamos por aquel estrecho pasillo hasta dar con nuestra numeración, colocamos las pequeñas maletas en el interior de los compartimentos y nos acomodamos.

Yo me senté entre Su y Eve. Ángela estaba en la siguiente fila, al otro lado del pasillo.

—Loquita, ¿te has fijado en que el tío que está sentado con Ángela es al que tú le querías comer ese prieto culito? —susurró Eve, dándome un codazo, mientras Su metía su cabeza para enterarse de todo.

—¡Joder, Eve! Que no quería comerle el culo a nadie, me tropecé y mira, mejor. A ver si Ángela tiene suerte y liga.

Soltó una risita, tapándose la boca para no ser tan escandalosa como yo; en plan disimulado, ya sabes.

—Cómo te gusta pinchar, Eve. Qué capulla eres —afirmó Su, negando con la cabeza y con la misma sonrisita pícara que Eve.

Nos quedamos en silencio para escuchar las indicaciones de seguridad de las azafatas y el vuelo dio comienzo. Despegamos y una sensación extraña me recorrió el cuerpo, hasta que llegamos a la altura que debíamos y se estabilizó, no se me pasó.

El trayecto de nueve horas —que se me hicieron eternas en algunos momentos y amenas en otros—, lo pasamos jugando con los ordenadores que cada una tenía en su asiento, entre lecturas, risas, paseos por los pasillos, siestas y comida que no estaba ni buena ni mala, un *catering* de lo más normalito.

Desde allí arriba, todo se veía diferente, diminuto. Las nubes parecían de algodón y apetecía mucho tirarse encima de ellas; si no fuera porque las traspasarías y la leche que te darías sería tremenda, a no ser que llevaras un paracaídas y un buen instructor a la espalda.

Llevábamos unas cuantas horas y ya pesaba el tiempo.

Cuando dieron la noticia de que íbamos a aterrizar, la gente se puso de muy buen humor. Al tocar tierra firme y detenerse el avión, hasta vitorearon, cosa que me sorprendió; era como si no tuvieran ni la más mínima confianza en el piloto, como si pensaran que no llegaríamos, o quizá ya había ganas de posarse.

Cuando abrieron las puertas, a mí casi me da un sofocón. «¡Joder! Después de estar tan tranquila y tan bien dentro del pájaro, ahora este calor. Menuda hostia nos ha dado en todo el hocico». Me sobraba toda la ropa, y cuando digo toda, me refiero a toda.

—Uf, menudo calor hace. A ver quién aguanta este bochorno toda la semana —explicó Eve.

—Pues vamos a aguantarlo con playa, piscina, mojitos o cervecita fresquita —contestó Su, risueña.

—Ya te digo, pero para eso todavía nos queda trayecto, un par de horas de autobús. Y os recuerdo que la gente aquí no conduce bien, así que preparaos —aseveró Ángela.

Salimos de aquel túnel que daba al aeropuerto y menudas medidas de seguridad, nos hicieron descalzarnos y todo. Pasamos por un programa de escaneo facial, poniendo nuestro dedo índice en una placa para dejar nuestra huella archivada. Después, también tuvimos que enseñar los papeles para poder entrar en el país, visado y demás.

Cuando por fin terminamos el proceso, tocaba buscar a la persona indicada para que nos diera la información de qué autobús debíamos coger, para que nos llevara a nuestro hotel; uno que habíamos contratado en régimen de todo incluido.

A lo lejos, divisamos a un chico joven con la pancarta de nuestra compañía. Nos acercamos y allí mismo nos dio las indicaciones de hacia dónde debíamos dirigirnos, era solo cruzar la calle. Hasta la entrada del aeropuerto era bonita. Un montón de taxis amarillos se agolpaban allí. Luego, vimos los autobuses, todos en fila y bien numerados en un lateral. El nuestro era el 22DD. Íbamos a quedarnos fuera a esperar a los demás pasajeros, pero al final, con el calor que hacía, decidimos esperar dentro porque se estaba mucho mejor con el aire acondicionado; aunque las puertas estuvieran abiertas, se notaba mucho más fresquito. Una media hora tardaron todos nuestros acompañantes en llegar y colocarse en sus respectivos asientos. Después de presentarse el conductor y el animador, dimos comienzo a las dos largas horas que nos separaban de nuestro destino.

Hicimos una parada para refrigerar, o sea, para tomar algo y estirar las piernas. El bar se hallaba en medio de la nada y debía vivir de turistas como nosotros. Allí solo podías pagar en euros, era la moneda que les interesaba. Con ella, ganaban dinero y, de hecho, nosotras ya íbamos con esa intención, la de ayudar a toda la gente que pudiéramos.

Pedimos unas cervezas y nos sirvieron unas latas de una marca rara para nosotras, pero que por lo visto era la mejor de allí, Bucanero. Estaba buena, la verdad.

Cuando llegamos al hotel, era bastante tarde. Ya no sabíamos cuántas horas habíamos estado viajando, habíamos perdido la cuenta.

Nos quedamos alucinadas con la entrada y más con el interior del hotel en el que nos íbamos a hospedar durante esa semana, que seguramente nos pasaría volando.

Lo primero que hicimos fue ir a la recepción, donde nos dieron las tarjetas de las habitaciones y nos informaron de todo.

Muy maja la chica que nos atendió.

Nos instalamos cada una en su cuarto y quedamos para cenar todas juntas en el bufet.

—Bueno, chicas, son las nueve de la noche. Nos acomodamos, nos aseamos y, a las diez menos cuarto, quedamos aquí para investigar dónde cenamos y a la cama, que mañana es nuestro primer día y hay que disfrutarlo —dije con voz cansada. El viaje nos había matado.

Todas asintieron con las mismas ganas que yo.

Nos separamos. Entonces, subí aquellas escaleras con la maleta a cuestas, casi sin fuerza. De pronto, se me resbaló el asa de la mano y fue rodando hasta el descansillo, haciendo un estrepitoso ruido.

—¡Me cago en la leche! Cuando dicen que todo lo que sube baja, por algo es. Menos mal que es rígida, si no acabaría destrozada —hablé para mí, bajando a toda mecha para recogerla.

«Ahora, a subir de nuevo. Buf, como se me vuelva a caer, la dejo ahí tirada. A ver si algún alma caritativa me la sube», pensé cabizbaja.

Pasó a mi lado una pareja que me miró con extrañeza y, detrás, un pedazo de tío. Alto, cachas, morenazo. Vamos, de infarto. Me subió la moral a las nubes.

—¿Quiere que la ayude? —preguntó sin más.

—¡Oh, vale, gracias! —exclamé, tendiéndole la enorme maleta. No iba a desaprovechar esta oportunidad que me daba la vida.

Subió delante de mí, mientras yo observaba su culito. Cuando llegamos a la habitación, se presentó:

—Encantado de ayudarla, señorita. Soy el botones del hotel. Si necesita algo más, no dude en pedirlo. Que pase buena noche.

—¡Gracias! —exclamé anonadada.

Entré en la habitación, dejé la maleta al lado de la gran cama y me tiré de lleno, de espaldas. En ese momento me di cuenta de lo cómoda que era y si no me levantaba, al final, me dormiría y plantaría a las chicas. Aunque estaba segura de que todas, en aquel mismo instante, estábamos haciendo y pensando lo mismo. Una sonrisa se instaló en mi cara.

Me dirigí al baño, me desnudé y me metí en la bañera para ducharme, con agua más bien fresca para espabilarme. Mientras me

enjabonaba, pensé: «¡Qué mal estoy y qué tonta soy! Ainara, pensabas que ibas a ligarte a ese tío nada más llegar con esta cara y estos pelos. Hija mía, qué ilusa, ¡¡si era el botones!!».

Era para darme de cabezazos contra la pared, empezábamos bien.

Salí fresquita, me puse un vestidito playero —color azul cielo, muy mono— y unas sandalias con flores muy apropiadas para ese modelito.

A las diez menos cuarto, ya estaba esperando a mis chicas en el lugar acordado. Me senté en uno de aquellos sillones de piel, de color *beige*, tan cómodos que había cerca de recepción.

Las escuché hablar, se las oía desde lejos. Venían riéndose, a saber qué les pasaba.

Me levanté para recibirlas.

—¿Qué tal, chicas? —las saludé con gracia—. A mí me vino de lujo darme una ducha, me he despejado que no veáis.

—Ya, sí que te ha sentado bien, sí —afirmó Su, algo más animada que antes, mientras caminábamos hacia lo que parecía un restaurante; a ella también parecía haberle sentado bien.

Iba hablando con ellas cuando me tropecé y me di de bruces contra el suelo.

—Pero ¿qué haces? Mira que eres patosa, Aina —dijo Eve entre risas.

—¡Me cago en diez! Me he raspado la rodilla —exclamé, todavía de rodillas en el suelo, parecía estar rezando—. ¡Qué bien he empezado! Se me cae la maleta escaleras abajo y ahora esto —les conté mientras me levantaba con la ayuda de Ángela, que no paraba de reírse de mí.

—¿Cómo que se te cayó la maleta escaleras abajo? —preguntó Eve, casi al borde del llanto; pero no de pena, sino de risa.

—Pues eso, que ya estaba casi arriba, cuando se me resbaló de la mano el asa y cayó rodando, haciendo un ruido enorme escaleras abajo. Me quedé como un pasmarote mirándola y, cuando reaccioné, bajé a toda máquina a rescatarla. Comenzaba a subirla de nuevo cuando apareció un pedazo de tío tremendo. Se ofreció a subírmela y pensé que había ligado, pero resulta que era el botones. Imaginad, ¡¡el botones!! ¿Os lo podéis creer? —narré, mientras ellas se partían la caja de risa, cada vez más escandalosas.

—¡Madre mía, Ainara! Es que eres especial, no hay otra como tú, eres única. Lo que no te pasa a ti, no le pasa a nadie —expresó Eve.

Y así, entre carcajadas y con una rodilla raspada, entramos en el restaurante, donde el aire acondicionado nos recibió con ganas, dándonos en toda la cara y poniéndonos la piel de gallina —por el cambio de temperatura—, pero realmente se agradecía.

Después de una copiosa cena y de otear el lugar, nos volvimos cada una a nuestra habitación para descansar lo que pudiéramos.

Me puse cómoda, me tiré en la cama y me quedé grogui hasta la mañana siguiente.

Capítulo 8

Día 1: Primera toma de contacto

A la mañana siguiente, a las ocho, ya estaba en pie. Me preparé después de una buena ducha y bajé las escaleras en un estado de alegría, casi canturreando.

Les pegué un toque a todas y, antes de que contestaran, colgué, porque no quería encontrarme con alguna sorpresita en mi factura de móvil cuando volviera a España.

No tardaron ni diez minutos en aparecer, primero Eve, después Su y, por último, Ángela.

Ataviadas cada una con su bikini bajo nuestras ropas, fuimos directas a la piscina.

—Ayer en recepción nos dijeron que, si queríamos una toalla, había que ir a la piscina —expliqué decidida.

—Sí, tenemos que buscar una caseta, o eso quise entender —siguió hablando Eve.

—¡Pues vayamos a buscarla! ¡¡Que comiencen nuestras vacaciones!! —exclamó entusiasmada Su. Nunca la había visto tan contenta.

Caminamos como las chicas esas de la serie de Nueva York —sí, esas—, pero sin sexo, de momento.

Vimos desde lejos una caseta de madera, a un lateral de la enorme piscina, que estaba abarrotada de gente disfrutando al máximo del sol y de la vida.

—Buenos días. Necesitamos toallas, es aquí donde debemos recogerlas, ¿verdad? —proclamó con desparpajo Eve, la más dicharachera del grupo.

—Buenos días, señoritas. Así es, aquí es donde pueden conseguir las toallas, ¿saben la dinámica? —preguntó amablemente el joven que

nos atendía.

—No, ¿nos la podría explicar? —interrogó esta vez Su.

—Claro. Verá, deberán darme el número de habitación, yo apuntaré cuántas toallas se llevan y, al final de la estancia, deberán devolverlas. Si no las devuelven, entonces se les cobrarán antes de irse en la recepción del hotel.

—Oh, genial. Pues mire, aquí tiene la mía. Qué pena que no quiera ese número para ligar —soltó de sopetón Eve.

Negué con la cabeza mirándola a los ojos. «La madre que la parió, no pierde el tiempo». El chico la miró con cara de asombro por su directa, pero al irnos le guiñó un ojo y le dedicó la mejor de sus sonrisas. Al final, acabará en su cama.

Cuando conseguimos las toallas y una gran sonrisa pícara del jovencito que estaba al otro lado del mostrador, decidimos irnos a la playa. En la piscina había demasiada gente.

Varios metros más allá, nos quedamos alucinadas con lo que veían nuestros ojos. Con el espacio que se abría de lleno ante nosotras.

—¡Oh! Nenas, esto es el puto paraíso —susurré anonadada.

—Ya te digo, menuda arena —siguió Eve.

—Y mirad qué agua cristalina —comentó Su.

—Y con tumbonas y sombrillas de paja, ¡qué más se puede pedir! —exclamó Ángela.

—¿Un mojito mientras tomamos el sol? —propuse sin moverme del sitio.

Giré mi cabeza a la derecha y allí había una mini barra que nos esperaba, nos llamaba a gritos. Me acerqué y le dije al camarero:

—¡Cuatro mojitos, por favor! —Los pedí sin dejarlas responder ante mi pregunta, seguramente no recibiría una negativa por su parte.

Detrás de mí, escuché a mis loquitas reírse a carcajada limpia. Creo que les pareció una idea fantástica.

Con tres vasos de plástico en una mano y el cuarto en la otra, me fui directa a ellas. Pero claro, como no son camareras, los cogieron a lo loco y se perdieron dos por el camino. Fue culpa de Su, así que le iba a tocar a ella ir a pedirlos.

—¡Me cago en la leche, Su! Ahora vas tú a por dos, que estas lobas ya se los agenciaron.

Los cogieron como si fueran sus tesoros, como el de la peli esa de los anillos, *El hobbit*. «Es mío, solo mío… mi tesoro», pues así ellas.

—Menudo desperdicio, Su. Para ti pide un Red Bull, que te da alas —se cachondeó Eve.

—Ja, ja, qué graciosa estás tan temprano. Quizá me pida un vodka, que así me da tracción cuatro por cuatro, no te digo —se burló

y nos sacó la lengua, mientras las demás nos partíamos de la risa por sus ocurrencias.

—Pues qué bien te iba a venir, dicen que esa tracción se usa en arena. Mira, como la de la playa, así no patinas. Aunque con vodka, no sé yo si te serviría eso para no patinar —contestó Eve.

Solté una gran carcajada y tuve que contestar, me la dejó a huevo:

—¡Ay, Dios! A esta le patinarían hasta las neuronas con un vodka. —Mis carcajadas resonaron aún más.

Su se alejó de nosotras toda enfurruñada. Habría que vigilarla de cerca, era capaz de echar veneno en las bebidas para matarnos a todas.

Total, que la mañana había empezado bien, entre risas. En la playa, se estaba de lujo y, después de tomarnos varios mojitos, Su —que era la que menos bebía— sí que iba a necesitar la tracción que decía para que sus pies se agarraran bien a tierra firme. Ya hacía el tonto y todo el mundo nos miraba.

—Su, hoy vas directa a la habitación a dormir esa melopea que llevas encima —afirmé con contundencia.

—De eso nadaaa, no estoy *bolaacha* —contestó arrastrando las palabras y pronunciando mal.

Yo comencé a reírme sin sentido. Bueno, para mí, sí tenía sentido, aunque para las demás no. Me miraban como si estuviera loca, que quizá sí lo estuviera —algo—, pero no era el caso.

—Y ahora a ti, ¿qué bicho te ha picado? —me preguntó Ángela, con una ceja levantada, desde su hamaca.

—Bicho ninguno, de momento. No se ven mosquitos ni nada parecido, pero es que… ¡Ostras! Es que me acabo de acordar de la ardilla —Risas y más risas—, ¿no te acuerdas?

—¡Que ardilla ni que ardilla! ¿De qué coño hablas? Deja la bebida tú también, anda. —Eve se tronchaba.

—Sí, la ardilla borracha. El meme ese que rulaba por Facebook, la que decía: *«Toy bolacha*… animales chiqui, chiqui, cha*»*.

Todas soltamos una gran carcajada al unísono.

—Es que Su me acaba de recordar a ella. —Más risas, hasta llegar al llanto. Mis lágrimas ya brotaban y no podía remediarlo.

—¡¡Cállate ya, tía, que me van a sentar mal los mojitos, coño!! Me duele la barriga de reírme con tus pijadas —manifestó Ángela. Eve no podía ni hablar y Su, ahí estaba la pobre, tirada en la hamaca sin poder moverse ya.

Luego tendríamos que llevarla a su habitación para que se despejara.

Después de una buena sesión de risa y buen rollo, decidimos

llevarnos a nuestra amiga a descansar porque buena falta le hacía.

Nos costó un triunfo despertarla y, a trancas y barrancas, al final, logramos subirla a la habitación. En cuanto llegamos, la colocamos en la cama y no le quitamos ni la ropa.

Eve y yo salimos después en busca de nuestra otra amiga, que nos esperaba en la parte baja del hotel.

De camino, Eve me interrogó:

—Tú aceptaste venir de viaje, pero tengo una curiosidad, ¿cuál es tu intención? ¿Vas a ir a Santa Clara en busca de ese cubano?

Me dejó sin palabras. No sabía qué decirle porque, por una parte, sí quería; pero, por otra, tenía algo de reticencia.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Sí, quiero verle, aunque, por otra parte, no quiero encontrarme con Tom.

—¿Qué importa que te encuentres con tu vecino?

—No quiero que se entere de que quiero tener un lío con él, no sé si me entiendes…

Dejé ahí la frase sin terminar, a ver por dónde me salía ella.

—Uy, uy, uy, veo que no lo tienes muy claro. Igual lo que te pasa es que ¿te gusta tu vecinito y es como para hacerle un poco la puñeta, a ver por dónde tira?

—Pero ¿qué dices? Eso no es así, Tom no me gusta. Bueno, es guapo, sí, aunque no siento nada por él.

—Ya, ya, dejaré de darte el tostón, pero que sepas que estaré tras la barrera a ver qué sucede con esos dos tíos. Por cierto, yo desde luego no sé por cuál me decantaría, los dos son guapísimos. Qué envidia me das a veces…

Nos reímos por su comentario, bajando las escaleras donde ya estaba Ángela, esperándonos impaciente.

La tarde la disfrutamos en la enorme piscina que había en el hotel, jugando y chapoteando como crías.

Los días iban pasando y yo me seguía haciendo la loca, sin sacar el tema de Aisén.

Al final, no me libraría de ir a verle, de buscarle. Eve cuando me dijo que vería lo que pasaría con los dos hombres que me traían de calle, desde la barrera, era por algo.

Capítulo 9

Día 5. La discordia

Después de unos días haciendo lo mismo —playa, mojitos, comer, piscina y dormir—, aquella mañana, a mi querida Eve se le ocurrió hacer la pregunta clave.

—¿Qué tal si vamos hoy a Santa Clara? Dicen que es una maravilla y que los chicos de allí son guapísimos, ¡¡igual hasta ligamos!! —expuso la muy bruja.

La miré de reojo, prometiéndole una buena colleja.

—Sí, no estaría nada mal. Vamos a la recepción a ver qué podemos hacer, tal vez haya algún autobús o algo para acercarnos. —La voz de Ángela sonó emocionada.

Así que una vez que se informaron de todo, ya me vi dentro de un autobús —no muy moderno, aunque eso sí, con aire acondicionado, era lo único bueno que tenía— para realizar un viaje que, sin saberlo en ese momento, me cambiaría la vida de un plumazo.

Un chico muy agradable nos amenizó el viaje hasta llegar, incluso con chistes, y nos contó la historia de La Habana y de Varadero. De Santa Clara, nos recomendó varios lugares que podríamos visitar y también dónde salir de fiesta. En fin, que cuando nos dimos cuenta el tiempo se fue volando y llegó la primera parada. Nos apeamos para adentrarnos en un bar de carretera enorme. Las mesas y las sillas eran de paja, techado, pero al aire; en Cuba se estilaban esa clase de locales, muchos de los nocturnos eran también así y no me extrañaba porque hacía un calor exagerado.

Aunque solo hubiera un local, con un gran aparcamiento, en no sé cuántos kilómetros a la redonda, era precioso. Desde él, se veía el mar y un puente caído. Bueno, no del todo, un trozo; a la mitad, podías saltar sin problemas al otro lado. Y, como todo el mundo suele ser

muy cotilla, como si fuera un imán, nos acercamos; nosotras, las primeras. Al otro lado, un poco más allá, nos adentramos en una especie de laberinto con unos enormes muros. Parecía como si allí, en sus buenos tiempos, hubiera habido alguna casa. Todavía se conservaban los suelos, eran unos mosaicos preciosos, y nos fijamos en que había un montón de fósiles. Se ve que hasta aquel lugar llegaba el agua del mar y quedaban a la vista de todos los turistas que se movían por la isla. Las olas rompían con fuerza contra las piedras, pero no tanto como podría haber sido antaño y con la marea alta, ahora no llegaba ni a la mitad del muro en el que nos encontrábamos nosotras, absortas, observando aquellos maravillosos mosaicos, en silencio.

Dieron el aviso de que el autobús saldría en unos minutos. No solían esperar por nadie, así que nos apresuramos a regresar al bar, coger un refresco —y beberlo casi atragantadas— antes de subirnos de nuevo para volver a la carretera.

El resto del trayecto, nos lo pasamos con la sonrisa en los labios, gracias a nuestro guía, a quien se le daba de maravilla amenizar el momento.

Se abrió ante nuestros ojos una bonita ciudad, Santa Clara, y no dejé de mirar por aquella ventana, sin perder detalle; incluso alguna foto hice.

Nos detuvimos en un lugar en concreto.

—Tenéis un montón de horas para caminar y conocer la ciudad. Hay taxis a cada metro que andéis, así que, si queréis conocer algo que os quede fuera de mano, no tendréis problemas en ir y volver de nuevo. Los taxis están continuamente en activo. Pasadlo muy bien. Santa Clara es digna de ver y tenéis varios locales en los que podéis comer. —Caminaba por el pasillo, repartiendo folletos, de toda la información que debíamos tener para adentrarnos en aquel maravilloso lugar, en los que iba grapado otro papelito que nos indicaba los establecimientos en los que comer algo—. Nos vemos a la vuelta. Os esperamos a las nueve de la noche, aquí mismo.

Y así se despidió de nosotros hasta pasadas las horas.

Nos bajamos con ganas de comernos el mundo. Cruzamos la calle para quedarnos allí plantadas y empezar a planear lo que íbamos a hacer durante todo el día. Debíamos aprovecharlo al máximo, pues seguramente no volveríamos en lo que restaba de nuestras vidas. Estos viajes no se repiten, pueden ser otros mejores o peores, pero nunca iguales.

Miramos un mapa que nos habían dado en la recepción del hotel y buscamos alguna placa indicativa que nos dijera exactamente dónde nos encontrábamos para ponernos en situación.

Estábamos justo en la carretera central y la calle en la que nos encontrábamos se llamaba Rafael Tristá, muy cerquita del parque Leoncio Vidal, así que hacia allí nos dirigimos.

Era todo recto e imaginamos que en aquel maravilloso parque habría cosas que ver, puesto que, en España, alrededor de lugares así siempre hay bares, tiendas o algo interesante.

Cuando llegamos al centro, un hombre nos abordó.

—Hola, señoritas, ¿os gustaría que os contara la historia del parque? A cambio, solo os pido un donativo.

Nos miramos unas a las otras con cara de sorpresa. Íbamos a tener un guía turístico sin haberlo pedido y bien baratito, ¿por qué no? De paso, ayudábamos a alguien. Sería una buena causa y parecía un buen hombre.

—Está bien —aceptamos encantadas.

—Genial. Este parque está ubicado en el centro histórico urbano de la ciudad. Es un símbolo de la cultura e identidad de los villaclareños. Escenario de luchas por la independencia del país. El 15 de julio de 1999, en conmemoración del 310 aniversario de la fundación de Santa Clara, fue declarado monumento nacional. El nombre del parque es en honor al patriota cubano Leoncio Vidal Caro, natural de Ceja de Pablo, en Corralillo. —Iba narrando todo esto mientras nos movíamos despacio, sin quitarle la vista de encima. Era bastante interesante lo que aprendíamos de este hombre, de este hermoso lugar y de esta ciudad; nos empaparíamos de información, de historia y de cultura.

—Antes, el parque era de menor dimensión que en la actualidad. Por aquel entonces se erigía en su entorno la parroquia Mayor de la ciudad, que fue demolida en el siglo XX. Durante los años treinta y hasta el triunfo de la Revolución, el parque fue escenario de protestas y manifestaciones estudiantiles, obreras y de la población en sentido general; hasta el conocido Burro Perico portó carteles de protesta, inclusive escritos sobre su suave pelambre. —El hombre, cuyo nombre ni sabíamos ni preguntamos, hizo una breve pausa, que yo aproveché para intervenir.

—¿Puedo preguntar por qué fue demolida la parroquia Mayor?

—Pues verás, señorita, fue demolida allá por el año 1923, tras las obras de ampliación del parque que ahora está bajo tus pies.

Llegamos a la altura de una hermosa estatua de una señora sentada en una silla, bastante elegante e imponente. Esta se hallaba sobre una enorme estructura de hormigón en el que había un grabado.

—Veo que os gusta la estatua. Esta mujer es doña Marta Abreu de Estévez, la benefactora de la ciudad, y la estructura es de bronce.

Prosigamos el camino. —Tendría que investigar más sobre esa señora, estaba intrigada por saber qué había hecho por la ciudad para ser la benefactora.

Nos dirigimos directos a una fuente que era súper chula. Según nos explicó, era la reproducción en bronce de la escultura del *Niño de la bota infortunada*, obra del artista José Delarra. La original se encontraba en el Museo Provincial de Historia de Villa Clara, quizá también le hiciéramos una visita.

También vimos una glorieta que, por lo visto, fue construida en 1911. Continuaba siendo un espacio reservado para la banda municipal y los abuelos acudían a bailar al son de la música de cubanísimo danzón.

El parque, desde luego, era digno de ver. Era precioso y un montón de gente paseaba por aquel lugar lleno de historia; una historia que nos llevábamos por unos pocos euros. Le agradecimos muchísimo toda la información a aquel hombre y nos fuimos a ver más cosas, despidiéndonos de él hasta con un abrazo que agradeció enormemente, tanto como el dinero que le dimos, o quizá más.

Nuestros pasos nos llevaron, entre risas, al Museo de Artes Decorativas. La entrada, desde luego, no parecía la de un museo. Con varios arcos que la conformaban, dimos con una enorme puerta y, en ella, un par de pizarras indicaban las instrucciones. Nos adentramos en aquel pasillo donde nos esperaba, tras un atril, una chica muy maja. Pagamos unas entradas y alucinamos nada más acceder a aquella maravilla de museo.

Artes decorativas, su mismo nombre lo indicaba. Un suelo marmolado de un color grisáceo, con una línea de baldosas negras enmarcándolo. Una lámpara blanca de lágrimas colgaba de aquel techo y llamaba la atención. Un mueble de entrada, en color dorado, con el pie de impresión bien tallado. Dos jarrones azules muy bonitos eran la única decoración que tenía encima. Las paredes estaban pintadas de un amarillo chillón que combinaba a la perfección con todos y cada uno de los detalles que allí dentro había. Estatuas más altas que yo —aunque, para serlo, no hacía falta mucho— y mesas con manteles, que parecían hechos a mano, llenaban aquel maravilloso espacio.

Encontramos una puerta que nos llevó a un espacio abierto. El suelo era de un tono ocre —parecía hormigón impreso— muy bonito y, en el centro, había un pozo simulado, en torno al que tenían dispuestas unas mesas y sillas, en las que podías sentarte y deleitarte con algún refresco que te traían.

Unos cuantos árboles y plantas también lo decoraban.

Salimos de allí a eso de la una de la tarde, nos había pasado la mañana volando, y nos fuimos muy satisfechas de todo lo acontecido hasta el momento.

Transcurrían las horas y todavía ninguna de mis amigas había mencionado siquiera el ir en busca de mi cubano y yo hacía como que no me daba ni cuenta, a ver si pasaba la bola.

Decidimos ir a tomar un refrigerio. Hacía un calor espantoso, menos mal que nos habíamos embadurnado bien de crema solar, si no acabaríamos quemadas por el sol, que pegaba fuerte.

Yo no quería irme de allí sin visitar la tumba del líder de la revolución cubana, el Che Guevara Mausoleum, y la Plaza de la Revolución. Para llegar hasta allí, tendríamos que ir en taxi porque nos quedaba un poquito lejos para caminar y nuestros pies, por culpa del calor, ya se quejaban y aún nos quedaban horas y mucho que ver.

Paramos en El Recreo, un restaurante bastante peculiar. A la entrada nos encontramos con un estandarte en el que ponía, con bandas blancas y letras rojas, la carta. Todo de madera y, en la parte superior, ponía 24 h. Semejaba una estantería sin huecos, solo con aquellos cartelitos informativos. Hamburguesas, discos de jamón o bocatas de jamón vikingo eran unos de los pocos platos que ofrecían. Resultaba un lugar acogedor, con unos empleados agradables, que estaban pendientes de que todo estuviera correcto.

Después de una gran comida, porque todo estuvo delicioso, nos fuimos con ganas de algo fresquito y dulce. Habíamos ojeado una heladería y allí pedimos cada una, un helado diferente, como nosotras.

Comiendo aquel delicioso helado de chocolate y turrón, casi me atraganto cuando Eve comenzó a hablar.

—Niñas, no sé si os disteis cuenta de qué pintamos aquí. Se supone que, además de conocer Santa Clara, venimos a que Aina vea a su cubanito, para ver qué tal le va. Podías avisarle de que andas por la zona y que te dijera dónde se encuentra, ¿no? —La miré achinando los ojos, ya no me estaba gustando nada el helado que tanto iba disfrutando, ahora casi quería estampárselo en toda la cara a la simpática de mi amiga.

—¡Es verdad! Ya ni me acordaba. Eso, venga, llámale —me instó Ángela.

—Sabéis que os odio, ¿verdad? —dije algo contrariada. Tenía ganas de verle, pero no de encontrarme con mi vecino, puesto que no le había ni comentado que mi viaje, con mis locas amigas, iba a ser aquí.

Todas soltaron una gran carcajada y no me quitaban los ojos de encima. Sus miradas acusadoras me golpeaban fuerte, así que,

temerosa, saqué mi móvil del bolsillo, mientras mi mente iba a mil por hora.

—Creo que tendré que buscar wifi, si no el mensaje me saldrá bastante caro y no creo que merezca la pena gastarse una pasta por esto.

Se quedaron pensativas unos segundos, que me parecieron horas, hasta que Su nos deleitó con sus sabias palabras:

—Chicas, tiene razón, hay que buscar red.

Todas asintieron y fui salvada por la campana, aunque solo por el momento. Con la buena suerte que tenía —fíjate tú por dónde—, encontraron un local en el que ponía *Wifi: una hora, dos euros*. Allá que fuimos, ¿os creíais que me iba a librar con estas brujas como guías? De eso nada.

—Voy a entrar para coger una tarjeta para tu móvil y así puedes mandarle algún wasap —comentó Su, decidida, entrando en aquella pequeña tienda, mientras nuestras miradas expectantes estaban puestas en sus pasos.

Salió en un santiamén, visto y no visto. Cuando me di cuenta, tenía la tarjeta con la página en la que debía entrar para ingresar aquel largo número para comenzar con la conexión.

Cuando en mi móvil apareció «conectado», entré en WhatsApp, busqué su número y le dejé un breve mensaje:

Me gustaría verte, estoy en Santa Clara.

Le di a enviar. No había vuelta atrás, ya estaba echo.

Unos segundos más tarde me vibró el móvil, era él.

Caritas de asombro —varias— salían en mi pantalla, seguidas de un mensaje bastante entusiasta:

¡No me lo puedo creer! ¿De verdad estás en Santa Clara? Pues claro que nos vemos. En media hora si quieres, salgo del trabajo. Te dejo la ubicación exacta, ¿vienes a buscarme?

Les enseñé el mensaje a las chicas que estaban intrigadísimas y se pusieron a dar saltitos de alegría y a aplaudir en medio de la calle, como si les hubieran regalado una moto. Casi estaban ellas más entusiasmadas con la idea que yo misma.

Sin contestar al mensaje, cogimos un taxi para que nos llevara a aquella ubicación. Se hallaba bastante lejos de donde nos encontrábamos, así que mejor era ir en un coche que a patita.

Veinte minutos tardó el taxista en dejarnos en nuestro destino. Nos bajamos del coche y yo no sé ni cómo me podía mantener en pie, parecía un flan andante; bueno, más bien una gelatina porque me movía más.

Ellas se quedaron fuera de aquel enorme edificio en el que se

suponía que trabajaban aquellos dos hombres que me traían algo loca, mi caos y mi locura.

Mis pasos iban ligeros, decididos, pero al mismo tiempo torpes, con miedo y con ganas a la vez, hasta la entrada imponente que se presentaba a qué, ¿a una nueva vida, quizá? O ¿volvería a la normalidad de mi vida sin más? Al cruzar aquella puerta lo sabría.

Un hombre corpulento estaba apostado justo al pasar la enorme puerta de madera maciza que seguro pesaba una tonelada.

—Buenas tardes, señorita, ¿la puedo ayudar en algo? —preguntó con un vozarrón que daba miedo, hasta me sobresalté con sus palabras.

—Eh… hola, verá. Yo buscaba… bueno, yo… buscaba a una persona. —No sabía cómo decirle que buscaba a Aisén, así que tartamudeé lo que no estaba en los escritos.

—Dígame su nombre, por favor, y veré qué puedo hacer.

—Aisén, se llama Aisén.

—Ah, ya, busca al jefe, como todas. —Y aquellas palabras casi me obligaron a deshacer el camino andado hasta allí, donde ahora mismo me encontraba.

Sin más, desapareció de mi vista, después de indicarme que esperara.

Tardaba en volver, así que intenté entretenerme mirando unos escritos. La entrada estaba repleta de ellos, documentos antiguos que quedaban a la vista de los turistas o toda la gente que entrara en aquel lugar. Miré al techo, había miles de cámaras.

—Hola, morena. ¿Cómo tú por aquí? —Aquella voz. La voz que no esperaba escuchar hasta volver o hasta sabe Dios cuándo. Su voz, inconfundible, hizo que mi corazón se saltara varios latidos. Estaba a mi espalda. Un escalofrío recorrió mi piel. Escuché sus pasos decididos que se acercaban peligrosamente.

Me di la vuelta y le vi. Estaba más guapo que nunca.

—¡Menuda sorpresa! No contaba con que vinieras a verme. —Y aquella frase me rompió los esquemas, ¿cómo iba a decirle que no estaba allí por él, que había ido por otro?

Mi silencio se hizo notorio. Justo en ese momento, antes de que pudiera explicarle todo, apareció Aisén.

—Hola, cuánto me alegra volver a verte, gracias por venir. —Miré a Tom y sus ojos reflejaban decepción, aquella decepción que no quería por nada del mundo que sintiera hacia mí. Era lo último que quería que sucediera y fue lo que sucedió.

—Hola. En realidad, venía a veros a los dos. Sabía que Tom estaba trabajando aquí para ti y me gustaría que los tres pudiéramos tomar

algo con mis amigas. ¿Qué os parece? —Fue lo primero que se me ocurrió, no quería que Tom me odiara de por vida. Su cara y su mirada cambiaron, aunque no le gustara demasiado la idea de irnos todos juntos. Solo con aquel gesto que hizo con las cejas, y aquella medio sonrisa, me dijo sin palabras que prefería estar a solas conmigo.

—Pero ¿os conocéis? —Aisén se quedó sorprendido con la noticia.

—Eh… Bueno, sí. Es mi vecino, nos conocemos desde hace unos años.

Aisén lo miró con cara de pocos amigos, ahora era él el que sentía celos.

—Aina, a mí tampoco me dijiste que conocías a mi jefe —me recriminó Tom, con ganas.

—Tom, verás, es que cuando me dijiste que venías a trabajar aquí y que tu jefe se llamaba como él, no sabía si era él en realidad. Era demasiada coincidencia, ¿no crees?

Se iba a formar la marimorena. Los dos estaban en mi contra, por no haberlos puesto sobre aviso. Ahora, se veían entre la espada y la pared. No sabían cómo reaccionar y no les culpaba. A ver cómo salía yo de este maldito embrollo.

—La verdad es que sí, pero dime una cosa. Antes de irme de España, el día que nos quedamos hasta tan tarde en tu sofá para despedirnos, ¿ya sabías que ibas a hacer este viaje?

Vi cómo mi cubano nos miraba como si de un partido de tenis se tratara, sin cortarse un pelo para expresar su decepción y su disgusto. No le gustó nada que Tom y yo nos conociéramos y, menos, que hubiéramos pasado ese rato juntos. Y aunque no pasó nada, él tampoco lo sabía porque mi vecinito jugaba bien sus cartas. Al final, estaba segura de que no ligaría ni con uno ni con otro.

Aisén se enfadó sobremanera y eso no me gustó. Su comportamiento parecía el de un niño pequeño, aunque… mira quién iba a hablar. Yo también era así, pero le creía mucho más maduro.

—Está bien, niña. Creo que lo de tomar algo, mejor lo dejamos para mis próximas vacaciones en España. Quizá sea mejor que te lleves a Tom, en vez de irte conmigo, porque veo que con él te va a las mil maravillas. Y yo no soy segundo plato de nadie, por lo tanto, os dejo ese espacio. —Se dio media vuelta y allí nos dejó plantados a los dos.

Tom, con una amplia sonrisa, se vio victorioso con aquella situación mientras que yo me quedé con la boca abierta, pues no contaba con aquella reacción.

Sinceramente, me di cuenta de que no merecía la pena alguien como él. Mi vecino era muchísimo más hombre que él, con diferencia.

De pronto, Aisén se paró en medio de aquella enorme sala y, sin girar la cabeza para mirarnos, soltó un detalle por aquella boca que me dejó sin aliento:

—Por cierto, estoy seguro de que jamás llegarías a mirarme como le miras a él. Ese brillo en tu mirada solo significa una cosa y se llama amor.

Comenzó de nuevo a caminar hacia su lugar de trabajo. Yo, en cambio, lo único que pude hacer fue agachar la cabeza. Me moría de vergüenza, mis mejillas comenzaron a desprender un calor exagerado y creo que hasta a él le sobraba su camisa.

Observé cómo sus pies se acercaban a mí. Con su mano, me levantó el mentón para que mi mirada chocara con la suya. Aquella sonrisa de triunfo total seguía instalada en su hermoso rostro. Sin decir ni una palabra, se acercó demasiado a mí, hasta el punto de rozar sus labios con los míos.

—No te imaginas cuánto me alegra verte de nuevo, morena. —Aquellas palabras resonaron en mi mente como campanas de boda, una que imaginaba no llegaría nunca. Aquellas palabras me llenaron de júbilo y mis dos muñequitas, el ángel y el demonio, aplaudían mientras mi corazón latía frenético y era lo único que resonaba en aquella estancia.

Me besó, y yo me dejé. Claro que me dejé, aunque mi mente dijera que no, mi corazón lo estaba deseando. Aquellos nervios que se instalaron en mi estómago —mis amigas les llamaban mariposas—, ¿podrían ser debidos a que, de verdad, lo que sentía por Tom era amor, como dijo hacía un momento Aisén? ¿Tuve que venir a Cuba para darme cuenta de que a quién realmente quería a mi lado era a Tom y no al cubano? ¿Qué pasaría cuando yo volviera a España y él se quedase a trabajar aquí? Su trabajo, ¿sería temporal o para toda la vida? ¿Vendría yo a vivir aquí solo por él y lo dejaría todo atrás? Todas aquellas preguntas, y más, se agolpaban en mi mente como la gente se agolpaba en el centro comercial en un día de rebajas. Sin un orden, y sin permiso, se iban colando una a una en lo más hondo de mi ser. El miedo comenzó a atenazarme y eso se vio reflejado en mi mirada.

Aquel beso, aquellos labios, aquella lengua jugando con la mía como si de un baile se tratase, aquellas manos tocando mis mejillas suavemente, aquel momento tan sensual y tan simple, aquel instante, aquellos dos minutos de beso, me hicieron darme cuenta de muchas cosas. Sin respiración, así me había dejado cuando se separó de mí. Frío fue lo que sentí, como si me quedara desabrigada en un día de invierno en plena calle. El escalofrío que recorrió mi piel, y del que

fue único testigo aquel corpulento hombre que estaba en la entrada, hizo que se me pusiera el bello de punta.

—¿En qué hotel te hospedas? —me susurró en el oído haciendo que me estremeciera por completo.

Le dije en qué hotel estaba.

—En Varadero.

—Me puedo acercar esta noche, mañana no trabajo y si quieres, te llevo a un sitio bastante concurrido para bailar y tomarnos una copa. —Seguía sintiendo su aliento en mi oreja y solo con tenerle tan cerca ya me estaba poniendo cardiaca. Acabaría teniendo un maldito orgasmo sin que me tocara.

—Te veo en la entrada del hotel a las diez de la noche. —Quería quedarme el resto del día allí, sintiéndolo tan cerca de mí, pero creí oportuno irme en aquel instante o le llevaría a algún sitio a solas para hacerle mío.

Me separé de él, quedándome un enorme vacío. Sin mirar atrás, allí le dejé plantado con la promesa de que esa noche me llevaría de fiesta y lo que surgiera. Al salir a la calle, aunque hiciera aquel calor sofocante, una mínima brisa rozó mi piel y hasta lo agradecí. Al intentar cruzar la calle, para llegar al punto donde estaban mis queridas loquitas, trastabillé y me di de bruces contra el suelo. Mis piernas parecían gelatina, ya más bien derretida, casi no sujetaban del resto de mi cuerpo. Observé, a lo lejos, cómo mis amigas acudían apresuradas a mí.

—Pero bueno, Aina, lo tuyo es de lo que no hay, ¿qué es lo que tenéis tú y el suelo, chica? —preguntó atacada Ángela.

Una sonora carcajada soltó Eve.

—Madre mía, Aina, de verdad. Como no ligas con tus chicos, ¿lo intentas con el suelo a ver si hay más suerte o qué te pasa?

Allí en el suelo, en medio de la carretera —menos mal que el tráfico era demasiado tranquilo por aquella zona—, me entró un ataque de risa que casi me meo encima.

Entre todas no podían conmigo, no conseguía parar de reírme y, entre el espectáculo y mis nervios, hasta lloraba. Las lágrimas rodaban por mis mejillas sin descanso. Las fuerzas nos flojearon y no podíamos hacer absolutamente nada, hasta que llegó un coche que tuvo que frenar y nos dio un buen bocinazo. Nos quedamos petrificadas del susto, dejamos de reírnos *ipso facto*. Me levanté como pude, corrimos hacia la acera y allí empezamos de nuevo a reír hasta que no pudimos más.

Cuando se nos quitó aquella tontería, llegó el tercer grado de preguntas de lo que había pasado dentro y les narré todo lo

acontecido de camino a un taxi para que nos llevara a la plaza del Che.

Eve no daba crédito a lo que escuchaba.

—¡Qué cabrona! Así que esta noche, ¿te irás de fiesta? ¡Yo también quiero ir, jo! —se quejó ella, poniendo morritos de enfado.

—Bueno, si os portáis bien quizá os deje ir con nosotros, pero vosotras por un lado y nosotros por otro, ¿eh? Que nos conocemos. —Lo dejé caer sin hacer una promesa.

Se pusieron muy contentas y, dando saltitos y palmadas, me abrazaron y me dieron un montón de besos. Parecían felices por la decisión que había tomado y yo creía que quizá fuera la mejor decisión de toda mi vida: haberle escogido a él, sin saber ni siquiera si nos llevaría a algo más que un maravilloso beso o si seguiríamos siendo buenos amigos y ahí se quedaría todo.

Aquella enorme escultura que nos sorprendió en la plaza se alzaba ante nuestros maravillados ojos y nos dejó perplejas. Con la boca abierta era poco. Menuda pasada, mira que en mi vida había visto cosas bonitas, pero aquello era impactante y, a la vez, digno de ver.

Nos hicimos un millón de fotos con aquella estampa detrás de cada una de nosotras, hasta en grupo. El conjunto escultórico, donde descansaban los restos mortales de Ernesto *Che* Guevara y sus compañeros de la Guerrilla Boliviana y del Frente de Las Villas, era magnífico.

Un complejo monumental pletórico de símbolos alrededor de los que se tejía un halo místico y que estaba formado por tres elementos fundamentales: la plaza cívica, el mausoleo Frente de Las Villas y la edificación donde se situaban la tribuna, el conjunto escultórico, el memorial y el museo.

La plaza tenía un piso de terrazo rojo, blanco y negro que, desde muy cerca de la tribuna, penetraba en la avenida de Los Delfines y se proyectaba hacia el fondo, formando figuras humanas tomadas de las manos como símbolo de unidad que, supuestamente, acompañaban —de manera permanente— al legendario guerrillero.

Algo que me llamó especialmente la atención fue que había dos fuentes al fondo con forma de pirámide de base estrellada, representaban los grados de comandante que ostentaba el Che.

La escultura de bronce del comandante Che Guevara se levantaba sobre un pedestal de dieciséis metros de alto, tapizados en piedra y la planta baja, en mármol. Tenía pinta de pesar varias toneladas. La figura parece estar en movimiento, con su uniforme de guerrillero y su brazo enyesado, tal y como aconteció su entrada a Santa Clara.

Unas enormes jardineras se alzaban bajo los pies de toda la

tribuna, decían que era una ofrenda floral permanente al Che. En la mayor, se encontraba la carta de despedida del Guerrillero Heroico a Fidel Castro.

El memorial me impactó bastante, era muy, pero que muy bonito. Con la llama eterna al fondo, en un ambiente modesto y solemne, pequeño pero grande, en una especie de bóveda de piedras, donde cada día cambiaban las flores, se encontraban los nichos del Che y de los miembros de la Guerrilla Boliviana.

Vamos, una auténtica pasada. Embelesada, esa era la palabra, esa era la manera en la que yo, al menos, me encontraba en aquel momento. A cada paso que daba, más me sorprendía de toda la historia que aquellas paredes entrañaban.

Ya casi daba la hora de volver al hotel, así que, a la carrera, salimos de allí para coger el primer taxi que nos pudiera acercar a la dirección en la que nos recogería el autobús de regreso.

Habíamos pasado un día para recordar el resto de nuestras vidas, incluso para contárselo a nuestros hijos y, si se diera el caso, a nuestros nietos en un futuro.

El viaje hacia Varadero fue bastante ameno, nos pasó mucho más rápido que la llegada a Santa Clara.

En un abrir y cerrar de ojos, estábamos en nuestras respectivas habitaciones, duchándonos y preparándonos para bajar a cenar al bufet y salir a la entrada del hotel para ver si, de verdad, Tom vendría o no para llevarme a donde prometió.

Ya sentadas en los escalones que daban a la calle, que parecía estar bastante concurrida a aquellas horas de la noche, los latidos de mi corazón iban al ritmo de mis pies.

Ataviada con un vestido en el que predominaban las flores pequeñitas en color rojo y azul —bastante cortito con unos volantes en la parte baja de la falda y un escote bien prominente, con una manga cortita con un mini volante alrededor a juego con la parte baja—, mi pie derecho parecía tener vida propia.

—Son las diez, no va a venir —dije lo más impaciente que podía en estos momentos, mirando mi reloj.

—Tía, no seas dramática, que son ahora en punto. Puede retrasarse algo, ten en cuenta que viene de Santa Clara, y, por favor, para ya con ese pie que al final te lo voy a cortar. Me pones de los nervios —aseguró Eve.

Todas me miraban con advertencia, así que claudiqué y paré con el pie, pero comencé a morderme el labio. Error.

Tom llegó cinco minutos tarde, cinco minutos que me parecieron horas. Mi impaciencia iba en aumento y lo primero que hizo, antes de

nada, fue darme dos besos.

—Hola, morena. Siento el retraso, pero es que el tráfico y las carreteras aquí son un asco —Se acercó a mi oído para seguir hablando sin que mis amigas se enterasen de lo que iba a decirme—, y por favor, deja de morderte ese labio tan apetitoso porque si no, al final, en vez de llevarte a bailar voy a tener que llevarte a otro lugar.

Mis mejillas se arrebolaron de tal manera que mis locas se dieron cuenta.

—Anda, Tom, deja de seducirla, ¿no ves que le da corte? —soltó Su. Cosa que hizo que mi mirada fuera bastante acusadora y una sonrisita pícara se formó en su maquillado rostro.

Y así, con aquella escueta conversación, me cogió de la mano y me llevó a un coche que había alquilado.

—¿Nosotras podemos ir? —preguntó Ángela, caminando detrás nuestra, como un perrito faldero.

—Claro, ¿por qué no? —aceptó Tom con gusto.

—¡Guay! Prometemos no daros la lata —aseguró Eve con desparpajo y subiendo ya al vehículo.

Le siguieron Ángela y Su, que se acomodaron bien en la parte trasera, echando a un lado a Eve.

Entre risas y anécdotas llegamos en un plis al local donde me había dicho Tom que me llevaría a bailar.

Nos bajamos del automóvil con premura, sobre todo ellas porque tenían ya muchas ganas de empezar con la fiesta.

Quedamos con ellas a una hora para volver y se fueron a su rollo, dejándonos a nosotros solos.

Bajamos unas escaleras para acceder a una calle en la que se erguía imponente una bonita entrada entre rosas. Pasamos al otro lado y era impresionante. Una terraza llena de macetas con flores de todo tipo, las mesas y las sillas que la cubrían eran como de mimbre, ya se veía bastante acogedor, no quería imaginarme cómo sería el interior.

Primeramente, decidimos sentarnos en la terracita cuando un camarero, bien apuesto y joven, se dirigió a nosotros.

—Buenas noches, ¿qué desean?

—Dos mojitos, por favor. —Se tomó la libertad de pedir por mí y no me molestó.

El primer trago de aquella magnífica bebida me refrescó la boca. Bien, lo necesitaba porque, de los nervios, parecía que llevara polvorones y no era navidad precisamente.

Nuestra conversación fue bastante distendida, hasta que él propuso seguir jugando donde lo dejamos la última vez —en aquel bar, aquella noche— para conocernos un poquito más.

—Muy bien, sigamos jugando, pregunto yo. —Acepté gustosa.

—Adelante —contestó animado. Parecía gustarle mucho eso de preguntar y enterarse de cositas, así que comencé con la ronda, pisando fuerte.

—¿Cuánto tiempo durará el trabajo que estás realizando en Santa Clara?

Se quedó sorprendido por aquella pregunta, imagino que no esperaba que quisiera saber aquel detalle.

—Hmm, comienzas fuerte, ¿eh? —Levantó la ceja como hacía siempre. Aquel gesto le hacía mucho más interesante, más intrigante si cabía y más canalla de lo que creía que ya era.

—Solo es para este mes, luego volveré a España a trabajar. Me toca. En realidad, ¿a qué has venido? Quizá a ¿tener una aventura con mi jefe? Y ¿cómo es que le conoces, ya estuviste más veces aquí? —No paraba de hacer preguntas, inquieto en su silla de mimbre.

Una sonora carcajada salió de mi boca y, bastante más relajada, me dispuse a contestar todas y cada una de sus preguntas.

—No te voy a engañar, imaginé que al decirme aquel día que venías a trabajar aquí con Aisén, sería él, pero tampoco quería que lo fuera. Simplemente no quería que fuera una coincidencia, no quería teneros a los dos juntos. Venía con intención de conocerle más, pero el gesto de esta mañana me hizo ver que se vende demasiado bien y que es un tío celoso, no me gustan ese tipo de hombres. Le conozco por un incidente que tuve hace tiempo, me intentaron robar y él me ayudó a levantarme del suelo. Me quedé prendada de su físico, pero nada más. —No quería decirle ninguna mentira, deseaba empezar bien con él y seguir hasta el final de lo que fuera aquello.

—Ya, bueno. Así que venías a tomar una decisión y parece ser que ya la tomaste, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas en absoluto.

Aquella sonrisa valió por mil. Me gustó más de lo que pensé que me iba a gustar la sonrisa de un hombre. Por una vez en la vida, mi mente y mi corazón parecían estar de acuerdo en aquello.

—Me toca preguntar, ¿has vivido siempre en ese piso? Quiero decir, desde que te has independizado, porque imagino que vivirías con tus padres. —Ahí dejé esa conclusión.

—Mis padres fallecieron en un accidente de avión hace muchos años, de pequeño vivía en el centro de Girona. Aunque soy de Casteldefels. Sin embargo, cuando fallecieron yo tenía dieciocho años recién cumplidos y decidí que era el momento de cambiar de aires, de cambiar mi vida, así que me fui con la herencia de mis padres a Tossa; compré el piso y comencé a trabajar donde hoy día sigo. A parte del

piso, tengo una casita en una de las calas más bonitas de Tossa de Mar.

—Vaya, lo siento de veras, bueno, aunque se ve que te va bien, ¿no? Imagino que fue un palo muy duro. Yo no quiero imaginarme la vida sin mis padres, aunque ellos están en Asturias y les echo de menos, sé que los tengo ahí.

—Ya. Bueno, no hablemos de tristezas, mejor hablemos de otra cosa, ¿llevas muchos años trabajando en La Brújula?

—Desde los veinte; sí, unos cuantos. Comencé a trabajar porque mi jefe y yo tuvimos algo, aunque no funcionó. Somos muy buenos amigos y me pidió consejo cuando lo abrió. Me propuso trabajar para él y, en un principio, creí que no funcionaría, pero mira, me equivoqué. Adoro mi trabajo y estoy encantada. Cobro bien y con todos los derechos e incluso ejerzo de jefa; no está mal. ¿En qué trabajas tú? No me lo has dicho.

—¿Recuerdas la noche que te llevé a aquel bar, cuando comenzamos con este juego de preguntas?

—Sí. —No me podía creer que trabajara allí.

—Soy el dueño del local. —Soltó sin anestesia.

—¡Vaya! No sé qué decir. —Realmente me quedé sin palabras, nunca imaginé que fuera el dueño de un local como aquel. Se trataba de un sitio bastante concurrido de la zona, así que no debía trabajar mucho, sino tener bastante dinero como para permitirse hacerlo lo justo. Aunque a mí el dinero no me importaba en absoluto, prefería a un pobre bueno que a un rico malo.

—¿Bailamos? —preguntó sin más. Esa manera de cambiar de tema y la facilidad que tenía de llevarme a un estado de tristeza y, al segundo, a uno de alegría no tenía precio.

Se levantó de su sitio, me agarró de la mano y me arrastró al interior del local, donde cantidad de gente estaba bailando salsa. Muchos eran cubanos y bailaban de miedo. Yo no llegaría ni siquiera a la cuarta parte de su nivel, pero no hacía falta bailar bien, lo que hacía falta era pasarlo bien y para eso estábamos allí; para disfrutar de la noche, del momento.

Comenzamos a dar unos pasos y me sorprendí porque él me llevaba a las mil maravillas. ¡Cómo bailaba Tom! Era un *crack* bailando salsa y, bajo la atenta mirada de mis amigas y varios clientes, disfrutamos de lo lindo.

Tres, cuatro y hasta cinco canciones seguidas, mis pies ya se quejaban, llevaban muchos kilómetros y no estaban para mucho más. De repente, en una de las vueltas, mantuve unos segundos mis ojos cerrados para imaginar que solo estábamos él y yo. Sentí que mi otra

mano era agarrada, su tacto no era el de Tom y me asusté. Abrí los ojos de inmediato. De golpe y porrazo, ante mí, estaba Aisén. Mi corazón se saltó varios latidos. Habría problemas, lo intuía y mi intuición nunca fallaba; al menos, desde que comenzó esta aventura.

Me agarró de la cintura, bajo la mirada acusadora de Tom y el asombro de mis locas amigas que se mantenían a distancia, pero eran espectadoras VIP.

Comenzamos un baile bastante sinuoso por su parte. No podía separarme de él, parecía hipnotizada por sus movimientos, por su manera de contonearse y por la forma que tenía de llevarme. Me sentí mal por ello y, cuando quise reaccionar, fue tarde.

La música cesó y me besó apasionadamente, sin darme margen a nada, pero en ese momento me produjo un repelús considerable. Me di cuenta de que no era como Tom ni por asombro. Le quería a él y no al cubano. Se tomó la libertad de bailar conmigo y besarme sin previo aviso y sin consentimiento, ese tipo de conductas no me gustaban en absoluto. Cuando me di cuenta, las manos de mi vecino se engancharon en su cuello. Mi caos y mi locura se iban a pelear.

Le llevó casi en volandas hasta una pared cercana, el silencio se hizo en la sala, solo se escuchaban sus gritos.

—¡No te vuelvas a acercar a ella!, ¿me oyes?

—¿O qué harás, niñato de mierda? —Aquellas palabras resonaron en mi cabeza una y otra vez.

Vi cómo iba a levantar el puño para darle un buen puñetazo en la cara, pero corrí hasta donde se encontraban y le sujeté del brazo.

—¡Tom, no lo hagas! —Aquella mirada cargada de odio puro me dio miedo, aunque no tanto como la manera de actuar de Aisén—. No merece la pena, yo ya he escogido y te escojo a ti.

Fue soltando poco a poco su agarre, pero el muy cabrón del cubano arremetió contra él. Yo gritaba y mis amigas se acercaron para apartarme de ellos, no fuera que al final me llevara un buen puñetazo. Había sangre en sus puños morenos y yo me asusté de verdad. Las lágrimas rodaban por mis mejillas a buen ritmo, hasta llegar a la comisura de mis labios, saladas como el mar. En menos de un minuto, dos guardias de seguridad intentaban separarles, pero ambos contendientes parecían tener una fuerza sobrehumana. No había manera de separarlos y Tom estaba pagando por mí algo que no debía.

Lograron sacárselo de encima por fin, echaron a Aisén del local —para nuestra tranquilidad— y a Tom le ofrecieron que un guardia de seguridad le acompañara al salir, cuando quisiera irse, para evitar un posible altercado con aquel individuo.

Tenía una ceja rota —por eso sangraba—, el labio partido y poco

más. Parecía increíble que solamente le hubiera hecho aquello con la de palos que le había dado aquel animal.

—¡Tom, cariño! ¿Estás bien? —Mis palabras sonaron cargadas de preocupación.

—Tranquila, morena, estoy bien. ¿Ves lo que pasa cuando no me dejas dar a mí primero? —Me sentí culpable por ello—. Es broma. Ese cabrón dormirá unos días en el calabozo por pegar a un turista porque, aunque esté trabajando para uno de sus proyectos, solo es un empleo temporal, así que sigo siendo un turista; y aquí, en Cuba, a los turistas no se les toca ni un pelo.

—Cierto. Estará a la sombra un largo tiempo, quizá un mes —aseguró uno de los seguratas.

Aun con aquella cara que parecía salida de la película *Rocky*, estaba guapísimo.

—A mí ya no me apetece quedarme aquí, ¿nos vamos? —hablé algo más tranquila, pero con miedo de encontrarnos otra vez a aquel miserable fuera.

—Claro, lo que tú quieras, morena.

Salimos de allí pitando y, en medio de la calle, aquella bonita noche dejó de serlo.

Una tormenta cayó sobre nosotros, de repente. Corrimos en busca de un lugar en el que poder guarecernos y acabamos en un bar pequeñito y tranquilo, muy acogedor.

Nuestros calzados hacían ruido al caminar, cosa que al final nos hizo bastante gracia. Todo el mundo nos miraba, parecía que nos habíamos bañado con la ropa puesta. El viento era desmesurado, la lluvia caía incesante y con fuerza y las palmeras casi se doblaban por ese aire huracanado tan molesto. Con lo maqueadas que íbamos antes todas y en lo que nos habíamos quedado. Era de risa, menudas pintas llevábamos.

Una señora, entrada en años, nos atendió.

—Pero jovencitos, os ha pillado bien esta lluvia. Vaya, cómo venís.

—Sí, nos ha pillado de lleno. ¿Podríamos quedarnos aquí hasta que amaine un poco? Mi coche está algo lejos, además, debemos secarnos un poco —explicó Tom a aquella buena mujer.

—Claro, faltaría más. De momento no hay mucha gente, podéis aprovechar y sentaros allí. —Nos indicó varias sillas, cerca de un radiador que imaginaba no estaría encendido con el calor que hacía en aquella época—. Mis hijos tienen, más o menos, vuestra edad y tienen mucha ropa que no usan. Os la bajaré de inmediato para que os cambiéis porque me da que si no agarrareis un buen resfriado, muchachos.

Hablaba como mi abuela. Nos trajo aquella ropa para que nos cambiáramos y, agradecidos, le dimos una importante propina entre todos. La señora se quedó encantada y maravillada con nosotros, pero no íbamos a dejar a la pobre mujer sin ropa para sus hijos y, encima, sin dinero.

Nos quedamos unas horas más allí dentro, recordando aquel fatídico momento de pelea.

—¿Qué pasará ahora, Tom? ¿Te habrás quedado sin trabajo? —preguntó mi simpática, y cotilla, amiga Eve.

—Pues no lo sé, la verdad. El lunes iré a mi puesto y veré qué pasa. Hablaré con su secretaria a ver si quiere seguir contando con mis servicios o, por el contrario, prescindir de ellos. Desde luego, lo tengo fácil. Lo acordado fue que, pasara lo que pasase, me iba a pagar igual. Así que, si me despide, mejor porque no lo soporto. Menudo chulo, engreído y creído es el cubano. Se cree el rey del mambo, aunque viendo cómo bailaba contigo —Me señaló con un gesto de cabeza—, bien se lo puede creer.

—Bueno, bueno, tampoco te pases que tú bailas muy bien también. Te mueves de vicio —soltó Su, haciéndole ojitos. «¡Para matarla!»

—Gracias, guapa. Se intenta y se hace lo que se puede. Y de algo valieron entonces las clases de baile a las que asistí antes de venir.

—¿En serio fuiste a clase para venir? ¿Pensabas ligar bailando? —pregunté algo molesta, aunque no tenía derecho alguno. Yo también había venido con otras intenciones.

—Sí, así es. Fui a clases, pero no era para ligar. —Soltó una carcajada—. Me encanta bailar, aunque no lo haga nunca. Además, ya viste que se me da bastante bien.

—¡Ja! Creído —contesté para picarle.

—No tanto como mi jefe, te lo puedo asegurar —aseveró con convicción. Parecía conocerle mejor que yo.

Las horas pasaban y la lluvia amainaba poco a poco. Unos enormes charcos fue lo que nos encontramos al salir de aquel pequeño y acogedor local, en el que nos sentimos como en casa.

El olor a tierra mojada fue lo primero que inhalaron mis fosas nasales. Me gustó aquella fusión: agua, hierba, barro, mar; toda una mezcla. El viento todavía era algo fuerte y mis pelos se volvieron locos, tanto como nosotras.

Fuimos andando hasta llegar al aparcamiento en el que estaba el coche de Tom —bueno, el que alquiló para venir hasta aquí—, y nos acercó al hotel. El reloj antiguo del vehículo marcaba las tres de la madrugada. No sabíamos si nos dejarían entrar o no.

Durante el trayecto, Tom se quedó boquiabierto por lo majaras que estaban mis amigas, quienes se pasaron todo el viaje cantando como los gallos cuando padecen reuma; sí, eso mismo parecían pues desafinaban de lo lindo. Sin embargo, aunque estaba delante Tom —que, para ellas, era un desconocido—, no les daba ni pizca de vergüenza.

—¡Vamos, Aina no seas sosaina! —soltó Eve—. ¡Anda, mira, si hasta rima!

—Sí, sí. Estás sembrada, guapa —declaró Su, partiéndose la caja de risa.

—Espera que tengo en el móvil una que igual Aina es capaz de cantar bien, quita la radio —espetó la muy capulla de Ángela. Sabía que no me gustaba nada cantar en público, pero, al menos, yo afinaba mejor que todas ellas.

El interior del coche se hizo eco de *Dance Monkey* de Tones and I.

—¡Oh, venga ya! No voy a cantar, ¿vale? Lo hago fatal y, además, sabéis que no me gusta hacerlo en público.

—¡Qué cante!, ¡qué cante!, ¡qué cante! —Hasta daban palmaditas, animándome. Así que, por no aguantarlas, comencé, aunque bajito, para que casi no me escucharan. Cerré los ojos para no verlos y las palabras fueron saliendo de mi boca tímidamente:

Ooh I see you, see you, see you every time.

And ho my I, I, I like your style.

You, you make me, make me, make me wanna cry.

And now I beg t osee you dance just one more time.

So they say.

Dance for me, dance for me, dance for me, oh, oh, oh.

Ya estaba yo desinhibida, cuando comenzaron a cantar ellas y la cagaron toda, pero me dieron algo de tregua. Cuando la canción terminó, exclamó Tom asombrado:

—¡Hala, nunca habría imaginado que cantaras tan bien, Aina!

—Canto tan bien, como tú bailas. —Ante aquella respuesta, me echó una fugaz mirada para guiñarme el ojo y dedicarme aquella preciosa sonrisa.

Llegamos al destino y nos despedimos hasta volver a vernos, pero esta vez ya sería en España. A nosotras se nos acababa lo bueno y él, pues no sabía exactamente el tiempo que se quedaría en la isla, si volvería antes de tiempo o terminaría su trabajo.

Me fui a la habitación con una sonrisa permanente, no había manera de quitármela. Estaba tan obnubilada que ni cuenta me di de que, desde la otra esquina del pasillo, alguien me observaba.

Introduje la llave en la puerta y, antes de cerrarla, una mano

morena la sujetó. Asomé la cabeza y le vi.

—¿Qué haces tú aquí? —Mi voz sonó demasiado chillona porque estaba muerta de miedo.

—Solo quiero hablar, morena.

—Así solo me llama una persona. Por favor, no me vuelvas a llamar morena, no me gusta.

—Ya, pero si te lo llama él, sí te gusta, ¿verdad?

—Déjame tranquila, Aisén. Esto de venir a verte, ha sido un completo error.

—Venga, bombón. Anímate, pasa una noche inolvidable conmigo. —Seguía sujetando la puerta con una mano, con bastante fuerza. Intenté en varias ocasiones cerrar, aunque me resultaba imposible.

Observé el pasillo, mientras intentaba entrar, a ver si alguien pasaba y me pudiera echar un cable, pero, a aquellas horas, ¿quién iba a pasar?

En un despiste que tuve, empujó más la puerta y, sin cerrarla del todo, caminó hacia mí con pasos firmes. Reculé hasta topetarme con la cama y quedarme sentada, acojonada. Me agarró de mis mejillas, para escupir aquellas malditas palabras:

—Disfrutemos, voy a follarte como ni él ni nadie lo ha hecho.

—¡No, déjame tranquila! ¡Lárgate de mi habitación! ¡Tú deberías estar en prisión! —grité desmesuradamente. Craso error porque me tapó la boca con la mano y me empujó hasta dejarme acostada en la cama a su merced.

—¿Aina, estás bien? —Escuche aquella voz que venía del quicio de la puerta.

Tom se adentró en el cuarto y le dio un buen derechazo a Aisén, que le dejó KO.

Quedó tendido en el suelo, inconsciente. Tom me abrazó con fuerza y, sin darme cuenta, comencé a llorar con rabia.

—Tranquila, morena, ya estoy aquí.

Aquella manera de acunarme y sosegarme hizo que viera que con él estaría a salvo, que con él estaba bien, que con él me sentía segura. Bueno, dicho así parecía un anuncio de compresas, pero no lo era. Quería pasar el resto de mis días a su lado, era mi otra mitad, mi media naranja. Ahora, solo me quedaba confirmar si él sentía lo mismo por mí.

Tenía muchas ganas de volver a casa, no quería quedarme allí ni un minuto más. Aisén era un tío peligroso, machista y hasta me aventuraría a decir que un maltratador, por cómo se había comportado conmigo hacía escasos minutos.

Mi vecino llamó a la seguridad del hotel, no sabíamos cómo había

salido del paso de la reyerta, pues se lo habían llevado los policías.

Nos aseguraron que pasaría un buen tiempo entre rejas y, en Cuba, puedo decir que no se andaban con chiquitas.

Tom decidió pasar la noche conmigo. Se acurrucó a mi lado y me abrazó fuerte, mientras pasaba sus dedos por mi espalda y me hacía estremecer por completo. No paraba de decirme que estaba a salvo, que nada malo me iba a pasar. Aquella caricia era hipnótica y acabé dormida en sus brazos.

Al día siguiente, cuando me desperté, ya no estaba.

Me desperecé, todavía sentada en la cama, y bostecé. Por aquellas cortinas entraba claridad, por lo que se intuía que hacía un día espléndido. A pesar de todo lo acontecido, entre los brazos de Tom, descansé y dormí bastante bien.

Unos rayos de sol asomaban por la ventana.

Salí al pequeño balcón y aspiré el aire de un nuevo día. El último allí y tenía pensado disfrutarlo al máximo.

Una buena ducha y un buen baño en la playa para, después, pasarme todo el día tirada al sol.

Mis amigas no se enteraron de nada y, hasta no llegar a España, no tenía pensado contárselo. No me apetecía que me hicieran un interrogatorio de lo acontecido.

El domingo me lo pasé pensando en él, en qué sería de nosotros cuando volviéramos a la rutina. En si mi amor por él, aquel que tenía bien escondido en mi corazón —incluso en mi mente—, aquel que no quería salir por nada del mundo, sería correspondido o no.

Ese temor me atenazaba constantemente, aunque ya tendría tiempo de comerme la cabeza y todo se vería.

Capítulo 10

La vuelta

El lunes nos pegamos un madrugón de la leche para coger de nuevo el autobús para ir al aeropuerto. Después de volver a hacer las maletas y recoger todo le dejé un recado a una empleada, a la que nos hacía la habitación.

—¿Podría pedirte algo?

—Claro, ¿qué desea, señorita?

—Verá, estuvimos en un bar la pasada noche. Nos dejaron estas ropas y me gustaría devolverlas, lo que pasa que ya me voy y no me da tiempo. Si fuera usted tan amable de llevarlas, yo la compensaría gratamente.

—Por supuesto, no hay problema. Dígame la dirección y yo se lo hago llegar.

—¡Genial! Es este local. —Le tendí un papel en el que le había escrito el nombre del garito, y a quién debía dárselo, con su dirección. También le di un sobre en el que ponía su nombre, era una propina por lo bien que había dejado todo, su servicio y su amabilidad por hacerme aquel favor.

La chica se fue de allí encantada y yo más.

El viaje de vuelta fue estupendo, incluso podría decir que nos resultó mucho más llevadero y corto. Llegamos una hora antes. El tiempo, al parecer, era espléndido, o eso era lo que decía el piloto por megafonía.

Mis amigas estaban todas a lo suyo, creo que no les gustaba la idea de volver a la rutina. Sin embargo, yo lo estaba deseando. No era que no me lo hubiera pasado bien allí —volvía con muchas cosas, información y mis sentimientos renovados—, pero mi mente y mi corazón estaban impacientes de ver qué me depararía el futuro con Tom. Por eso quería llegar pronto, que él volviera y comenzar algo.

«Solo espero que él quiera lo mismo que yo, porque si no… será un buen mazazo y no por caerme de aquel avión en el que iba montada».

Cuando llegamos a mi casa en taxi, nos despedimos.

—Bueno, chicas, ha sido la mejor semana de mi vida. Me lo he pasado pipa con vosotras, me he reído, e incluso me he enamorado. Al final, puedo deciros que me alegro de que organizarais esto. Gracias a vosotras, mi cerebro y mi corazón están de acuerdo en algo, así que ¡os quiero!

—Oh, ven aquí. —Mi loca Eve me abrazó con fuerza, casi al borde del llanto. Sus ojos ya se empezaban a cristalizar—. Nosotras también te queremos y nos lo pasamos genial a tu lado, y haciendo un poco de celestinas. —Besos, muchos besos y abrazos me dieron todas por las bonitas palabras que les acababa de dedicar.

Me quedé en la acera, diciéndoles adiós con la mano, hasta que perdí de vista el taxi, en el que iban directas a sus respectivas casas.

Subí aquellas escaleras, que hacía algo más de una semana que no pisaba, casi arrastrando los pies. Estaba muerta de cansancio.

—Dichosa maleta, cómo pesa la *jodía*. El próximo viajecito que haga, prometo no llevar tanto en ella, para lo que me ha servido —hablaba en voz alta, como si alguien me escuchara.

Ahora que me daba cuenta, hacía muy a menudo eso de hablar sola y en alto. «Cualquier día me llevan al psiquiátrico y me ponen las zapatillas blancas, acabarán tachándome de loca y, luego, ya seré una loca reconocida».

Por fin, había llegado a mi piso. Ahora lo bueno era encontrar las llaves. Esa iba a ser una ardua tarea, no tenía ni la más remota idea de dónde las tenía metidas. Abrí todos los compartimentos de la maleta, incluso miré en la riñonera que llevaba, en el bolso y nada. Después de media hora de reloj, las encontré.

—Dios, ¡aquí estabais escondidas, malditas! —En el neceser, pero ¿qué coño hacían ahí? No me lo podía explicar.

—Buenas noches, morena. —Un salto, sí, tal cual, un salto fue lo que me dio el corazón, y otro el que pegué yo al compás del órgano que late.

—¡Coño, pero qué susto me has dado! —exclamé, poniendo la mano a la altura de mi patata—. ¿Qué haces aquí? —pregunté seguidamente, sin dejarle reaccionar por la intriga—. ¿Cómo has llegado antes que yo?

—Tranquila, morena. Por partes, no atosigues. Primero, perdona; no era mi intención asustarte, pero llevo un rato observándote y pensé que no darías con las llaves en la vida y que tendría que volver a abrirte la puerta o llamar a un cerrajero.

—Ja, ja, qué gracioso.

—Y dime, qué pregunta es esa de «¿qué haces aquí?» Pues qué voy

a hacer, ¡¡es mi casa!!

—Vaya, estás chistosillo tú esta noche, ¿no?

Soltó una buena carcajada que no me hizo ni gracia, todavía no me explicaba cómo era posible que estuviera allí.

—Por último, y no menos importante, he llegado antes porque imagino que mi avión salió antes que el vuestro. Es la única explicación que se me ocurre.

«¡Ja, no te digo!»

—Y dime, ¿no podías dormir y por eso me espiabas? —interrogué levantando la ceja, como hacía él.

—Eso mismo, estaba esperando que llegaras para preguntarte algo.

—Ah, ya, y ¿cuál es la pregunta, si se puede saber?

—¿Puedo pasar? —Le miré alucinada, no imaginé que esa fuera la pregunta que iba a hacerme.

Ahora la que se carcajeaba era yo. Fruto de los nervios, nada más. Aquellas mariposas que revoloteaban en el interior de mi estómago, no me dejaban tranquila cuando estaba cerca de él.

—¿Es esa la pregunta que ibas a hacerme cuando llegara?

—Sí, esa era.

—Vale, entremos.

Abrí la puerta y me adentré en mi piso. Solo escuchaba las ruedas de la maleta y sus pasos detrás de mí.

Posé algunas de mis pertenencias a la entrada, llevé mi petate al dormitorio y volví al salón.

—¿Qué haces ahí de pie? Pareces un pasmarote, puedes sentarte si quieres. Así ya me siento a tu lado, si te apetece.

Qué sonrisa canalla tenía y cuánto me ponía.

Con pasos decididos se acercó al cómodo sofá y se dejó caer, como si estuviera tan cansado como yo.

—Bueno, pues ya estamos aquí los dos, ¿puedo preguntar para qué querías entrar en mi piso a estas horas de la noche?

—Gran pregunta, pues verás. Como no podía dormir, y quizá tú tampoco puedas, quiero seguir con nuestro juego, no puedo esperar a mañana.

—Oh, era eso. Ya, bueno, pues empieza.

—¿Qué sentiste cuando te besé? —Soltó a bocajarro y yo me quedé boquiabierta.

—Sí que eres directo, sí. Verás, llevo en el estómago unas mariposas que no me dejan tranquila desde aquello. No hay manera de sacarlas de ahí, deben de estar muy, pero que muy a gusto en mi interior.

—No entiendo mucho de mariposas porque yo nunca las tuve,

pero mi corazón late muy fuerte cuando te tengo cerca.

—Hmm, interesante. Me toca preguntar. ¿Qué te pasa con tu hermano? Si no quieres contestar, lo entiendo.

—Oh, tranquila. Nada, simplemente es que, una vez, creía estar enamorado y me quitó a mi chica. Después, me di cuenta de que no era amor lo que sentía, pero me jodió que me la quitara. No me gusta que me quiten lo que es mío.

—Te entiendo. ¿Por eso me dijo en la playa que eres un mujeriego? ¿No quiere vernos juntos? O ¿quizá sea que me quiere para él?

—Lo hace con todas. Con aquella chica duró un suspiro y no creo que llegue a nada con ninguna porque él sí es un mujeriego de cuidado. Quizá sí le gustes, pero se le pasará, como con todas, no me preocupa. Isa tampoco estaba enamorada de mí porque se fue con él. Cuando una persona siente algo por ti, no te cambia por nada.

—En eso tienes toda la razón.

—Me toca, quiero darte algo. —Se levantó del asiento, metió su mano en el bolsillo trasero de su pantalón tejano, ese que tan bien le quedaba, y sacó un pequeño sobre, que me tendió—. Ábrelo —me ordenó.

—¿Qué es? —Lo cogí con manos temblorosas, menuda intriga.

—Tú solo ábrelo.

En el interior, había un papelito con algo escrito. Lo leí detenidamente.

No sales de mi mente, morena.

Tu bombón secreto.

No paraba de leer una y otra vez aquella nota que me traía por la calle de la amargura. Ahora ya sabía quién se escondía tras ella y no podía creérmelo. La verdad era que mi subconsciente, todo el tiempo, quiso que fuera él.

—Siempre has sido tú —susurré, sin dar crédito todavía.

—Sí, siempre he sido yo. Imagino que tenías dudas y por eso te lo digo. Sé que Aisén también comenzó a llamarte morena. Nos escuchó hablar el día que me llamó para el trabajo.

—Sí que dudaba, pero en el fondo siempre quise que fueras tú y no él. Por cierto, quiero saber una cosa porque llevo dos días comiéndome la cabeza con ello. ¿Cómo es que el día que pasó aquello con Aisén apareciste tú? No quiero pensar mal, sin embargo, mi mente vuela a que fue pactado. No fue así, ¿verdad? —manifesté con cierto reparo, pero es que, si no me enteraba de lo que había pasado aquel día, no llegaría a estar cómoda al cien por cien con él. Quería que me lo aclarara todo, teníamos conversaciones pendientes y este era el

momento exacto para ello.

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes creer que pudo ser pactado? ¡Para nada! ¡Jamás haría algo así, morena! Te voy a contar lo que pasó y solo espero que me creas. Me gustas, no te haría daño por nada en el mundo, jamás.

Cuando os dejé en el *hall* del hotel, cuando nos despedimos, y salí para coger de nuevo mi coche e irme, me crucé con él. Yo le reconocí, pero él ni cuenta se dio de mi presencia. Nos debió de seguir. Me quedé en el umbral de la puerta porque pensé que ya le veía hasta en la sopa, pero, al darme la vuelta, vi que iba en dirección a las habitaciones y dejaba atrás la recepción. Imagino que para preguntar por el número de la tuya. Le seguí y cuando le vi dentro, intentando forzarte, mi ira fue en aumento y no pude más que darle aquel puñetazo y dejarlo fuera de juego.

Miré hacia abajo, me avergoncé por pensar que pudiera pactar algo así con aquel malnacido y me arrepentí de haberle formulado la pregunta como lo hice, acusándole sin saber.

Me agarró el mentón para subirme la cara, para hacer que mi mirada chocara de lleno con aquellos hermosos ojos, llenos de esperanza y miedo a la vez.

—Tranquila, sé que fue sospechoso, pero juro por mi vida que fue como te cuento.

—Te creo. —Justo cuando aquellas dos palabras salieron de mi boca, cargadas de una verdad rotunda, vi que relajaba su gesto y me dedicó lo que mejor se le daba: aquella sonrisa que me traía loca. Yo también le dediqué una, pero más normalita.

—Bien, me alegro. ¿Vemos una peli? —Y ahí estaba de nuevo, cambiando de tema, quitando hierro al asunto para hacerme más feliz que nunca.

—¡Gran idea! ¿Cuál vemos?

—Hoy creo que la peli que echan es *Infierno azul*, un peliculón —afirmó mientras se levantaba del sofá para ir por una manta, que tendió encima de mí, y se fue directo a la cocina.

«¿Está haciendo palomitas? ¿Cómo es posible que sepa dónde las guardo? Este chico lleva mucho tiempo vigilándome, estoy segura de que alguna cámara tiene en mi cocina». Mi mente iba a mil por hora, pero me daba igual. Creía que, con él, sería así en todo momento, y me gustaba ese estado de alerta que llevaba siempre con Tom.

A los pocos minutos, llegó con un bol repleto, se sentó a mi lado, se tapó con la manta sobrante, puso las palomitas entre los dos y le di al botón de encendido de la televisión para hacer *zapping*, hasta dar con la película.

Sin mediar palabra, estuvimos una hora y media mirando aquella caja tonta —así era como yo la llamaba—, pero creo que me podría acostumbrar a esto, sin ningún problema. Acabé acurrucada, con la cabeza apoyada en su hombro y cuando me di cuenta, estaba durmiendo.

El despertador me sobresaltó, eran las seis y media de la mañana, había dormido poco, pero muy bien. De pronto, caí en la cuenta de que estaba en mi cama, sola. Levanté la sábana que cubría mi cuerpo y llevaba pijama, no recordaba habérmelo puesto, y lo peor de todo, era que no llevaba ropa interior. Tom me había cambiado de ropa y me había llevado a la cama. «Qué corte, ¡¡hay Dios, que me ha visto en bolas el muy canalla!!»

Me levanté a toda máquina y me pegué una buena ducha, mi trabajo comenzaba. Me puse cómoda y me fui a La Brújula.

Empecé a preparar todo lo que debía. La mañana me pasó pitando y salí a comer.

Me encontré por el camino a Eve.

—Hola, ¿qué haces? ¿No curras?

—No, tengo todavía dos días más de vacaciones. Y como sabía que salías más o menos a esta hora, me acerqué, ¿comemos juntas? —planeó Eve.

—Claro, además quiero contarte algo.

—Soy toda oídos, amiga. —De que era toda oídos, nada; era una auténtica cotilla de cuidado.

Me agarró del brazo y nos adentramos en el restaurante. Pedimos una mesa, nos acomodamos y nos sirvieron una suculenta hamburguesa y unas deliciosas patatas. Como si fuéramos pobres y nunca hubiéramos comido algo así, nos dispusimos a hincarle el diente.

—Bueno, ¿qué ibas a contarme? —Comenzaba el cotilleo.

—Pues verás, sucedió algo en Cuba que no os conté —dije con miedo.

—¿Qué pasó, pillina? ¿Te liaste con Tom?

—No, no, nada de eso. Tom y yo todavía no nos hemos liado, solo nos dimos un beso, nada más —aclaré rápidamente para que no se hiciera con una falsa idea—. Es solo que, bueno… el día que salimos y se lio parda, Aisén nos siguió. Subió a mi habitación y, por casualidad y gracias a Dios, Tom lo vio.

—Aina, ¿a qué subió ese malnacido a tu habitación? ¿Te hizo daño? —Se preocupó de inmediato y, bajo su atenta mirada, tuve que explicarle lo sucedido.

—No llegó a pasar nada, tranquila, Tom apareció a tiempo. No

obstante, Aisén me cazó entrando en la habitación, no me dejaba cerrar la puerta y se adentró mientras yo reculaba, hasta que topeté con la cama. Me quedé sentada y se puso encima de mí. Me dijo que me iba a follar y me asusté. Quería quitarle de encima, pero me era imposible. En un abrir y cerrar de ojos, vi cómo su cuerpo se separaba de mí y caía desplomado en el suelo porque allí estaba mi vecino para salvarme el culo.

—Vaya, pues menos mal. Joder, Aina, estas cosas se cuentan, para eso estamos las amigas. Y una cosa te digo, ojalá se pudra en la maldita cárcel. Menudo hijo de su madre, por no decir un taco que luego me castiga Dios.

Una sonrisa se asomó en mi rostro. No sé cómo lo hacía, pero siempre lo lograba.

—Sí, claro, como que ahora eres santa Teresa de Calcuta, no te digo…

Risas, muchas risas fue lo que recibí después de contarle aquel mal trago que pasé con el cubano.

Cuando me di cuenta, el reloj marcaba la hora de volver al trabajo.

Eve me acompañó hasta la puerta.

—Bueno, mi niña, esta tarde creo que voy a disfrutar un poco de las olas. Me voy a la playita a descansar lo poco que me queda.

—¡Qué cabrona!, y vas y me pones los dientes largos. Anda, tira que libras.

—¡Yo también te quiero, guapa! —exclamó ya dando pasos para irse y arrimando su mano a la boca para tirarme un beso, uno de esos que curan el alma, uno de la gran amiga que era.

Aquella noche cuando llegué de nuevo a mi hogar, esperaba que Tom saliera a recibirme, pero nada; ni por la mañana, ni por la noche, era algo muy extraño. Me di cuenta de que no tenía su número de teléfono y, en estos momentos, me vendría de lujo para mandarle algún wasap y preguntarle por qué estaba desaparecido en combate.

Así estuve dos días más, sin saber nada de él; ya pensaba que me había abandonado, que se lo había pensado mejor y que quizá no quisiera nada de nada conmigo. Mi corazón flojeaba y mi mente volaba a situaciones que no estaba dispuesta a vivir. Así que, al salir de casa esa mañana, decidí plantarme en su puerta y llamar, para ver qué le pasaba.

Me quedé anonadada mirando su puerta varios segundos, sin saber si me estaría espiando de nuevo o no, si estaría al otro lado observando y esperando a que picara, con el puño en alto sin tocar la puerta.

Llamé tímidamente una vez, dos y nada, tres —esta vez más fuerte

—, el timbre, y nada, así que desistí. Ahora ya pensaba que no quería ni verme y me estaba volviendo loca de remate.

Me fui a trabajar como cada mañana. Mientras preparaba los pinchos y demás siempre dejaba la puerta cerrada con llave, porque aún no estaba abierto al público y no quería arriesgarme a que alguien llegara a dar la lata y tuviera que echarle del local porque estuviera todavía cerrado.

Estaba en la cocina, cuando varios golpes sonaron en la puerta y salí escopetada porque pensé que pasaba algo. Me quedé petrificada, allí estaba él, delante de la puerta, esperando a que abriera.

No estaba segura de si abrirle o no. Estaba enfadada con el mundo y sobre todo con él por no hacerme caso, por no dar señales de vida, por hacer que creyera que no estaba interesado en mí, por enamorarme y después pasar por completo.

—Ábreme, Ainara, por favor. —Escuché su voz suplicante al otro lado del cristal.

Me acerqué sigilosa y temerosa. Finalmente, abrí la puerta. Entró, cerró con llave, me agarró de la mano y, sin mediar palabra, me llevó directa al almacén del local.

Hizo un exquisito sándwich conmigo. Me puso contra las cajas de cerveza y noté el frío en la espalda y el calor en la delantera.

Mi corazón comenzó a latir con una fuerza descomunal, parecía querer salirse de mi pecho y hacer acto de presencia en aquella erótica escena.

Acercó peligrosamente sus labios a los míos para después susurrarme al oído:

—Tengo muchas ganas de ti, te quiero aquí y ahora.

De mi boca solo logró salir un ligero gemido. Creo que esa fue la señal para comenzar con aquel tórrido baile.

Sus manos comenzaron a recorrer cada centímetro de mi piel bajo la ropa. Por donde pasaban sus majestuosos dedos, ardía; ardía tanto que creí convertirme en una enorme llama en plena ebullición y se suponía que todavía no había empezado. No quería ni imaginarme lo que iba a provocar en mí después.

Era bastante habilidoso. Con solo dos dedos, consiguió desabrocharme con pericia el sujetador para tener mejor acceso a mis preciosos pechos.

Comenzó la ardua tarea de estimular mis pezones, ya erectos, dando pellizcos y jugueteando con ellos, sin parar de besarme de aquella manera que me estaba poniendo como loca.

Cuando creyó que ya estaba preparada, decidió bajar su mano para ir directo a mi clítoris, que ya hacía bastante rato que palpitaba

sin parar; parecía ir al ritmo de mis latidos, sin descanso.

Dejó de besarme un solo momento.

—Hmm, parece que mi morena está bien preparada. Tu sexo está muy mojado y ahora no quiero parar hasta que llegues a un clímax extremo, nena.

Aquellas palabras acabaron de incendiarme por completo. Primero, un dedo y, luego, otro comenzaron a moverse en mi interior. Mientras, con la otra mano, se bajó el pantalón y el bóxer para llevar mi mano a su prominente erección.

Dejó de besarme los labios para entretenerse con mi cuello. Mi piel se ponía de gallina, me estremecí por completo. Me dejé llevar de tal manera que no quería que ese momento se acabara nunca. Intenté alargar ese instante todo lo que pude, pero el clímax extremo —como él me había dicho— estaba próximo a explosionar y dejarme sin sentido.

Me tocaba el clítoris con las seguidas embestidas de sus dedos y casi muero en el intento. Mientras yo hacía lo propio con mi mano para que él también disfrutara de lo lindo de aquella masturbación mutua.

Llegué al orgasmo y mi cuerpo se sacudía como nunca. Entré en convulsión hasta descargar todo aquel placer que llevaba un tiempo acumulado, sin salir al exterior.

Él se corrió en mi mano y nos dejamos caer uno contra el otro, agotados.

Tuve que tomar asiento. Mi respiración era bastante agitada, al igual que la de él. Nunca nadie me había tocado de semejante manera, jamás había disfrutado tanto de una masturbación como de aquella y mi cuerpo llegó a un estado de letargo que, si estuviera en la cama, me dormía *ipso facto*. Eso era lo que faltaba en aquel momento, acurrucarme entre sus brazos después de haber disfrutado de aquel maravilloso momento.

Me dejó KO por completo. Siempre había disfrutado con el sexo y tenido buenos orgasmos, pero nada comparado con lo que acababa de pasar. Estaba perdida, nadie podría llegar a superar —de ninguna de las maneras— aquel clímax, aquel sentimiento, aquella manera que tenía de tocarme, justo donde debía. Parecía conocerme a la perfección, nos complementábamos y eso molaba un montón. No sé si se puede estar enamorada más de lo que estoy, pero creo que cada día que pasa, crece un poquito más ese bonito sentimiento.

Cuando nuestros cuerpos dejaron de estar en aquel letargo después del éxtasis y nos repusimos, lo único que hizo fue besarme, aunque no se trataba de un beso como los de antes, sino de un beso con amor, o

eso fue lo que sentí. Amor del bueno.

Salimos del almacén de la mano, yo todavía extasiada. Me volvió a dar un beso, esta vez un pico, pero no menos importante. Me soltó, se dirigió a la puerta, escuché cómo giraba la llave para abrir, giró su cabeza y me guiñó un ojo, acompañado de aquella bonita sonrisa que me curaba el alma, para después pisar la calle e irse, sin mediar una palabra. No tenía ni idea de qué era lo que quería, no tenía ni la más mínima idea de lo que pasaría, solo sabía que en aquel mismo momento estaba pletórica. Me encontraba en una nube de la que intentaría no bajarme en la vida, estaba feliz de la vida, feliz conmigo misma y con el mundo entero.

Volví a mi trabajo con una sonrisa tonta que no se me quitó en todo el día de mi cara bonita.

—A ti te pasa algo… —expresó Lili.

—¿Por qué lo dices? —pregunté con disimulo.

—Anda que no te conozco. Esa sonrisita no es por nada, debió de pasarte algo gordo, guapa.

—Nada fuera de lo normal.

—Pero tú ¿a quién quieres engañar? ¡Serás capulla, ya puedes ir contándome cositas o no te hablo más en la vida! Y te lo advierto, trabajar con alguien enfadada continuamente no es plato de gusto —amenazó y, ante aquello, decidí contarle algo.

—Bueno, mira, te voy a contar algo. Mi admirador secreto resulta que es mi vecino, Tom.

Su cara fue de sorpresa total, con la boca abierta se había quedado. Por supuesto, omití el acto de esa mañana.

—¡Ostras! Y dime, ¿te lo ha confesado él? ¿Ahora qué vas a hacer? ¿Y el cubano?

—¡Eh, eh! Tranquila, por partes. Sí, me lo ha confesado él, no sé lo que voy a hacer y el cubano es historia. —Así zanjé el tema, poniéndome a trabajar inmediatamente después de contestarle.

Lili se pasó la mañana muy atareada, aunque por la tarde anduvo todo el tiempo detrás de mí para que le contara más. Sin embargo, le dije que no había más, así que la acabé convenciendo, hasta que me dejó tranquila.

La noche llegó y, como siempre, pensaba en verle. Seguía sin tener el maldito contacto para hablar con él cuando quisiera, hasta me había planteado ir a su local para ver si lo localizaba. Y los días siguientes fueron exactamente igual.

Dos días después…

Esto era un maldito sinvivir. Tenía que hacer algo, así que me personé delante de su puerta y la aporreé con gracia y garbo. Debía aclarar

alguna cosa o me volvería loca de remate.

Mis nudillos emitieron el sonido al golpear fuertemente la puerta, en el interior se escuchó un «*¡Ya va!*», y esperé impaciente.

Cuando abrió la puerta, no le dio tiempo ni a invitarme entrar porque me tomé aquella libertad. Era la primera vez que entraba en su morada, un espacio bastante peculiar; muy de soltero, pero acogedor y bonito.

—Pasa, no te cortes. —Escuché que decía a mi espalda. Ya estaba casi en el salón cuando sentí que la puerta de entrada se cerraba.

—Tom, tenemos que hablar —solté de golpe.

—Sí, eso pienso yo —contestó para mi asombro.

—Necesito saber qué somos, qué nos traemos entre manos, ¿somos amigos con derechos? O, por el contrario, ¿quieres algo más serio? —espeté poniendo mis manos en la cintura y apoyando el peso de mi cuerpo en la pierna derecha.

—Siéntate. —Acaté su orden de inmediato y me senté en aquel sillón de cuero negro que, por cierto, era muy, pero que muy cómodo.

—Está bien, ¿me contestas? De verdad, es que no puedo seguir así. Mi cabeza va a mil y mi corazón creo que no soportará mucho más tiempo esta incertidumbre. Necesito saber en qué punto de mi vida estoy y esta situación no me ayuda en absoluto.

—Déjame explicarte algo. Estos días he estado algo ausente, necesitaba arreglar algunas cosas que ya tengo solucionadas y prepararte algo, una sorpresa, pero como eres una caga prisas, pues… siempre te adelantas. Si te fías de mí, te llevaré a un lugar increíble, aunque necesito dos días más. ¿Podrás aguantarte?

—¿En serio me estabas organizando una sorpresa? —Y ahí caí en la cuenta de que, en dos días, era mi cumpleaños. Un año más, con todo el jaleo del enamoramiento, estaba tan tonta que ni me acordaba. No sabía ni en qué día vivía. Hice como que no me daba cuenta de ese detalle. Siempre me gustaron las sorpresas, aunque casi nadie me las daba.

Me crucé de brazos y mi mirada chocó con la de él, en ella veía tantas cosas, tanto amor que me parecía muy raro todo. El simple hecho de que ni siquiera se molestara en volver a hacerme una visita, no lo entendía. No me fiaba mucho de aquello que me contaba, pero quería con todas mis fuerzas que fuera cierto, así que claudiqué.

—Muy bien, esperaré y decidiré al mismo tiempo. —Aquellas fueron mis últimas palabras, me levanté del sofá y allí lo dejé anonadado, solo, observando cómo me iba de su piso con semblante serio.

Cuando puse un pie fuera de su casa y cerré la puerta tras de mí,

una sonrisa se instaló en mi cara. Parecía tonta.

Aquellos dos días no di pie con bola, todo me salía mal. Bueno, debía estar acostumbrada.

Como era mi cumpleaños, pedí la jornada libre en el trabajo. Había llegado el día. Era temprano, esperaba ansiosa que Tom me viniera a buscar, aunque tampoco habíamos concretado nada, así que me limité a esperar.

Llegó tarde. Eran las doce de la mañana y, nerviosa, ya pensaba que me había plantado o que todo había sido una pantomima.

Iba muy elegante. Vestía tejanos, camisa blanca y llevaba una americana azul marino colgada del brazo con unos Nike negros y blancos.

—Hmm, ¿debo ir de etiqueta?

—No hace falta. Vete cómoda, pero con algo bonito.

Me fui a mi habitación, dejándole en el salón, a sus anchas.

Decidí ponerme un vestido largo, con rayas asimétricas en colores blanco, rosa y negro, —una gran combinación—, el escote era en pico y la espalda igual, con un cinturón a juego que venía integrado en el mismo vestido, a la altura de la cintura. Me puse unas sandalias rosa pálido, bajas, por eso de que fuera cómoda, y las combiné con un bolso del mismo color —de los de colgar—, pasaba de tener las manos ocupadas.

Salí al salón y me recibió con un silbido.

—¡¡Vaya, estás preciosa y perfecta para la ocasión!!

Y, con aquel piropo, salimos de casa, directos a su coche.

No me quiso decir a dónde me llevaba, insistió todo el camino en que era una sorpresa y que no fuera pesada, así que me dediqué el resto del viaje a cantar al son de Camilo —no Sexto, sino el de ahora —, el que cantaba la canción de *Tutu*.

Eran las dos de la tarde cuando nos detuvimos en un aparcamiento increíble, un enorme restaurante nos esperaba. Un camarero nos atendió ya a la entrada.

—Por favor, acompáñenme —nos dijo, indicando por dónde debíamos ir, detrás de él—. Por aquí. —Tom hizo un gesto con la cabeza de afirmación y, sin soltarme de la mano, fuimos en aquella dirección.

Una mesa bien escondida del resto, en una sala donde estaríamos solos por completo, sin miradas indiscretas y sin gente a nuestro alrededor hablando por los codos, sino con una música de piano de fondo, súper relajante, era el buen ambiente que nos acompañaría.

La comida era deliciosa, tomamos una Lubina a la espalda —muy bien preparada, por cierto— y un riquísimo cava para acompañar. Era

todo muy romántico, hasta había una rosa negra en el centro de la mesa. Se lo había currado de lo lindo, pero todavía no he había felicitado por mi cumpleaños. Estaba ahí, a lo zorro, sin soltarlo. Igualmente, a mí me encantaba todo aquel juego que se traía entre manos. No sé por qué, pero todos sus juegos, ahora, eran mis favoritos.

Durante la comida, hablamos de muchas cosas, aunque de nada importante, ni de trabajo ni de mi cumpleaños, así que decidí pasar del tema y relajarme. Podría ser que hubiera sido una simple coincidencia y ni siquiera lo supiera.

Salimos de aquel maravilloso lugar llenos, al menos yo.

—Estoy llena, madre mía, ¡qué rico estaba todo!

—Para eso tengo una buena solución. Vamos a pasear de lo lindo, te voy a llevar de tiendas, necesito que compres algunas cosas.

—¿Y eso? —pregunté extrañada.

—Tú déjame a mí, no seas cotilla. Déjate llevar.

Mi sorpresa llegó cuando entramos en una tienda de bikinis, lencería y complementos, además nada barata porque solo vendían cosas de marca y, en la entrada, había una chica dispuesta a atendernos y a aconsejarnos sobre qué comprar. Yo estaba en *shock*.

—Necesitas un bikini y es el momento de comprar algo bonito porque he de decirte que ese negro, tan escueto que llevabas la otra vez que fuimos a la playa, ya sabes qué problema te surgió: lo perdiste por el camino.

—Ja, ja, qué simpático eres.

Me pasé buena parte de la tarde probando bikinis, trikinis y bañadores. Creo que se quería deleitar con mi cuerpo. Hasta un pase de modelos hice. Iba desechando modelitos hasta que me probé uno que era bastante sexi. Me encantaba, me quedaba de lujo y lo quería, así que salí más atrevida que nunca para hacerle el pase.

—Oh, morena, ese. Ese es el que quiero comprarte, estás increíble con él y muy, pero que muy sexi. —Parecía hasta excitarse con mi imagen y yo estaba encantada. Quizá hiciéramos el amor y estaba pletórica y cachonda solo de pensarlo.

Lo pagó y le costó una pasta. Yo ni de coña me lo compraría.

La tarde se nos pasó pitando y cuando nos dimos cuenta, eran las diez de la noche, así que fuimos a buscar el coche.

Diez kilómetros después, estábamos en una hermosa cala en la que, al apearnos del vehículo, pisábamos ya la blanca arena. Del maletero, Tom sacó dos toallas y un picnic. En la cala no había nadie más y hacía una noche espléndida, con bastante calor y algo de brisa fresca. En resumidas cuentas, que se estaba de lujo.

Del coche también sacó unas mantitas. Tras prepararlo todo, colocando las toallas y el picnic, le esperé de pie.

—Toma, póntelo. —Me tiró el bikini que hacía rato me había comprado. Lo cogí al vuelo.

—Ja, no me voy a desnudar para ponerme el bikini, ni lo sueñes —contesté repentinamente. A mí también me gustaba jugar.

—¡Oh, venga ya! Sabes que no estamos en igualdad de condiciones, ¿verdad? —Tuvo la cara de decir.

—Pero ¿qué dices? ¡Serás mentiroso! —Era un embustero y se lo iba a demostrar.

—De mentiroso nada, morena, que el otro día cuando me tocabas, bien que me mirabas y yo solo toqué, así que ahora me toca mirar —soltó el muy fulero.

Una sonora carcajada salió de mi interior, algo nerviosa.

—Sí, claro. Y aquella noche, dime, ¿quién me puso el pijama? Porque debajo de él no estaba mi ropa interior, ¿desapareció por arte de magia en plena noche o cómo fue eso, me lo puedes explicar?

—Fui considerado. Te quité la ropa, toda, y te puse aquel pijama para que estuviera más cómoda, pero lo hice con la luz apagada.

—Ya, ¡eso no te lo crees ni tú!

—Tienes razón, no me lo creo ni yo, pero había que intentarlo. —Me arrebató el bikini de la mano—. Mira, morena, o te quitas ese hermoso vestido y te pones este bikini tan sexi… —Le corté, no le dio tiempo a terminar la frase.

—¿O qué? —dije en tono chulesco, levantando el mentón.

Comenzó a dar pasos hacia mí y yo a recular poco a poco.

—O te lo quito yo, morena.

Iba aligerando el paso poco a poco y yo también, él frente a mí y yo frente a él.

Hasta que comenzó a correr y yo me di la vuelta para hacer lo propio, alejarme de él lo más posible.

—No corras, que como te pille, verás —me gritaba.

Yo no quería malgastar mis fuerzas en hablar, pero la verdad es que cuando ya le tenía cerca, algún grito que otro y alguna carcajada sí que solté.

Me iba cercando poco a poco, intentando llevarme al agua. En realidad, si mojaba aquel vestido en el mar, me tendría que olvidar de él. Quedaría para tirar, y era una pena, así que, sin parar, ya muy cerca de la orilla, me desabroché el lazo de la cintura para intentar sacarlo por la cabeza y me quedé en ropa interior. La que llevaba puesta, de encaje blanco, era algo transparente. Me di la vuelta con él embrollado en la mano y se lo tiré a la cara, riéndome a más no poder.

Debía hacerme con algo de ventaja, pero de nada me sirvió porque, en dos zancadas, ya pisando la humedad de la arena, me atrapó, caímos al suelo y rodamos hasta mojarnos. Y, claro, ahí estuvo el problema. Las olas me llevaban a su son, arrastrándome, porque él no pudo mantenerme agarrada por la cintura y empezó a bambolearme adelante y atrás a su ritmo. Me acabé rebozando como una maldita croqueta y, sí, eso parecía, bajo el agua casi sin respirar. No cubría nada, pero era incapaz de levantarme, no me dejaban las puñeteras olas. Vi unos pies acercarse a mí y sentí cómo unas manos me agarraban para ponerme en pie.

Cuando por fin lo logré, su cara era un poema, pero de los malos. Me soltó y se llevó las manos a la boca, aquella que parecía crear la curva de la felicidad, o sea, que seguramente intentaba no partirse de la risa. Me miré de arriba abajo como pude porque mi pelo había formado una auténtica maraña sobre mi cara, lo aparté y cuando me vi, era un desastre. Mi conjunto de encaje parecía *beige* en vez de blanco, y tenía arena hasta en las orejas.

Algo cabreada, me adentré en el mar. Debía limpiarme un poco, así que lo primero que hice fue meter la cabeza para, por lo menos, peinarme un poco. Después, me miré los pechos y, a pesar de que usaba una talla noventa, parecía que llevaba una ciento diez. Joder, menudo relleno; no quería imaginarme lo que tendría bajo el tanga. Cuando logré limpiarme el sujetador, comencé a bajarme el tanga porque ya me daba igual que me viera desnuda en todo mi esplendor. Lo que quería era quitarme de encima aquella cantidad de kilos y kilos de arena de mi piel y, de pronto, un enorme pegote salió disparado. «Madre mía, pero cómo se ha logrado meter eso aquí dentro». No daba crédito a lo que mis ojos veían y, sin darme cuenta de que tenía a Tom a mi lado, este comenzó a carcajearse, ya no aguantó más.

—¿Te parece gracioso? —interrogué algo indignada.

Su risa cada vez era más sonora y pasé de él. Me adentré más, necesitaba relajarme y así, desnuda, comencé a nadar al interior.

—¡Espera, voy contigo!

—No quiero, déjame tranquila —le grité.

Sin embargo, de nada sirvió. En cero coma dos segundos estaba a mi lado, agarrándome de la cintura y besándome con ansia.

Me separé de él y me dio un ataque de risa que casi no podía con el dolor de barriga. Tom se unió a mis carcajadas y salimos del agua.

Nos dirigimos a las toallas y me tendió una para que me secara.

—Toma, sécate. No quisiera que cogieras frío.

—Sabes que ya me di un baño y que no voy a estrenar el bikini, ¿verdad?

—Hmm, me parece genial, ¿te vas a quedar desnuda para mí?

—Eh, bueno… yo… mejor me lo pongo, trae. —No lo había soltado de su mano.

Me lo dio y, bajo su atenta mirada, me puse aquel precioso bikini para después acomodarme en la toalla que quedaba tendida en la arena.

Sacó una tortilla que devoré. Tenía mucha hambre y me tomé también una buena cerveza, que me vino genial.

—¿Jugamos? —cuestionó de repente.

—¿Más? —contesté yo con otra pregunta levantando una ceja—. Está bien, pregunto yo, ¿cómo supiste lo de las rosas negras?

—¿Todavía no te has dado cuenta de lo observador que soy? Las he visto en tu balcón.

—¿Cómo es posible? Nunca estuviste en él.

—Cierto, pero desde el mío se ven muchas cosas, morena.

Miré mi reloj y faltaba un minuto para las doce.

—Me toca, antes de preguntarte nada, quiero decirte algo.

—Dispara. —Ahora tenía todos mis sentidos puestos en él.

—Felicidades, morena. Sé que hoy era tu cumpleaños, pero quería que llegara este momento para hacerte un regalo.

—¡Oh, gracias! No sé qué decir, pero este bikini ya fue un regalo ¿no?

—Todo ha sido un regalo, y no solo para ti, también lo ha sido para mí. Ha sido un día fantástico que me apetecía mucho disfrutar a tu lado y espero que te lo estés pasando bien. Y sí, el bikini ha sido tu regalo, aunque tengo más para ti.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué es? —demandé curiosa.

Del bolsillo de una mochila, sacó un sobre, uno como el que me dejaba siempre. Ya imaginaba lo que ponía en su interior, pero igualmente lo abrí con ansia.

No sales de mi mente, morena.

Y, por eso, mi pregunta es la siguiente, ¿quieres más?

Tu bombón secreto.

Una enorme sonrisa se instaló en mi cara para no quitárseme en la vida.

—No te voy a contestar porque… no lo tengo muy claro. —Puso su cara de *«¿Cómo dices?»*—. Tengo una duda y es eso de quieres más, qué significa: ¿quiero más comida, quiero más regalos, quiero más besos y abrazos, quiero más momentos como este o… qué?

—¿Quieres ser algo más que amiga con derechos? Quiero decir, ¿quieres ser mi pareja?

—Ah, ya. —Me hice la interesante con muchas ganas de

contestarle—: ¡Sí, claro que quiero! Es el mejor regalo de mi vida.

Se acercó a mí para besarme y, cuando terminó de deleitarse con mis labios, mi lengua y mi boca en general, se puso detrás de mí para abrazarme y que quedara sentada delante de él, entre sus piernas. En sus brazos me sentía bien, más que bien, muy bien; estaba pletórica, estaba en mi lugar.

—Te quiero infinito, morena.

—Yo también te quiero infinito, Tom.

Y allí, de aquella manera, mirando las estrellas, con solo el sonido de las olas rompiendo en la orilla y aquel momento tan especial, después del día tan romántico que me hizo pasar, estaba en paz conmigo misma. Mi caos y mi locura, mi cerebro y mi corazón, por fin eran uno y se habían puesto de acuerdo con todo.

Fin

Agradecimientos

Lo primero, muchas gracias a ti, lector, porque sin tu apoyo y confianza este libro no llegaría a ver la luz. Deseo que la lectura haya sido agradable y que te haya sacado, al menos, una sonrisa.

Quiero agradecerte a ti, Xelima, el trabajo que realizas como editora, siempre dándonos buenos consejos a tus escritores, y por el asesoramiento, que es de gran ayuda.

Debo dar las gracias también a los compis de mi grupo de Telegram Entre Letras N. A. por el apoyo en RR. SS.

Mis mejores palabras siempre son para vosotros: Mamá, gracias por seguir apoyándome y, papá, sé que allí donde estés estás orgulloso de mí. No sabes cuánto te echo de menos.

Muchísimas gracias también a mis dos musos, Alejandro (Karem Demir) y Cristina (Liliana), sois geniales por dejarme contar con vosotros para mis proyectos.

Estoy súper agradecida a ti, Lara Guirado, por ayudarme con la sinopsis. Gracias infinitas porque yo soy muy mala haciéndolas. Me alegra mucho haberte conocido.

En estos agradecimientos no pueden faltar mis dos chicas: Carmen R. Dona y Nora K. Rose. Habéis resultado ser dos de mis apoyos incondicionales, aparte de grandes amigas.

Y por supuesto a ti, mi alma gemela, Patricia Gómez Lobo, por estar siempre para todo, aunque nos veamos poco. Bendito WhatsApp.

Y, sin olvidarme nunca de mi familia y amigos, gracias a todos.